DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LOS «BLOODS»

LA PARTICIPACION DE LOS NEGROS ESTADOUNIDENSES EN LA GUERRA DEL VIETNAM

5

PLANETA-AGOSTINI

10005
9 788439 509592

650 PTAS.
CON IVA

613 PTAS.
SIN IVA

Introducción del Editor

Para los negros estadounidenses, la guerra de Vietnam tuvo un significado especial. Tras el movimiento por los derechos civiles de los años sesenta, muchos negros jóvenes hallaron su oportunidad de participar como iguales en los grandes asuntos de su país. Veían la guerra como la ocasión de demostrar su virilidad a un país que siempre les había llamado «muchachos».

Pero era una situación equívoca. Después de sufrir la discriminación en su país, en el Ejército no hallaron un refugio de igualdad. En Vietnam se encontraron injustamente destinados a combatir. Eran dejados de lado en cuanto a condecoraciones y promoción. Y, cuando no estaban de servicio, sus camaradas blancos los rehuían, se mofaban de ellos con banderas confederadas y los insultaban llamándoles «negracos».

Mientras tanto, en el Mundo, los líderes pacifistas del movimiento civil de derechos humanos —en especial Martin Luther King— proclamaban su oposición a la guerra. La «ilustrada» política de reclutar un número desproporcionado de negros pobres y analfabetos se consideró casi una especie de genocidio. Y el sector militante del movimiento negro no dejaba de preguntarse por qué los negros luchaban en la guerra del blanco.

Pero, mientras en su país se quemaban los ghettos y estallaba la tensión racial tras las líneas, los «bloods» defendían el patriotismo negro en el campo de batalla. Finalmente, hasta los marines reconocieron su contribución: en ocasiones informales se permitía el saludo del poder negro con el puño cerrado. Esto sólo propició que su desilusión fuera doble. Cuando regresaron a su país, éste había cambiado muy poco. Sirvieron a su país, y el país se desentendió de ellos.

Wallace Terry, autor de *Bloods*, entrevistó a muchos negros en el transcurso de su labor. Eran gentes de toda condición que representaban a todos los rangos y sectores de las Fuerzas Armadas de EE.UU. De la selección original que hizo Terry de veinte «bloods», nosotros nos hemos centrado en siete. Siete relatos que cuentan qué se sentía en una horrible guerra estando al otro lado de la línea divisoria de las razas.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 5 - Los «bloods»

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Noviembre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

LOS "BLOODS"

WALLACE TERRY

Introducción 2

Capítulo 1 5
Especialista de 5.ª Harold «Light Bulb» Bryant
Ingeniero de combate

Capítulo 2 13
Especialista de 4.ª Richard J. Ford III
LURP

Capítulo 3 21
Luther C. Benton III
Auxiliar sanitario

Capítulo 4 31
Capitán Norman Alexander McDaniel
Prisionero de guerra

Capítulo 5 39
Especialista de 4.ª Robert E. Holcomb
Armero

Capítulo 6 47
Sargento Robert L. Daniels
Radiotelegrafista

Capítulo 7 53
Especialista de 4.ª Arthur E. «Gene»
Woodley, Jr.
Paracaidista de combate

TIM PAGE

INTRODUCCION

A principios de 1967, recibí una llamada en el despacho de la revista *Time* de Washington, donde trabajaba por entonces, de Richard Clurman, jefe de corresponsales. Clurman quería que fuera a Saigón para trabajar en un reportaje informativo sobre el papel del soldado negro en la guerra de Vietnam. El conflicto bélico estaba ya dividiendo profundamente a la nación. En la comunidad negra, personajes tan populares como Martin Luther King, jr., y Cassius Clay, declaraban su postura contra la guerra. Yo acepté con satisfacción el encargo.

La atención que prestaba el presidente Lyndon Johnson a la Gran Sociedad y al progreso de los derechos civiles, tema en el que trabajaba yo en aquellos momentos, se veía erosionada por la preocupación creciente por la guerra. La contienda estaba destrozando las rutilantes promesas de cambios sociales y económicos para la comunidad negra. Me perdía un gran reportaje en el frente doméstico a cambio de un gran reportaje en el frente de batalla.

En aquel momento, las Fuerzas Armadas parecían representar la institución más integrada en la sociedad estadounidense. Por primera vez, los negros estaban plenamente integrados en el combate y ocupaban provechosamente posiciones de liderato. El Pentágono ensalzaba al soldado negro valiente y luchador que moría en mayor número, proporcionalmente, que los soldados norteamericanos de otras razas. En los primeros años de guerra, los negros constituyeron el 23 por ciento de las bajas. En Vietnam, el Tío Sam ofrecía igualdad de oportunidades. También esto hacía del Vietnam una historia irresistible.

Y finalmente Vietnam era, como le dije a mi preocupada esposa, que temía por mi seguridad, la guerra de mi generación.

En mayo de 1967, escribí en *Time* que había descubierto que la mayoría de soldados negros en Vietnam apoyaba el esfuerzo de la guerra porque creía que Estados Unidos estaba garantizando la soberanía de un gobierno constituido democráticamente en Vietnam del Sur e impidiendo la expansión del comunismo en el Sudeste asiático. El presidente Johnson me convocó a la Casa Blanca para oír esta información de primera mano, y la sesión informativa le satisfizo plenamente.

Aquel mismo año volví a Vietnam como enviado por dos años, que terminaron cuando presencié la retirada de las primeras fuerzas norteamericanas en 1969. Las bajas en combate de negros habían descendido al 14 por ciento, proporcionalmente, todavía superior al 11 por ciento que totalizaban los negros en la población estadounidense. Pero aquel mismo año apareció un nuevo tipo de soldado negro. La guerra ya había terminado con los profesionales que encontraban mayores y mejores oportunidades de empleo en el servicio militar y con los que consideraban el uniforme como una prueba suprema de su virilidad. En sustitución de los profesionales, venían reclutas negros, muchos de los cuales acababan de participar en el Movimiento de los Derechos Civiles o se habían sumado a las rebeliones que se sucedían en los ghettos urbanos desde Harlem a Watts. Todos tenía un nuevo sentido de orgullo negro. Hablaban con más vigor contra la discriminación que encontraban en el frente de batalla en condecoraciones, promoción y asignación de tareas. No querían ignorar los insultos racistas, las quemas de cruces y las banderas confederadas de sus camaradas blancos. Propugnaban la unidad entre los hermanos negros en el campo de batalla para protestar contra las humillaciones y prestarse apoyo mutuo. Y se pusieron el nombre de «bloods».

En los últimos años de presencia norteamericana, tanto negros como blancos luchaban por sobrevivir a una guerra que sabían que no podrían ganar jamás de una manera convencional. Y, a menudo, luchaban unos contra otros. La guerra, que había dividido a Estados Unidos más profundamente que nunca desde la Guerra Civil, se había convertido en un doble campo de batalla en el que se enfrentaba a un soldado norteamericano contra otro soldado norteamericano. El espíritu de hermandad que había observado en 1967 se había evaporado.

En los años transcurridos desde la caída del gobierno de Saigón y la victoria de las fuerzas comunistas, no he dejado de creer que Estados Unidos tenía una deuda especial con los veteranos de guerra negros. No hubo banderas ondeantes ni sonar de tambores cuando los veteranos volvieron de Vietnam, condenados por la derecha de nuestra sociedad por haber perdido la guerra y por la izquierda por haber asesinado a inocentes. Pero todo lo que puede decirse sobre la inadaptación de los veteranos de Vietnam en general, puede elevarse al cuadrado en los efectos que tuvo entre los negros. Esperaban volver a casa y encontrar algo más de lo que tenían antes; volvieron y encontraron algo menos. El desempleo entre los veteranos negros es más del doble que entre los blancos. Las puertas de la Gran Sociedad se habían cerrado para ellos.

Estas historias no podrán encontrarse en el creciente *corpus* de literatura sobre Vietnam, pero ocupan merecidamente un primer plano a causa de la experiencia única del veterano negro de Vietnam. Luchó en una época en que sus hermanas y hermanos combatían y morían en su país por la igualdad de derechos y aumento de oportunidades, por la nación sin color que prometía la Constitución que él había jurado defender. Luchaba en una época en que algunos de sus líderes lo acusaban de hacer la guerra a gente de color y en que su enemigo comunista le conminaba a alzarse en armas contras las fuerzas del racismo en Estados Unidos. La lealtad del veterano negro de la guerra de Vietnam se veía sometida a una prueba mayor en el campo de batalla que la de cualquier otro soldado norteamericano en Vietnam; su patriotismo pide un reconocimiento especial en su país.

Por encima de todo, su experiencia requiere la mención especial en la historia, en su labor de juez de la saga de Vietnam. En cualquier soldado negro norteamericano de Vietnam puede encontrarse la oscuridad que yace en el corazón de todas las guerras. Lo que en estas páginas refleja el negro veterano de su propia humanidad, así como de su percepción racial, contribuirá a completar las páginas perdidas de la experiencia norteamericana, sumándose a las páginas de la comprensión universal sobre la ocupación más terrible del hombre.

Cuando mi hijo menor, David, era todavía un niño, tuve noticia de la muerte del soldado más joven que moriría en combate en Vietnam. Yo estaba de visita en Hoi An. El soldado era un marine negro de dieciséis años, hijo de una familia pobre y destrozada de Brooklyn. Había falseado su edad para alistarse como marine y poder ganar de este modo dinero para ayudar a su madre. Juré entonces que algún día vería entre las cubiertas de un libro la historia del sacrificio de éste y otros jóvenes negros en los arrozales de Vietnam: a 10 000 millas de la angustia de la pobreza, la discriminación y la injusticia norteamericanas. El libro es éste.

Y ahora, al escribir estas palabras, mi hijo menor tiene ya dieciséis años.

Wallace Terry

Washington, D.C.
1 de enero de 1984

WALLACE TERRY

ARRIBA: *El autor, Wallace Terry, en el centro, junto a «Rápido Eddie» Wright y Steve Howard. Base aérea de Bien Hoa, 1969.*

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Esos son los* bloods, *hermanos negros que lucharon en la guerra de los blancos para acabar descubriendo que la discriminación en el campo de batalla era como en casa.*

WALLACE TERRY

Capítulo 1

ESPECIALISTA DE 5.ª HAROLD "LIGHT BULB" BRYANT

East St. Louis (Illinois)
Ingeniero de combate, 1.ª División de Caballería
Ejército de EE.UU., An Khe
Febrero 1966 - Febrero 1967

CAPÍTULO 1 INGENIERO DE COMBATE

Una mañana nos vimos sometidos al fuego enemigo. El peor momento fue a las seis, hora en que los disparos crecieron en intensidad. Calculo que debían de ser las ocho cuando vino un helicóptero de evacuación para llevarse a un hombre herido. Y, al llegar, preguntaron por mí y me dijeron que me iba. Volvía a casa en medio del combate. No llevaba el cálculo de los días. No tenía ningún calendario y, por tanto, me quedé bastante sorprendido. De allí me llevaron a An Khe para que recogiera mis cosas en el campamento base.

Fui al centro a comprar unas cuantas chucherías. Una pipa de opio, cuatro o cinco chaquetillas de aquellas que llevaban un letrero en la espalda: «Se que voy a ir al cielo porque he vivido en el infierno.» Saqué mis cosas de la taquilla, las puse en dos maletas de Air Vietnam y en mis dos bolsas y me fui a la pista de aterrizaje a esperar el Caribou que me llevaría a Pleiku.

Cuando llegué a Pleiku, serían las 4 de la tarde. Nos dijeron que el avión llegaría a las siete. Entonces empezó un ataque a Pleiku y el avión no llegó. Nos tenían en un área segura, sin armas, mientras Pleiku era objeto de un ataque. Allí tuvimos que pasar la noche.

El avión que debía llevarnos a Japón llegó a la mañana siguiente. Al despegar, recibió dos descargas que hirieron mortalmente a un hombre blanco. También él debía volver a casa. Su cuerpo estuvo en el avión hasta que llegamos a Japón.

Me alisté en el Ejército para no entrar en los marines. Había ido a la Universidad del Sur de Illinois, en Edwardsville, durante un semestre, pero los gastos eran excesivos para mi familia, por lo que entré a trabajar en McDonnell Aircraft como chapista. Unos ocho meses después, dos compañeros míos de la universidad fueron enrolados por los marines. Entonces decidí alistarme en el Ejército.

Era el mes de agosto de 1965. Tenía veinte años.

«Aquel petimetre blanco había pisado una mina. Y lo sabía. Notó cómo apoyaba el pie en el émbolo. Todo el mundo se alejó de él...»

Mi padre no estaba muy entusiasmado con la idea. Él había estado en la Segunda Guerra Mundial, en Francia y Alemania. Fue conductor de camiones del Red Ball Express y abastecía de gasolina a los carros de combate de Patton. Estaba molesto con el Ejército por el modo en que había tratado a los soldados negros, segregados y sin recibir el mismo apoyo que los soldados blancos.

Me perforaron la oreja izquierda a los nueve años, como le habían hecho a mi padre a la misma edad. Mi abuela decía que todos los guerreros de la tribu de su madre, en África, tenían las orejas perforadas. Su madre había nacido en África. Es fácil imaginarse las burlas que tuve que soportar en la escuela por llevar un pendiente. Pero me parecía continuar, por poco que fuese, la tradición africana. Iría al Ejército con la marca de los guerreros africanos de quienes desciendo.

Hice mi entrenamiento básico y el AIT (entrenamiento avanzado de ingeniería) en Fort Leonardwood (Missouri). «Perdido en los bosques», exactamente. Me preparé como ingeniero de combate para construir puentes y caminos de montaña; pero no construimos muchos puentes. Limpiábamos muchas zonas de aterrizaje. Hacíamos muchos trabajos de destrucción.

Me enviaron a An Khe, 8.º Batallón de Ingeniería, y fui destinado a la 1.ª del 9.º de Caballería Aérea. Estábamos en febrero, después de la primera batalla del valle de Ia Drang, en la que fueron eliminados 300 soldados de Caballería en el primer combate real contra los norvietnamitas. Yo era uno de los relevos.

Buscábamos minas en exploraciones, las volábamos o desarmábamos y destruíamos trampas. Si veías un alambre disparador, tenías que mirar qué ocurría. Podías ver dónde estaba la trampa y luego tirar una granada justo al principio de la trampa. O disparar en su recorrido para hacerla explotar. El mayor problema eran las minas enterradas, aquellas que debías cavar para encontrarlas, porque podía haber alguna otra por allí cerca.

Y tenías que preocuparte de agarrarla bien y tomarte el tiempo necesario. Coges la cápsula percutora y la espoleta al mismo tiempo para que no se separen. Pero si no la agarras bien, si la coges un centímetro más arriba de la cima de la cápsula, te hará volar. Y no puede darte prisas ningún subteniente diciéndote: «Rápido, rápido, tenemos que seguir avanzando.» Si te apresuras, puede ocurrir algo malo. Perdimos a tres hombres por culpa de las prisas o de sujetar mal la mina.

Una vez tuve que sacar a un tío de una mina. Parecía imposible.

La unidad de Infantería estaba en camino, al oeste de Pleiku, avanzando hacia el valle de Ia Drang. Aquel petimetre blanco había pisado una mina. Y lo sabía. Notó cómo apoyaba el pie en el émbolo. Todo el mundo se alejó de él, unos veinte metros. Entonces llamaron a los ingenieros y alguien preguntó por «Light Bulb».

Este apodo me lo habían puesto en las calles del este de St. Louis: «Bombilla Encendida». Lo inventó un amigo mío cuando éramos pequeños porque decía que yo estaba lleno de ideas.

Cuando llegué allí con el hacha, él llevaba ya más de una hora de pie sobre la mina. No estaba nervioso en absoluto. Mantenía la calma. Sabía que si aliviaba la presión, por poco que fuera, los dos quedaríamos destrozados.

Cavé alrededor de la mina con la bayoneta y descubrí que se trataba de una Bouncing Betty. Le dije que iba a intentar desprenderla. Pero el iniciador de tres puntas de la Bouncing Betty se había metido entre la suela de su bota y, por tanto, no podía manipularlo de ningún modo. Así que me dije: Veamos si podemos intentar cambiar la presión, sacando él el pie de la bota y poniendo yo la mano en ella para mantener la presión. De este modo podría salir sin riesgo. Pero, cuando empezó a hacerlo, me pareció notar que la espoleta se elevaba y le hice detenerse.

Calculo que llevaba trabajando con él casi una hora.

Entonces tuve la idea. Yo sabía que al apretarse, comprimirse la espoleta, la Bouncing Betty se elevaría cerca de un metro y luego explotaría. Reuní a todos los miembros del equipo y até una cuerda alrededor del cuerpo del hombre de la mina. Y todos, incluido yo mismo, nos alejamos unos 20 metros de la mina y de él. Cuando contara hasta tres, todo el mundo tenía que tirar de la cuerda y arrastrarlo a unos cinco metros de la mina, la cual se alzaría un metro y luego explotaría. Eso es lo que pasó. Y el único desperfecto fue que el talón de una de sus botas desapareció. No sufrió ningún daño.

Aquello era algo que no nos habían enseñado jamás en la escuela.

Aquel tío me dio las gracias por haberle salvado la vida, a él y a su pelotón. Siempre que nos encontrábamos en el campamento base, yo iba con ellos. Y como un pelotón siempre lle-

POPPERFOTO

ARRIBA: *Mi hijo Ronnie, que acababa de cumplir 16 años, me preguntó si había matado a alguien. Yo le contesté: «Sí. Tuve que hacerlo. Tenía que seguir vivo.»*

vaba tres o cuatro ingenieros de combate para las expediciones, generalmente yo los acompañaba.

Cuando llegué a Vietnam, creía que estábamos ayudando a un país a convertirse en nación. Unos tres o cuatro meses después, me di cuenta de que no era así. Había oído hablar de Indochina en la escuela y en los periódicos, pero no conseguía encontrarla en el mapa. No sabía nada del país, de su gente. Tuve que aprender este tipo de cosas cuando estuve allí.

Teníamos un intérprete vietnamita y siempre le estaba haciendo preguntas. Me dijo que hacía más de cien años que había guerra en Vietnam. Antes de los norteamericanos, habían luchado ya centenares de años contra los agresores chinos. Yo creía que estábamos en el principio de una guerra, pero descubrí que estábamos simplemente en otra fase de sus guerras civiles.

Y no ganábamos terreno. Nos pasábamos todo un día combatiendo por una colina, luego pasábamos allí dos días o dos noches y la abandonábamos. Entonces, quizá dos o tres meses más tarde, teníamos que volver y retomar el mismo trozo de

terreno. Como aquel campamento de las Fuerzas Especiales fuera de Dak To. Una noche se realizó el ataque. Acudieron al lugar dos o tres pelotones para oponer resistencia. Entonces, en el cuartel general decidieron que se debía cerrar definitivamente el campamento, y lo hicieron. Dos o tres meses después, volvimos al mismo lugar a retomarlo. Perdimos 20 hombres al defenderlo la primera vez y 30 o 40 al volverlo a tomar.

Y tenían la costumbre de exagerar el recuento de cuerpos. Si matábamos a 7, cuando la noticia llegaba al campamento base, ya habían aumentado a 28. Al llegar a la oficina de Westmoreland en Saigón, ya habían subido hasta 54. Y, cuando salía la noticia de Saigón rumbo a Washington, ya estaba en 125. Todo para demostrar que estábamos allí realizando nuestro trabajo, haciendo más de lo que en realidad hacíamos.

Recuerdo un lugar llamado Valle de Ashau. El 7.º entró en el valle y sufrió un ataque fulminante. Se había infravalorado el poder del enemigo. Entonces mandaron al 9.º y limpiamos toda la zona. Todo lo que hacíamos era establecer contacto, permitir a los tiradores que supieran dónde estaban y luego nos retirábamos. Teníamos 25 cañoneros rodeándolos y se acercaban reactores para tirar napalm. Estuvimos todo el día haciendo lo mismo y, al día siguiente, no recibimos ningún ataque más.

La revista *Stars and Stripes* dijo que las bajas del enemigo se elevaban a más de 260. Pero no creo que fuese verdad.

«Permanecimos quietos durante toda la noche. De hecho, a uno de los hombres se le volvió el pelo gris. A causa del miedo.»

Por entonces, ya había matado a mi primer vietcong. Eran las dos o las tres de la tarde, en algún lugar de las Montañas Centrales. Yo iba el primero abriendo camino, a unos 40 metros por delante del resto del pelotón y, de pronto, me lo encontré. Salió inesperadamente de los matorrales. No lo vi hasta que se movió a unos 50 metros. Y entonces él también me vio. Los dos nos echamos una mirada de sorpresa. Y le disparé porque me pasó por la cabeza que era asunto de él o yo. Le disparé desde la cadera, y él ni siquiera había bajado su arma, manteniéndola en la postura de presentación.

Pero lo que realmente me afectó desde el principio era el no tener ninguna información, no saber qué tenía que hacer después. Una noche podíamos estar haciendo guardia para la artillería y al día siguiente venían unos cuantos helicópteros a buscarnos. No sabíamos nunca dónde íbamos hasta que estábamos en el aire. Entonces nos enterábamos de que íbamos a una zona de aterrizaje terriblemente peligrosa, o a un sitio totalmente ignorado, como una vez que fuimos a Camboya para socorrer a un helicóptero que había sido derribado y nos quedamos allí incomunicados.

Era a finales de 1966, a última hora de la tarde. Yo creo que el helicóptero había sido tocado probablemente en Vietnam y acabó cayendo en Camboya. Enviaron allí a un pelotón de ingenieros de combate para cortar los árboles de los alrededores a fin de que pudiera venir un Chinook, engancharlo y llevárselo. No conseguimos llegar allí hasta las seis o las siete y era casi de noche, por lo que el Chinook no pudo acercarse y tuvimos que quedarnos allí toda la noche. El helicóptero llevaba un artillero y dos pilotos: los tres estaban muertos, no a causa de los ataques

sino por el impacto de la caída del helicóptero. A mí me parecía mucho más lógico coger los cuerpos e irnos de allí inmediatamente.

Cuando ocurrió, vimos un fuego a media milla de nosotros. Supusimos que debía de ser un campamento vietcong. En el bosquecillo de bambú que teníamos justo delante, se oía sin cesar un movimiento, pequeños ruidos. Nos pareció que si disparábamos, podían atacarnos. Así que permanecimos quietos durante toda la noche. De hecho, a uno de los hombres se le volvió el pelo gris. A causa del miedo. Tenía diecinueve años. Era un chaval de pelo rubio por la noche y, por la mañana, apareció con el pelo blanco.

No descubrimos que eran monos hasta que amaneció.

Fue casi tan disparatado como una vez que decidimos ducharnos bajo una lluvia monzónica. Llevábamos unos diez días

POPPERFOTO

IZQUIERDA: *Con todos los soldados norteamericanos que estábamos en Vietnam, nos habrían podido poner hombro con hombro y hacernos desfilar por todo el camino de Saigón hasta la zona desmilitarizada.*

en los bosques sin ducharnos y nos pusimos todos en medio del arrozal para enjabonarnos. Cuando estábamos ya todos bien enjabonados, dejó de llover y tuvimos que revolcarnos por el arrozal para quitarnos el jabón. No podía decirse que aquello fuera una ducha.

Me parece que hubo muchos muchachos que murieron porque habían venido por error. Recuerdo a un tío blanco de Oklahoma al que acabamos llamando Okie. Decía que la razón por la que había ido voluntario a Vietnam era que quería matar asiáticos. Era el típico ejemplo del complejo John Wayne.

Justo una semana después de que llegara, entramos en acción. Él estaba impaciente por luchar. Salimos y quedamos inmovilizados por las ametralladoras. Las teníamos a nuestra derecha. Vio dónde estaba el nido de ametralladoras e intentó hacer lo que hubiera hecho John Wayne: siguió adelante intentando dar la vuelta alrededor del nido de ametralladoras y disparar contra ellas. No consiguió hacerlo. Los que estaban disparando, le vieron y dirigieron hacia él la ametralladora. Nosotros estuvimos tendidos en el suelo hasta que pudimos llamar a la artillería y luego nos retiramos.

Había otro fulano en nuestro grupo que se jactaba de ser miembro con carnet del Ku Klux Klan. A la mayoría nos enfurecía porque estábamos todos muy unidos. No teníamos incidentes racistas de los que ocurrían en la retaguardia porque habíamos de depender unos de otros. Estábamos siempre en los bosques.

Pues bien, salimos a zona de combate y el Sr. Ku Klux Klan se quedó atrapado. Estábamos cruzando los arrozales cuando Charlie empezó a disparar. Él iba saltando por el campo de arroz mientras todos los demás reculábamos. Entonces dispusimos una línea de fuego para cubrirlo, pero él se quedó inmóvil, paralizado. Un hermano fue hasta allí, lo cogió y lo arrastró de vuelta. Más tarde dijo que aquella acción había cambiado su concepción sobre los negros.

«No teníamos incidentes racistas de los que ocurrían en la retaguardia porque habíamos de depender unos de otros. Estábamos siempre en los bosques.»

Pero yo acabaría descubriendo que los blancos no eran tan duros, que no eran la raza número uno y todas las otras ideas que habían intentado inculcarme. Descubrí que se asustaban igual que yo. Descubrí que muchos de ellos eran más cobardes de lo que yo esperaba. Descubrí que algunos de ellos eran más animales que cualquier negro que había visto jamás. Descubrí que se cagaban de miedo.

En aquella época llevábamos la placa de identificación en una cadena que atábamos en los ojales de la chaqueta de faena porque llevarla en el cuello nos podía provocar un sarpullido y, además, podía hacer ruido si no la llevabas pegada al cuello.

Pues bien, aquellos tíos blancos cogían la cadena de la placa y la llenaban de orejas. Por diferentes razones. Le cortaban la oreja a un vietcong para asegurarse de que estaba muerto y para confirmar que habían matado a uno. Y para hacer una muesca en su fusil.

Si estábamos en plena jungla, se ponían la maldita oreja en la cadena, se la metían en el bolsillo y seguían adelante. No le daban tiempo a secarse. Luego, al regresar, la clavaban en las paredes de nuestro barracón, como si fuera un trofeo. Al poco tiempo se pudría y apestaba y, finalmente, conseguíamos que la quitasen de allí.

Dos hombres de los que aún me acuerdo perfectamente tenían unas doce. A mí me parecía estúpido y, moralmente, lo veía como mutilar un cuerpo muerto. Un día se lo dije: «Eh, oye, esto es asqueroso. No te acerques a mí con estas orejas colgando.»

Una vez, después de una batalla, fuimos a hacer el recuento de bajas. Había cinco enemigos muertos y otros dos que se que-

jaban. Uno de ellos hizo ademán de coger el arma. Uno de los tíos lo vio y le disparó, y otros se acercó y disparó al restante herido para asegurarse de que quedaba bien muerto. Entonces este tío —uno de los blancos— le cortó el pene al vietcong y se lo metió en la boca como recordatorio de que el 1.º de Caballería había pasado por allí. Y dejó el as de espadas en su cuerpo. Esto ocurría continuamente. Como la quema de pueblos.

A veces, llegábamos a un pueblo y en las casas había fuego y ollas en la lumbre, pero no se veía a nadie. El oficial al mando, comandante de división, decía que si no había nadie en el pueblo, no debía ser de nadie; por tanto, a destruirlo. Pero probablemente la gente había huido porque sabía que íbamos allí.

Si no queríamos que los vietcong supieran que habíamos pasado por allí, no quemábamos el pueblo, y si avanzábamos con prisas, tampoco. En cualquier otro caso, sacábamos los encendedores y todo ardía. No eran más que barracas de paja. Para mí, las órdenes del comandante eran órdenes de alguien que sabía algo más que yo. Y si los habitantes eran sospechosos, también se quemaban en el infierno.

Me acuerdo de una ocasión en que estábamos en una base de aterrizaje. Sentados junto a nuestras casamatas, podíamos contemplar el recinto de los prisioneros. Los policías militares los tenían rodeados de alambres de púas. Los veíamos entrar allí, cogerlos y llevarlos a otra casamata. Entonces oíamos los gritos y gemidos de los vietnamitas. Los PM cogían los cables del teléfono y los enrollaban en los dedos de los vietnamitas y enchufaban el teléfono para que se provocara la decarga. «*Papa san, mama san*», empezaban a hablar. Y luego veíamos cómo los PM los llevaban de vuelta a su campamento.

Un día, en la base de aterrizaje, vimos un helicóptero, quizá a un kilómetro de distancia y a una altitud de unos 300 pies. Y vimos que caía algo. No se me ocurrió que podía ser un cuerpo hasta que hablé con los demás: yo pensaba que el helicóptero se había ladeado y alguien había caído. Era un temor que siempre nos acechaba cuando íbamos en helicóptero porque, en aquel tiempo, no había cinturones de seguridad. Lo que había

ABAJO: *Todavía pienso constantemente en la guerra. Voy por las calles con una sensación diferente. Miro en los sitios donde puede esconderse alguien para atacarme o robarme.*

ocurrido en realidad era que estaban interrogando a alguien, y ya había terminado el interrogatorio.

El 1.º de Caballería construyó un área en las afueras de An Khe para recreo de los soldados: bares, prostíbulos. Abrían a las nueve de la mañana. La llamábamos la Ciudad del Pecado, y había bares con música negra. Éramos un grupo que buscábamos un lugar en el que hubiera música negra, algo de *Temptations*, *Supremes*, *Sam and Dave*. Yo prefería tomar algo en un sitio donde pudiese escuchar música que me gustaba más que la música folklórica. Pero también había muchos hombres a quienes el asunto de la raza no los preocupaba.

Allí las mujeres eran mucho más amables. Nos habían dicho que era porque los negros les parecían más fuertes, más poderosos, porque Buda era negro. Echad una mirada atenta al Buda: veréis que tiene los labios gruesos, una nariz muy ancha y el pelo muy rizado. Pero yo no lo supe hasta que fui a Vietnam.

Ibamos a un almacén de Clase 6 y comprábamos dos galones y medio de ginebra Gilbey por 1.65 dólares cada uno. Le llevábamos una botella a *papa san*. Comprábamos una chica por 5 o 10 dólares. Lo que había o lo que queríamos. Y aún nos quedaba medio galón de ginebra. Teníamos que salir del área a las seis.

Otra cosa buena de las chicas de la Ciudad del Pecado era que el personal médico del campamento iba a hacerles una revisión semanal. Y si tenían alguna enfermedad, les ponían inyecciones y no les permitían trabajar hasta que se curaban. Nadie usaba preservativos porque en la Ciudad del Pecado todas las chicas eran muy limpias.

«Una noche vi a un soldado borracho que sacaba su 45 y disparaba contra *papa san*. *Papa san* lo debía de estar molestando, o distrayendo, o cualquier cosa.»

Pero se abusaba de la gente de todos modos. Como muchos tíos que iban a cortarse el pelo a un vietnamita, y cuando *papa san* ya les había hecho el peinado, le decían que no les gustaba y se iban sin pagar. Y el corte de pelo no costaba más de treinta centavos.

Parecía que los vietnamitas estaban obsesionados con los cigarrillos mentolados y todos sabían que los negros fumábamos *Kools*. Siempre nos pedían cigarrillos, y muchos empezaron a darles cigarrillos explosivos para que dejaran de pedirnos. El hermano de uno de los nuestros le había enviado varias cargas de una tienda de artículos de broma. Se saca un poco de tabaco y se mete una pequeña cantidad de materia detonadora. Cuando el vietnamita está fumando, le explota en la cara y así ya no vuelve a pedirle un cigarrillo al mismo porque le da miedo que le dé otro cigarrillo explosivo.

Una noche vi a un soldado borracho que sacaba su 45 y disparaba contra *papa san*. *Papa san* lo debía de estar molestando, o distrayendo, o cualquier cosa. Justo en el centro de la Ciudad del Pecado. Después de disparar, los policías militares y unos cuantos soldados lo cogieron, lo llevaron al campamento y lo arrestaron.

En el campo también podían encontrarse mujeres. Marcábamos nuestro perímetro y de repente aparecía una jovencita con coca-cola. Y también aparecían mujeres. Entonces instalábamos un cobertizo o levantábamos blocaos, casamatas. Uno iba a buscarla fuera de la alambrada, la llevaba a la casamata, se la tiraba y la llevaba de nuevo fuera de la alambrada. Normalmente, este tipo de tratos valía una ración C o un par de dólares. Nosotros les dábamos la ración C, jamón y frijoles, porque nadie en el pelotón quería comer jamón y frijoles. Nunca les dábamos los spaghetti y las bolas de carne.

Una mañana, estábamos recorriendo una carretera cerca de Phu Cat. Íbamos en un jeep cuatro hombres con dos ametralladoras M-60. Bajábamos por la carretera y, al mirar hacia un lado, vimos tres cuerpos vestidos de negro que se alejaban de nosotros corriendo. Entonces uno de los dos blancos puso su arma en automático y los derribó a los tres. Los otros tres soldados fueron corriendo a ver qué había pasado y vieron que

ABAJO: *En el centro de Saigón, en Soulsville, los hermanos prefieren a las chicas de piel oscura de Camboya o a las hijas de los soldados senegaleses que trajeron los franceses.*

J. HILLELSON AGENCY

POPPERFOTO

ARRIBA: *De la marihuana de la Ciudad del Pecado a la administración intravenosa de plasma en plena marcha. El nivel de participación en combate de los negros en Vietnam fue desproporcionado y el índice de bajas sorprendentemente alto.*

eran dos mujeres, de dieciocho o diecinueve años, y un hombre. Yo me quedé con la Quad 60, haciendo guardia para asegurarme de que no había más vietcong por la zona.

Mientras los miraba, vi que uno de los blancos se bajaba los pantalones y se ponía a joder. Me dejó bastante sorprendido porque me parecía que la mujer debía de estar muerta. El soldado negro estaba allí de pie mirando sin decir nada, como si le asombrara ver al otro despacharse. Al cabo de unos 20 minutos, les grité: «¡Eh, venga! ¡Vámonos!»

Cuando volvieron al jeep se pusieron a explicarme lo que había pasado. Me dijeron que efectivamente los tres estaban muertos. Y el negro le preguntó al petimetre qué le pasaba, por qué se había puesto a joder con una muerta. Y le contestó que sólo quería desfogarse. Eso fue todo.

★ ★ ★

Cuando fui a Washington a ver el Monumento en Memoria de los Veteranos de Vietnam, estuve mirando el libro y vi que habían muerto unos 15 hombres de mi ciudad natal, de los que conocía a seis.

Pero primero busqué el recuerdo de James Plummer. Plummer era un negro de Cincinnati. Teníamos la misma edad: veinte años. Estuvimos juntos en el Campamento Alfa, que es donde te llevan cuando llegas a Vietnam por primera vez.

Me gustaba el estilo que tenía Plummer. Era de trato fácil. Nos sentábamos y nos poníamos a charlar: de música, de chicas, de lo que pasaba en el mundo. Nos colocábamos. Plummer era fan de John Coltrane y, como yo era fan de Miles Davis, congeniábamos automáticamente.

Era mi mejor amigo.

Un día estábamos acampados en una zona de aterrizaje. Plummer se hallaba fuera del camión, sobre el depósito de municiones. El depósito recibió un impacto de mortero y explosionó.

Me dejó alucinado, quiero decir, que lo acababa de ver allí y unos minutos después moría súbitamente.

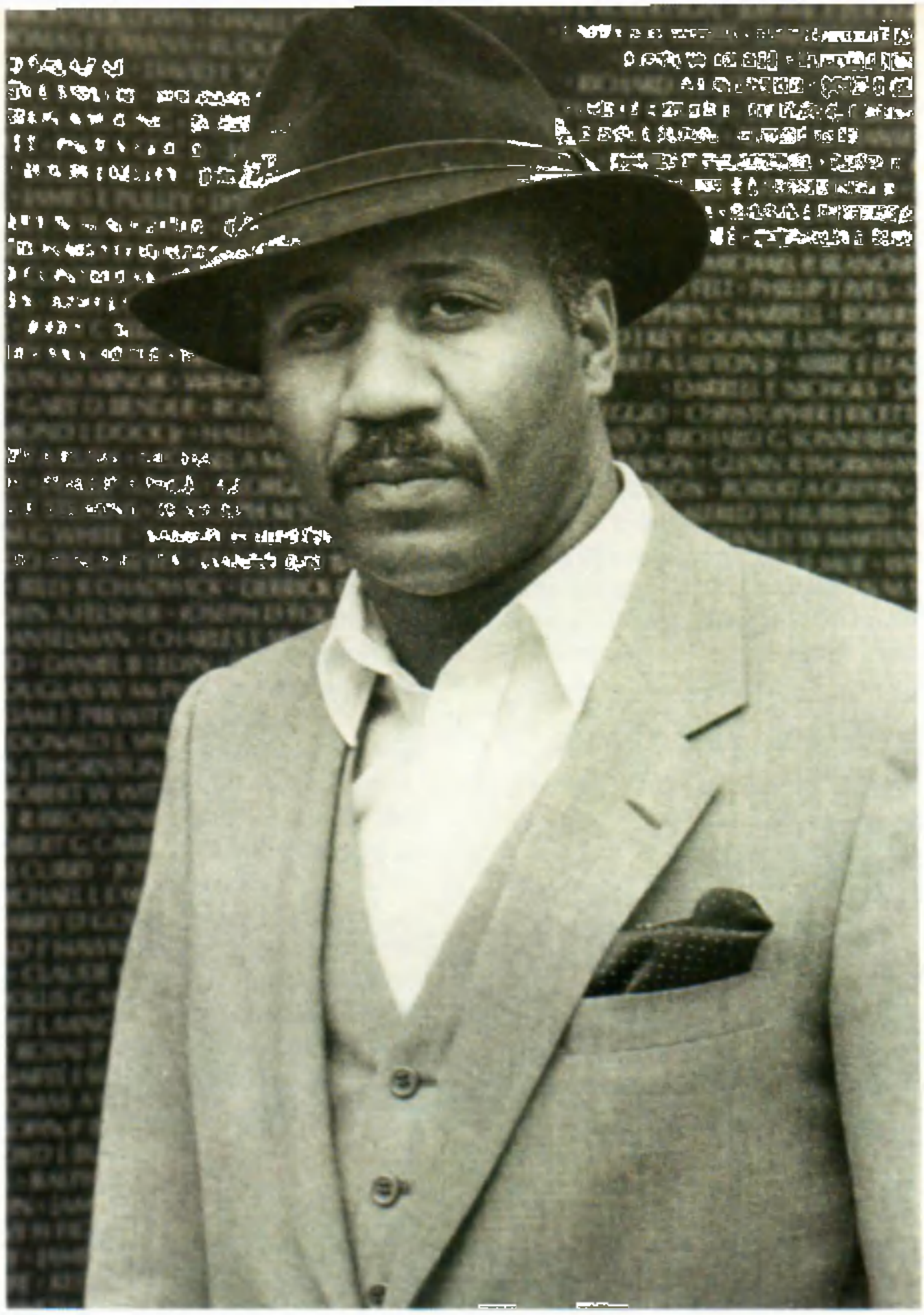
Yo y dos más corrimos a ver qué podíamos hacer. Le quitamos las botas de jungla y estaban llenas de sangre. Parecía una especie de perro atropellado por un camión al cruzar la calle. No tenía cabeza, le faltaban las dos piernas a partir de la rodilla, sólo tenía un brazo, el otro era un muñón. Finalmente pudimos juntar todo el tronco. No pudimos encontrar el resto porque el impacto de mortero había provocado explosiones en cadena del depósito de municiones. Estuvo explosionando ininterrumpidamente más de una hora.

Antes de ir a Vietnam, participaba activamente en los asuntos religiosos por influencia de mi madre. Ella me envió la Biblia y yo la llevaba siempre encima. Cuando no conseguía encontrar *Playboys* o cosas así, leía la Biblia. En realidad, la leí de principio a fin, empezando por el Génesis.

Creo que la experiencia de Vietnam fue lo que me volvió totalmente irreligioso. He hablado con capellanes y predicadores acerca de Vietnam y nadie puede darme una explicación satisfactoria de lo que ocurrió allí.

Pero, desde que volví, cada año he leído la Biblia de principio a fin. Sigo buscando la explicación.

No puedo encontrarla. No puedo.



WALLACE TERRY

Capítulo 2

ESPECIALISTA DE 4.ª RICHARD J. FORD III

Washington, D.C.
LURP, 25.ª División de Infantería
Ejército de EE.UU. Hill 54
Junio 1967 - Julio 1968

CAPÍTULO 2 LURP

¿Sabe?, en Vietnam me condecoraron. Dos estrellas de bronce. Los blancos me las dieron. Fui herido tres veces. Los oficiales, los generales y cualquiera iban a verte al hospital. Te respetaban y te daban palmaditas en la espalda. Te decían: «Eres fuerte y muy valiente. Eres lo mejor de América.» De vuelta a Estados Unidos, los mismos oficiales que me palmeaban la espalda, prácticamente no me hablaban. Querían el reconocimiento y el saludo hasta que estuvieran a sus anchas. No encontré el respeto que pensaba merecer.

Terminé mis estudios en la Roosevelt High School en 1966 y, cuando me alistaron, trabajaba como técnico de laboratorio de la Administración de Alimentación y Medicamentos. Mi padre era administrador de un hostal de carretera de Lorton y mi madre estaba en el Comité de Elecciones del Distrito de Columbia. Yo tenía 19 años y me llevaron a Fort Bragg, aerotransportado.

> «En realidad nos decían: Vas a pasar aquí las Pascuas, celebrarás aquí un cumpleaños y pasarás unas Navidades aquí. Y buena suerte.»

En realidad, estábamos destinados a ir a Vietnam. Hasta el sargento de instrucción y el sargento primero del curso básico nos dijeron que iríamos a Vietnam. Del básico fuimos directamente a prepararnos para la guerra en la jungla al AIT de Carolina del Sur. Antes de ir a Vietnam, tres médicos me examinaron las rodillas en Fort Dix. En Fort Bragg nos habían hecho entrenar tan fuerte que tenía los cartílagos desgastados. Los médicos lo consignaron en el informe. Era una declaración definitiva. Me dijeron que me buscarían algo en la retaguardia: un trabajo de oficina, recepcionista o ayudante sanitario. Pero no fue así: me mandaron directamente a la Infantería.

Yo realmente pensaba que la guerra de Vietnam era una contienda civil de aquel país y que no teníamos nada que hacer allí. Pero parece que al involucrarse los rusos en la guerra y mandar tantas armas a los norvietnamitas, Estados Unidos se vieron obligados a enviar sus tropas.

Cuando salí del avión en Tan Son Nhut, el calor que desprendía la tierra me golpeó en la cara. Y el olor de la atmósfera era tan fuerte que me noqueó. Me dije: Demonios, ¿dónde estoy? ¿Qué es eso?

Mientras nosotros nos alejábamos del avión, otros soldados se dirigían hacia él. Y nos decían: «Feliz cumpleaños, Felices Navidades, Felices Pascuas. Escribiré a tu mamá», y seguían adelante. En realidad nos decían: «Vas a pasar aquí las Pascuas, celebrarás aquí un cumpleaños y pasarás unas Navidades aquí. Y buena suerte.»

Era junio de 1967. Mi especialidad era tirador de mortero, pero me nombraron primer fusilero y me mandaron a la compañía C, 3.ª Brigada, 25.ª División de Infantería. Estábamos operando en Chu Lai, pero éramos un batallón flotante.

Los veteranos tenían una manera muy extraña de preguntarte qué querías llevarte. Allí no te asignaban una M-14 o una M-16. Si querías llevar una M-16, te preguntaban: «¿Cuántos cartuchos de municiones quieres llevarte. Si quieres 2 000, te los damos. ¿Cuántas granadas quieres?» Era realmente curioso. Estábamos todos tan animados que nos perjudicábamos a nosotros mismos. Todos querían parecerse a John Wayne. Los petimetres, sólo llegar ya decían: «Quiero una 45. Quiero ocho granadas. Quiero una cartuchera. Quiero mil cartuchos de municiones. Quiero diez cargadores. Quiero todas las piezas, ¿de acuerdo?» Uno no sabía qué podía llegar a pesar todo aquello.

ABAJO: *Yo deambulaba por la calle. Tenía una pequeña 22. Un niño me tiraba petardos y yo intentaba esquivarlos. Unos cuantos tíos se reían de mí. Entonces apunté hacia ellos la pistola y vi como intentaban esconderse. «Ahora ya no lo encontráis tan divertido, ¿verdad?», les dije.*

US ARMY

Muchas veces, subiendo por las colinas y avanzando abriéndonos camino por las montañas, las granadas empezaban a pesar demasiado. Entonces empezabas a tirar granadas a los matorrales y te quitabas la cartuchera. Ni se planteaba la cuestión. Volvíamos a la retaguardia y no se planteaba la cuestión si tenías ganas de pedir lo mismo la próxima vez.

Una vez tiré unos 200 cartuchos. Me designaron para llevar las municiones de la ametralladora M-60. Estábamos cruzando un torrente por encima de Chu Lai. Yo llevaba mis raciones C, el colchón de aire, el impermeable, cinco cuartos de agua, todo lo que tenía. Las municiones pesaban demasiado. Las tiré mientras atravesábamos el río. Dije que las había perdido. El terreno era tan terrible, tan espeso, que nadie podía dudar de ello.

Soy de una familia muy religiosa y llevo encima, por tanto, mi hermana la Biblia; también todas las cartas que conservaba y una botellita de aceite de oliva que me había dado el pastor. Aceite de oliva bendito. Pero encontré a muchos hombres en el campamento base que eran ateos. Cuando llegamos a Vietnam, no había ningún ateo. En mi unidad no había ni un solo ateo. Cuando nos herían, todos gritábamos: «Oh, Dios, ayúdame, por favor.» Y todos querían llevar la cruz. Se ponían una cruz en el casco. Cualquier cosa para fortalecerte.

Los negros, además, llevábamos gafas de sol. Nos las poníamos para andar por la selva. Ahora que lo pienso, era ridículo. Pero queríamos demostrar lo malos que éramos, que no estábamos asustados. Decíamos: «Los comunistas aún no han conseguido una bala que pueda matarme.» Teníamos esa actitud de darsenos todo igual, y esto nos hacía más agresivos, más despiadados, más despreocupados. Y un poco más afortunados que los que estaban asustados.

Supongo que ésta fue la razón por la que me alisté voluntariamente en los Lurps y me llevaron a Nha Trang. Había otros seis negros que iban a ir a esta escuela de la 5.ª unidad de las Fuerzas Especiales. Y estaríamos siempre juntos en el campo. A veces estaba con nosotros el capitán Park, un coreano. Pero la mayor parte del tiempo, cinco o seis fulanos negros hacíamos nuestra propia guerra, montándonoslo nosotros solos.

Estaban Larry Hill, de Nueva York; Garland, de Baltimore; Holmes, de Georgia; Louis Ford, de Nueva Orleans; Moon, de Detroit: le llamaban Sir Calzoncillos porque no llevaba ropa interior; decía que le provocaba un sarpullido. Y un tío de Baton Rouge que se llamaba Albert Davis; sólo medía 1,59 y pesaba 55 kilos. Era un soldado fantástico: muchas agallas y mucho corazón. Era Sir Davis. Yo era Sir Ford. Como los Caballeros de la Mesa Redonda. Seríamos inmortales. Nadie nos podría matar.

No me creía que Nha Trang fuera parte de Vietnam porque tenían caserones, agua caliente, comedores donde se servían comidas calientes y aire acondicionado. Nha Trang era como una playa, un lugar de vacaciones. Circulaban por calles pavimentadas. Jugaban a fútbol y a baloncesto. Nadie llevaba armas. Eran blancos. Y esto es lo que más me sublevaba. Todos aquellos blancos en la retaguardia.

Nos dijeron que debíamos llevar nuestras armas al depósito y dejarlas allí. Dijimos que no, y entonces dejaron que nos las quedáramos hasta que fuimos a aquel espectáculo.

Era un club grande. Había unos 80 o 90 hombres. Casi todos eran blancos. Tenían chicas que bailaban y grupos musicales. Reaccionaron como si fuésemos una especie de animales, los chicos del frente. Estaban molestos. No sé si yo estaba paranoico o qué, pero, cuando entrabas, se quedaban mirándote embobados. Nos emborrachamos y seguimos allí. Yo no me emborraché porque no bebí. Y empezamos a disparar contra el techo y a ordenar a todo el mundo que se fuera: «Vosotros no estáis en la guerra.» Nos sacaba de quicio ver a todos aquellos blancos en la retaguardia y disfrutando de un espectáculo. Eran oficinistas. Lo siguiente que recuerdo es que un centenar de policías militares rodearon el club y nos quitaron las armas.

Eso fue todo.

Al día siguiente, Davis tuvo problemas por no saludar a un segundo lugarteniente. Verá, en el campo de batalla no se nos permitía saludar a nadie. Los oficiales no querían que lo hiciéramos. Un tirador emboscado podría volarles la cabeza. El capitán quería ser uno más. Te decía: «Soy como tú, hermano.» Cuando íbamos a la retaguardia, nos costaba mucho adaptarnos a saludar automáticamente.

Cuando nos convertimos en Lurps, operábamos desde Hill 54. Luego nos daban tres días de descanso. Te daban carne y toda la cerveza que fueses capaz de beber. Sabían que podía ser la última vez. Algunos de nosotros no volveríamos. Nos comíamos medio bistec, lo sacábamos y hacíamos una bola. Íbamos a la ciudad y la destrozábamos.

> «Nadie llevaba armas. Eran blancos. Y esto es lo que más me sublevaba. Todos aquellos blancos en la retaguardia.»

Davis no podía subir de categoría porque fue juzgado en consejo de guerra por algo que hicimos en la ciudad. Robamos un jeep y fuimos a la ciudad. Tuy Hoa estaba fuera de los límites. Davis volcó el jeep al coger una de las curvas. Pero Davis era un líder nato. Volvió a la unidad y consiguió que unos cuantos locos más le ayudaran a buscar otro jeep para recuperar el primero. Pero le montaron un consejo de guerra por haber robado el jeep. Y por traficar con dinero de Estados Unidos.

Davis llevaba siempre dinero norteamericano en la ciudad. Alguien le mandaba 50 dólares y él conseguía 3 por 1. Mercado negro. A la primera oportunidad que teníamos de ir a la ciudad, él iba a buscar dinero porque siempre estaba colocado, fumando marihuana, hachís. En casa de *mama san*.

Y muchos tíos jugaban a un juego: estaban fumando opio y se ponían una bolsa de plástico en la cabeza. Se fumaban todo aquel humo, a ver cuánto podían aguantar. Muchos perdían el conocimiento.

En el campo de batalla, la mayoría estaban colocados. Muchos no podían enfrentarse a los hechos. En cierto modo, si estabas colocado, te daba la sensación de estar en un juego. No te lo tomabas en serio. Eso evitó muchas depresiones nerviosas.

Verá, lo peor en el campo de batalla era lo siguiente. Si yo estoy trabajando en Estados Unidos contigo y tú eres amigo mío y te matan, siempre encontraré alguna conmiseración. El jefe me diría: «Bueno, mejor que te tomes un par de días de vacaciones. Anímate.» Pero en el campo de batalla, puedes ser un amigo excelente y, de golpe, te hacen saltar. Te ponen una capa por encima y te devuelven. Ellos tienen que seguir avanzando.

Teníamos un médico que nos daba una dosis de morfina siempre que queríamos. No me refiero a los heridos, sino a los que querían colocarse un poco. Para poder afrontarlo.

En la retaguardia, a veces cogíamos una granada, la vaciá-

bamos y le rompíamos la aguja del percutor. Entonces entrábamos en uno de los clubs burgueses. O íbamos a los barracones donde estaban los hombres de aprovisionamiento, sentados por allí jugando al bridge u holgazaneando. Nos comportábamos como locos gritándoles: «¡Os vamos a matar a todos, hijos de puta!» Tirábamos del percutor y lanzábamos la granada. Y todo el mundo se levantaba y se iba corriendo. Entonces hacía un ruidito de explosión y nos reíamos todos.

En campaña no había incidentes racistas; sólo los había en la retaguardia. No era porque estuviesen contra nosotros. Sólo que nos daba la impresión que abusaban de nosotros porque parecía haber más negros en el frente que en la retaguardia.

En la retaguardia veíamos muchas veces banderas rebeldes, pero no significaban gran cosa. Era como decir: Estamos a favor del Sur. No quería decir que odiaran a los negros. Pero, después de estar en el frente, te tomabas las banderas como un asunto personal.

Una vez vimos estas banderas en Nha Trang, en los barracones de los policías militares. Sonaba una música folklórica. Estaban bailando sin zapatos. Tenían literas muy buenas con redes antimosquitos encima. Y tenían el valor de tener colchas de camuflaje, aire acondicionado, suelos de cemento. Nosotros veníamos de la selva. Íbamos sucios, olíamos mal, no nos habíamos afeitado. Finalmente explotamos. Les dijimos: «Vosotros sois el verdadero enemigo. Nos quedamos aquí.» Tiramos las literas y empezamos a destrozar el estéreo. Ellos se fueron corriendo. A la mañana siguiente, nos llevaron de regreso.

En el frente, nos teníamos un respeto total unos a otros porque cuando hay un combate a fuego y todo el mundo mira hacia el norte, no te gusta ver a nadie que mira hacia el sur. Si uno era miembro del Ku Klux Klan, no se lo decía a nadie.

«Hermanos negros, volved a casa. Los blancos violan a vuestras mujeres e hijas, queman vuestras casas. ¿Qué estáis haciendo aquí? Esta guerra no es la vuestra.»

Tomemos, por ejemplo, a los hombres de Virginia del Oeste (Kentucky). La primera vez que vieron negros fue cuando fueron al servicio. Uno de ellos me dijo que lo único que odiaba del servicio era que había tenido que dejar sus ovejas. Decía que no solía llevar nunca botas o zapatos. Nos contaba que cortaba un tocón, ponía la oveja encima y luego la violaba. Aquellos hombres eran estúpidos y fuertes, pero no tenían ningún problema con los negros. En realidad, en la Infantería en campaña los blancos eran motivo de diversión para los negros.

Una vez el capitán le preguntó a Davis qué coche pensaba comprarse cuando volviera a Estados Unidos. Davis le contestó: «No me voy a comprar un coche, señor. Me compraré una estación de gasolina Exxon y regalaré gasolina a mis hermanos para que puedan acabar de quemar lo que dejen atrás.» No hubiera sido nada gracioso si lo hubiera dicho en Estados Unidos. Pero todo el mundo se echó a reír.

Nos solíamos bañar en el río. Afeitarnos y todo eso. El capitán le dijo a Davis que tenía un jabón Ivory. Davis le dijo: «Yo no me baño. El agua oxida el hierro y hace nudos en la espalda del caimán.» Un dicho criollo. Todo el mundo se rió. Sabían que no se bañaba porque era un soldado fantástico. Un compañero bajito. Tenía uno de los complejos de Napoleón. Siempre sentía la necesidad de demostrar algo. No tenía miedo. Ellos lo respetaban y sabían que si necesitaban una cobertura de fuego o cualquier ayuda, él estaba siempre allí.

Justo después del Año Nuevo, el helicóptero del correo fue derribado. Nos desplazamos a Tam Ky. No tuvimos correo durante tres semanas. Entonces, aquella señorita llamada Hanoi Helen habló por la radio. Tenía una carta para Sir Calzoncillos. Del helicóptero derribado. Leyó la carta de su esposa diciéndole cómo lo echaba en falta. Pero esto no afectó tanto a los hermanos como la vez que salió en antena después del asesinato de Martin Luther King, cuando había muchos disturbios en nuestro país. Nos decía: «Hermanos negros, volved a casa. Los blancos violan a vuestras mujeres e hijas, queman vuestras casas. ¿Qué estáis haciendo aquí? Esta guerra no es la vuestra. La guerra es un truco del imperialismo capitalista para deshacerse de los negros.» Yo pensaba realmente..., empezaba a creer que era verdad, porque en la Infantería había muchos más negros de los que debiera haber.

Tomemos el caso de los montagnards: los hermanos los considerábamos hermanos porque tenían la piel oscura. Las chichas eran guapísimas, la piel agradable, pelo largo y llevaban el pecho descubierto. Y los montagnards iban siempre con sus búfalos, sus familias, sus carretas. Cuando nos cruzábamos con ellos, los saludábamos y seguíamos adelante. La gente de Saigón no tenía ninguna relación con ellos. Era casi como los blancos en Estados Unidos, sin ninguna relación con los negros del ghetto. Los comparábamos con nosotros.

US ARMY

Me acuerdo de una vez que estábamos robando plátanos en Pleiku y apareció un grupo de montagnards. Algunos blancos se pusieron a comentar: «Ahora me gustaría dispararles.» Recuerdo que Davis les dijo: «Muy bien, pero tendréis que quitaros esta idea de la cabeza porque os haré volar los sesos si lo seguís pensando.»

En el campo de batalla, yo no tenía ninguna intención de hacer locuras. No como Davis. Recibí dos estrellas de bronce por accidente. No fueron intencionadas.

La primera vez fue realmente curioso. Llevábamos tres semanas sin ninguna actividad, ni siquiera había ataques de tiradores emboscados. Estábamos sentados en la base de la colina, comentando y bromeando. Algunos fumaban, comían sus raciones C y hablaban de sus casas. De pronto vi un animal pequeño que se metía en el matorral a unos 50 metros. Dije en voz alta: «Quietos. He visto a un asiático.» Todo el mundo cogió las armas y se quedó quieto.

En fin, yo sabía que no había nadie. Tenía la ametralladora en la mano y pensaba reírme un poco de los demás. Cazaría aquel pequeño zorro, o comadreja, o lo que fuera, y lo llevaría allí. Así que me fui hacia arriba, donde había visto al animal corriendo, por un bosque muy espeso. Entonces abrí fuego con la M-60, unos 20 disparos. Y de pronto veo a tres asiáticos que se levantan de un salto. Estaban escondidos en el terreno. Les estaba disparando para hacer una broma. Cuando saltaron, yo caí rodando hasta la base de la colina porque me dieron un susto de muerte. Entonces fueron todos hacia el lugar. Los asiáticos tenían unos 100 cartuchos de municiones y una docena de granadas. Los había matado a los tres.

CAPÍTULO 2 LURP

IZQUIERDA: *El Tío Sam no fue justo conmigo. Ibas a hacer un trabajo y, una vez hecho, a casa. De regreso al punto de partida. Ni siquiera preguntaron si quería realistarme.*

En cualquier caso, la recomendación contaba que yo me había desplazado a gatas 100 metros para atacar a tres exploradores del enemigo y los había matado sin ayuda. Me hace gracia porque, si llego a saber que estaban allí, desde luego no hubiera ido yo solo. No, hubiéramos ido todos y yo me hubiera quedado detrás porque no tenía vocación de hombre punta.

La segunda estrella de bronce la gané de forma similar. Fui con varios hombres a un puesto de escucha. En aquella época, Charlie tiraba piedras a los puestos de escucha para descubrir cuál era nuestra localización y hacernos romper el fuego. Encontraban nuestras minas y las giraban hacia nosotros para que nos hiciésemos saltar nosotros mismos. Yo les dije a los compañeros: «Si oís algo, me despertáis.»

Era ya casi de día cuando uno de los soldados dijo que había oído algo. Yo me dije que ya sabía lo que era: era un búfalo que se había hecho un lío con los cables. Pero decidí divertirme un poco, jugar con el capitán. Les dije que informaran por radio que teníamos actividad, que se nos estaban acercando. Y dije simplemente: «Mierda, vamos a vivir un minuto de locura.»

Vi el búfalo y abrí fuego con la M-60. Disparé de un lado a otro y lancé dos granadas y me encontré con un par de norvietnamitas. Tampoco sabía que estuvieran allí.

Davis no tenía miedo ni cuando lo herían. Seguía dando ánimos a todo el mundo como siempre.

Me acuerdo una vez que estábamos en Chu Lai, realizando un ataque en una zona de aterrizaje en peligro. Teníamos 30 helicópteros y el primer aparato recibió un impacto. No dio la vuelta porque había otros helicópteros esperando. Nosotros estábamos en el primero. Cuando llegamos al nivel de las copas de los árboles, el tirador del helicóptero dice que te lances. Si no sales, te tirará el mismo. Estábamos saltando y Davis recibió un tiro en la espalda. No le prestó la más mínima atención. Sangraba mucho. Daba igual. Era muy duro.

> «En el campo de batalla yo no tenía ninguna intención de hacer locuras... Recibí dos estrellas de bronce por accidente. No fueron intencionadas.»

Otro tipo llamado Taylor fue herido al mismo tiempo. Taylor lloraba como un niño. Era negro también y Davis le dijo: «Lloras porque te dispones a morir. Te estás muriendo y lo sabes. Podrías llevarte a unos cuantos asiáticos contigo.»

Taylor le dijo: «No voy a morir.»

Él le espetó: «¿Por qué estás aquí llorando si no vas a morir? Lloras porque eres marica y te preparas para morir.»

Y así le devolvió el coraje a Taylor. Davis te intimidaba para que no murieses.

Taylor siguió combatiendo hasta que el servicio de evacuación los llevó a los dos a la retaguardia. En realidad, todos fuimos a la retaguardia. A mí me habían herido en la cabeza, a cinco pasos del helicóptero. Tratando de mantenerme frío, me había quitado el casco y me había puesto la gorra. Caí al suelo, vi toda aquella sangre y sentí que me quemaba la cabeza. Pensé: «Estoy condenado.»

CAPÍTULO 2 LURP

Lo curioso es que, después de un ataque, los generales de la retaguardia querían siempre un recuento de cuerpos. Teníamos que volver allí y buscar los cuerpos. Después de contarlos, teníamos que enterrarlos. La Convención de Ginebra dice que los tenemos que enterrar. Y yo decía: «¿Por qué demonios hablan de la Convención de Ginebra? Nosotros no estamos en una guerra.»

Recuerdo el 20 de febrero. Fuimos a un pueblo en las afueras de Duc Pho. Búsqueda y destrucción. Se suponía que allí había simpatizantes de los vietcong. Se lanzaron octavillas conminando a sus habitantes a dejar el lugar. Todo el que estuviera allí, sería considerado vietcong.

Era un pueblo pequeño de cabañas de paja. Al final había una iglesia pequeña con un gran Buda. No vimos a nadie en el pueblo. Pero oí un movimiento detrás de una cabaña y abrí fuego con la ametralladora. Como no queréis abrir la puerta, os hago volar. O quizá era una trampa.

En cualquier caso, se oían los lamentos de una niña. Entré. Yo había disparado contra ella y ella estaba encima del viejo, como si intentara protegerlo. Él debía de tener unos ochenta años; ella unos siete. Los dos estaban muertos. Maté a un viejo y a una niña pequeña en la cabaña por error.

«La Convención de Ginebra dice que los tenemos que enterrar. Y yo decía: ¿Por qué demonios hablan de la Convención de Ginebra? Nosotros no estamos en una guerra.»

Empecé a notarme raro. Quería explicárselo a alguien. Pero todo el mundo justificaba mi acción, diciendo: «No es culpa tuya. No debían haber estado aquí.» Pero yo... yo no quería escucharlos. Lo que quería era irme a casa.

Ahora me preocupa, pero, después de aquello, ocurrieron tantas cosas que no podías estar pensando siempre en lo mismo. Tenías que seguir adelante.

Vinieron los incendiarios y quemaron todo el caserío. Lo quemaron todo. Tenían mucho arroz: abrimos las bolsas y lo lanzamos por las calles. Buscamos escondrijos. Matamos los animales, todo el ganado. Unos cuantos hombres llevaban productos químicos y los tiraban a los pozos. Envenenaban el agua para que no la pudiesen utilizar. Era pura frivolidad.

Allí fueron liquidados unos cuantos más. Quizá 12 o 14. Viejos y niños que no querían irse. Supongo que eran sus abuelos. En Vietnam, la gente vieja no podía irse de su pueblo. Era como un ritual. Les parecía que todo aquello pasaría. Nosotros iríamos y seguiríamos adelante. A veces íbamos a un pueblo y encontrábamos armas escondidas y pequeños túneles. El 20 de febrero, no encontramos nada de eso.

Por los alrededores del campamento base, en Hill 54, había siempre un niño que no tenía más de ocho años. Hablaba bien el inglés y un poco de francés. Era muy inteligente. Sus padres habían muerto en un ataque a su pueblo. A mí me hacía pensar en aquella niñita y quise adoptarlo. Éramos unos cuantos quienes queríamos adoptarlo. Y salimos hacia el campo de batalla y, al volver, ya no estaba.

Fuimos a la ciudad a preguntar por él y vimos aparecer a aquellos soldados survietnamitas. Pensamos que debían de estar persiguiendo a algunos vietcong, y el teniente y los dos sargentos abrieron fuego contra tres que corrían y luego descubrieron que no eran vietcong. Eran fugitivos. Los soldados survietnamitas iban a la ciudad y te secuestraban si tenías dieciocho, dieciséis, quince años, o la edad que tuvieras, y te ponían el uniforme. Por tanto, muchas madres escondían a sus hijos de los soldados survietnamitas. Aquellos chicos no parecían tener más de quince años. Los mataron a los tres. Y Davis se acercó al teniente y le dijo: «Tío, la has vuelto a cagar. No sabéis hacer nada bien.» No encontramos nunca a aquel chico.

Davis, aquel hombre pequeñito, era soldado raso porque siempre le hacían consejos de guerra, pero era el líder de los Lurps. Éramos muy buenos amigos, aunque a veces me sentía un poco amenazado porque siempre estaba hablando de quién mató al último vietcong. «Tú mataste al último..., estos dos son para mí. Voy a saltar sobre ellos.» A veces me convencía.

Nuestra función principal era ver si podíamos encontrar cualquier tipo de elemento del enemigo. Nos daban una posición, un área, y nos hacían ir allí a reconocer la zona. Nosotros solos —los seis negros— rondando a varias millas del campamento base. Encontramos los elementos, pedimos por radio un helicóptero que nos venga a buscar y nos lleve a la retaguardia. Entonces volvemos con el batallón y despejamos la zona. No debe hacerse nunca fuego con el arma. Es lo peor que puede hacer uno si es un Lurp, porque, si tienes delante una unidad completa y vosotros sois sólo seis, disparas y te tienes que enfrentar a ellos solo. Se ha de intentar matarlos sin disparar. Es lo que nos enseñaron en Nha Trang. Modos diferentes de matar a una persona sin usar el arma. Si usas el arma, estás perdido.

Como Lurp, yo no debía llevar una M-60. Pero les dije que no me vinieran con cuentos: yo llevaba el arma. Davis llevaba una escopeta. Nos quedábamos quietos y luego saltábamos encima de uno o dos. Les dábamos un golpe en la cabeza y les quitábamos las armas.

Davis hacía algunas locuras. Si tenían algún diente de oro, se lo sacaba porque coleccionaba oro. Tenía una pequeña colección de dientes de oro, tal vez 50 o así, en una caja pequeña. Y se hizo unas 100 fotografías para dejarlas en el campo de batalla, junto al lugar en el que había liquidado a un asiático.

Un día vimos a dos asiáticos a unos 50 metros. Estaban haciéndose cigarrillos. Comiendo. Davis dijo: «Son míos. Vosotros quedaos aquí y mirad.» Se acercó a ellos con gran rapidez y los liquidó en un instante. A uno le clavó la bayoneta y al otro el machete.

Siempre que veía a un asiático, lo cazaba. Era muy bueno.

La segunda vez que me hirieron fue con los Lurps.

Vimos a un par de vietcong. Dejamos nuestras bolsas y nos pusimos a perseguirlos. El terreno era tan espeso que los perdimos. Era la selva. Estaba lleno de zarzas que arañaban y se te iban enrollando a medida que andabas. Empezaba a oscurecer y decidimos volver al sitio donde habíamos dejado nuestras cosas. Y allí estaban ellos.

De pronto, oímos un golpe. Yo dije que confiaba que fuera una piedra y no me moví. Luego cayeron tres o cuatro más. Eran granadas explosivas. Nos tiraron unas diez. Una de ellas me derribó. Entonces yo ametrallé el área y Davis se puso a disparar la escopeta. Llamamos al servicio de evacuación y me recogieron. No pudimos comprobar si habíamos matado a algún vietcong. Sólo habían explosionado tres de las granadas. Lo bueno de los vietcong era que muchas de sus armas no funcionaban.

Yo les dije que me pusieran anestesia local: «Quiero ver lo que me hacéis en las piernas.» No quería que me la amputaran. Pero estaba bien y me sacaron los fragmentos de granada.

En una ocasión los norvietnamitas derribaron un avión ligero de observación y lo estábamos buscando. Vimos a los exploradores de los norvietnamitas. Uno era capitán; el otro, sargento. Se estaban metiendo en el arrozal y nosotros estábamos escondidos. Cuando pasaron por delante nuestro, los agarramos. Davis y yo.

Llamamos por radio. Enviaron un helicóptero a recogernos y los llevamos con nosotros. Los de Inteligencia los interrogaron y mandaron a todo el batallón a buscar el avión. Cuando lo encontramos, estaba totalmente vacío. No había nada más que la célula. El piloto no estaba. Les dijimos a los de Inteligencia que los prisioneros eran nuestros; finalmente, los entregaron a nuestra compañía y se fueron.

Yo estaba todavía mirando el avión cuando oí unos tiros. El capitán norvietnamita había intentado huir y le habían disparado. Unos 20 disparos. Lo habían matado.

Entonces uno de nuestros oficiales nos dijo, mirando al sargento norvietnamita: «Quedáoslo.»

En aquella época se hacía el juego del pasillo. Consistía en que cuando entregaban un prisionero a una compañía, todo el mundo se ponía en línea para hacerle algo. En nuestra compañía había muchos hombres que no habían visto nunca a un norvietnamita muerto y el oficial les decía que se pusieran en la línea. Aunque no le hicieran nada, quería que como mínimo lo mirasen al pasar por su lado. Así es como se juega al pasillo.

Le quitaron la ropa y lo ataron a un árbol. Todos los de la unidad nos pusimos en fila, al menos unos 200.

El primer hombre cogió una bayoneta y le rebentó un ojo. Puso la bayoneta en el extremo del ojo y lo sacó. Y a mí me sorprendió lo grande que era su globo ocular.

Luego le arrancó la oreja y le golpeó en la boca con el 45. Sueltos ya los dientes, se los arrancó.

Luego le cortaron la lengua. Se lo cortaron todo. Y le pusimos colonia antiinsecos por todas partes; así se le irritaría la piel y se la blanquearía el cuerpo.

Finalmente el prisionero perdió el conocimiento

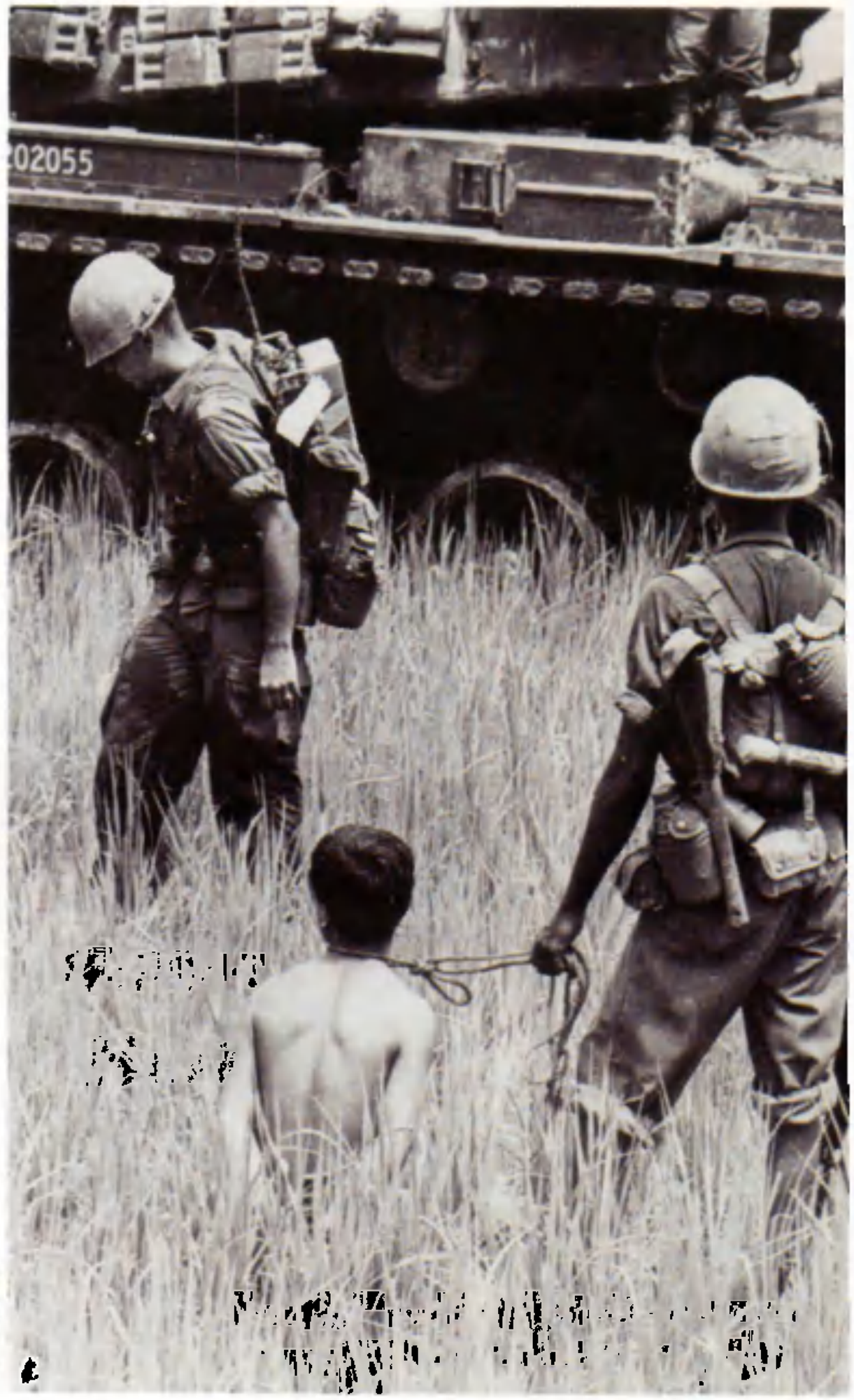
«Manos atadas. Pies atados. Sangre por todas partes. Todo lo que veíamos era una masa grande y sangrienta. Totalmente triturada. Dejaban así a los soldados para que los viéramos.»

Muchos hombres se quedaron riendo y jugando a su alrededor. Pero también muchos, quizá unos 30, se marearon, devolvieron y sintieron náuseas hasta desmayarse.

El oficial iba gritando: «Éste del árbol podría ser tu mejor amigo. Si alguna vez te capturan, te podrías ver como él.»

No se cuándo murió. Pero se mantuvo vivo la mayor parte del tiempo. Gritaba y maldecía. Le tiraron agua y lo zarandearon para hacer que volviese en sí. Al final lo torturaron hasta que murió. Entonces lo tuvimos que enterrar. A él y al capitán.

Un par de días después, encontramos tres hombres del 101.º colgados de un árbol: habían sido torturados. Manos atadas. Pies atados. Sangre por todas partes. Todo lo que veíamos era una masa grande y sangrienta. Totalmente triturada. Dejaron así a los soldados para que los viéramos. No llevaban la placa con el nombre. Sólo sabíamos que eran dos blancos y un negro. Y la placa de aerotransportados. Los tuvimos que enterrar.



ARRIBA: *Gente que ni siquiera había estado allí nos decía que la guerra era inútil. Se lamentaban de que un hombre perdiera la vida por seguir órdenes. Yo me sentía utilizado, manipulado, ultrajado.*

Antes de la ofensiva del Tet, todos los combates eran en la selva. Pero en la ofensiva del Tet, los francotiradores fueron a las ciudades y nosotros no estábamos acostumbrados a luchar en las calles.

Nos encontrábamos en Tuy Hoa. Fue curioso: Louis entró en uno de aquellos blocaos que los franceses habían dejado en la calle, como un fortín. Quería esconderse. Y nosotros le decíamos: «Venga, hombre. Tenemos que salir de aquí.»

Louis decía: «No, no. No pienso moverme de aquí. Aquí estoy a salvo. Nadie sabe que estoy aquí.»

Y nosotros venga decirle: «Hombre, si no vienes te dejamos aquí y nos vamos igual.»

CAPÍTULO 2 LURP

Y empezamos a salir.

Entonces Louis dijo: «¡Qué demonios! De todas formas no podéis hacer nada sin mí.» Y se puso a reír.

En el momento que se levantaba por detrás del fortín, recibió la bala. Le dispararon al pecho, a la cabeza. Un francotirador. Y tuvimos que dejarlo allí mismo.

Nos querían hacer creer que lo habían enviado a casa. Enviaban cajas a nuestro país. Muchas veces no podíamos conseguir que viniera un helicóptero porque el terreno era impracticable. Entonces los enterrábamos. Cuando los gusanos ya se los hubieran comido, ¿qué iban a sacar de la tierra? Eso si los encontraban.

La noche después de la muerte de Louis, Taylor se desmoronó. Se puso a lamentarse y a llorar. Llorar es un poco contagioso. Si un hombre empieza a llorar, antes de que te des cuenta, ya habrá todo un batallón sollozando.

Y todos sabíamos que Louis iba a volver a casa una semana después.

Pero Taylor estaba desesperado. No cesaba de decir que ya no podía aguantar más.

Siempre cantaba himnos antiguos. Una vez le di 200 cartuchos de municiones para llevar, y cuando llegamos al sitio donde teníamos que pasar la noche, le dije: «Taylor, ¿dónde están las municiones?» Me contestó: «Amigo, ¿sabes aquella canción que dice quítame los grilletes y libérame? Me he tenido que liberar cuando llevábamos andando unos 300 metros. Dejé todo el material en el río. Eran cadenas de esclavitud.»

Otra vez íbamos por el bosque y Taylor se dio un golpe en la nariz con una rama. Se desmayó y no se movía. El oficial le dijo que, si no se levantaba, le disparaba. Él dijo: «No me importaría que me disparara porque tengo la impresión de que ya estoy muerto. No me moveré hasta que no vea llegar el helicóptero de la Cruz Roja.» Y se lo llevaron. Lo siguiente que supe es que le habían cogido fuera de los límites de la ciudad.

Ferguson iba con él. Solían hacer cosas como hacerse sacar una muela. Uno nunca decía que le dolía la muela y que se la arreglaran. Pedía que se la arrancasen, y dos días en la retaguardia. El médico le dijo a Ferguson que no estaba careada. Ferguson le dijo: «Me da igual. Me duele. Sáquemela.»

Es decir, que Ferguson y Taylor constaban como enfermos. Pero Taylor dijo que se había enamorado de una pequeña asiática y se habían quedado los dos bebiendo con *mama san*. Por la noche se durmieron y fue entonces cuando aparecieron los norvietnamitas y tomaron las calles. Taylor dijo que bajaba un batallón por la calle: «Yo estaba allí con mi niña. Luego me di cuenta de que no podía pasar por asiático y me preparé para echar a correr. Tenía los ojos como linternas, ni siquiera pestañeaba. Estuvimos toda la noche en la ventana.»

Cuando amaneció salieron. No pudieron regresar a tiempo. El sargento que los encontró en la puerta les dijo: «Si estáis bien para joder, estáis bien para luchar.» Los degradaron por ausentarse sin permiso y los hicieron volver al campo de batalla.

Luego, una noche, Taylor estaba sentado en el suelo intentando convencernos de que había visto la Estatua de la Libertad. Había estado fumando y, a cierta distancia, había un árbol. No paraba de decir: «Sir Ford, Sir Ford, ¿no es ésta aquella puta?» Yo le preguntaba «¿Qué?» Él decía: «El mundo gira, ¿verdad?» «Sí», le decía yo. «Pues debemos estar acercándonos a Nueva York porque veo a esta puta. Demonios, desde luego es ella, amigo.»

Tuvieron que venir a administrarle tranquilizantes.

Antes de que volviera a casa, los comandantes de las compañías Bravo y Echo murieron de un tiro. Y, según los rumores, de manos de sus propios hombres. Estas compañías estaban en tensión porque los capitanes lo hacían todo según el reglamento. Y el reglamento no servía de nada en Vietnam. Tenían esta manía de West Point sobre lo de cavar una fosa por la noche y poner sacos de tierra alrededor. No puede pedirse a un hombre que marche por la selva todo el día, luego que cave un agujero, llene los sacos, los vacíe por la mañana, vuelva a llenar el agujero y luego atraviese otra montaña. Los hombres mandaban el agujero al diablo. Y cada vez que había combate a fuego, mientras todo el mundo busca alguien que le cubra las espaldas, hay un hombre que mira dónde está el capitán porque le va a disparar un par de tiros. En Vietnam, te podían matar tus propios hombres y nadie podía comprobarlo porque, como siempre dejábamos armas en todas partes, las podían haber cogido los vietcong.

> «Era una unidad de norvietnamitas... Venían a rachas... Cogían las armas de las unidades que habían ido cayendo y seguían adelante.»

El peor momento de la guerra fue en abril. Estaba todo el batallón en la selva y nos atacaron. Nos asestaron un buen golpe. Era una unidad de norvietnamitas. No eran vietcong. Eran soldados.

Venían a rachas. La unidad que iba detrás ni siquiera tenía armas. Cogían las armas de las unidades que habían ido cayendo y seguían adelante. Daba la impresión de que disparábamos a una persona, caía y luego seguía adelante, en vez de aparecer alguien tras ella. Te provocaba un desbarajuste mental.

Entonces empezamos a gritar: «Vamos a quemar la zona. Traigamos a Puff y cojamos los morteros y lanzallamas.» Puff ayudaba mucho. Era una máquina de guerra peligrosa, con todos sus cohetes y cañones. Puff, el Dragón Mágico, no pasa inadvertido.

Pero a mí me daba miedo. Hirió a seis de nuestros hombres. No quería verlo. Puff me daba miedo.

Luego solicitamos fuego de mortero. Y el pelotón de morteros hirió a seis o siete de los nuestros. Los proyectiles cayeron antes de tiempo. Error de cálculo o algo así.

Entonces vi a un tipo que acababa de llegar a Vietnam. Un chico blanco bajito que se llamaba Irving y era de Kansas City. Era un chaval muy agradable: solía hablar de los rebaños que circulan por las calles de Kansas City. Le habían disparado en la cabeza y fui hacia él y lo cogí. La bala le había entrado por el ojo. Un agujero inmenso. Le puse la manos detrás de la cabeza y noté como se desprendía y me quedaba con un trozo de cabeza en las manos. Me quedé helado.

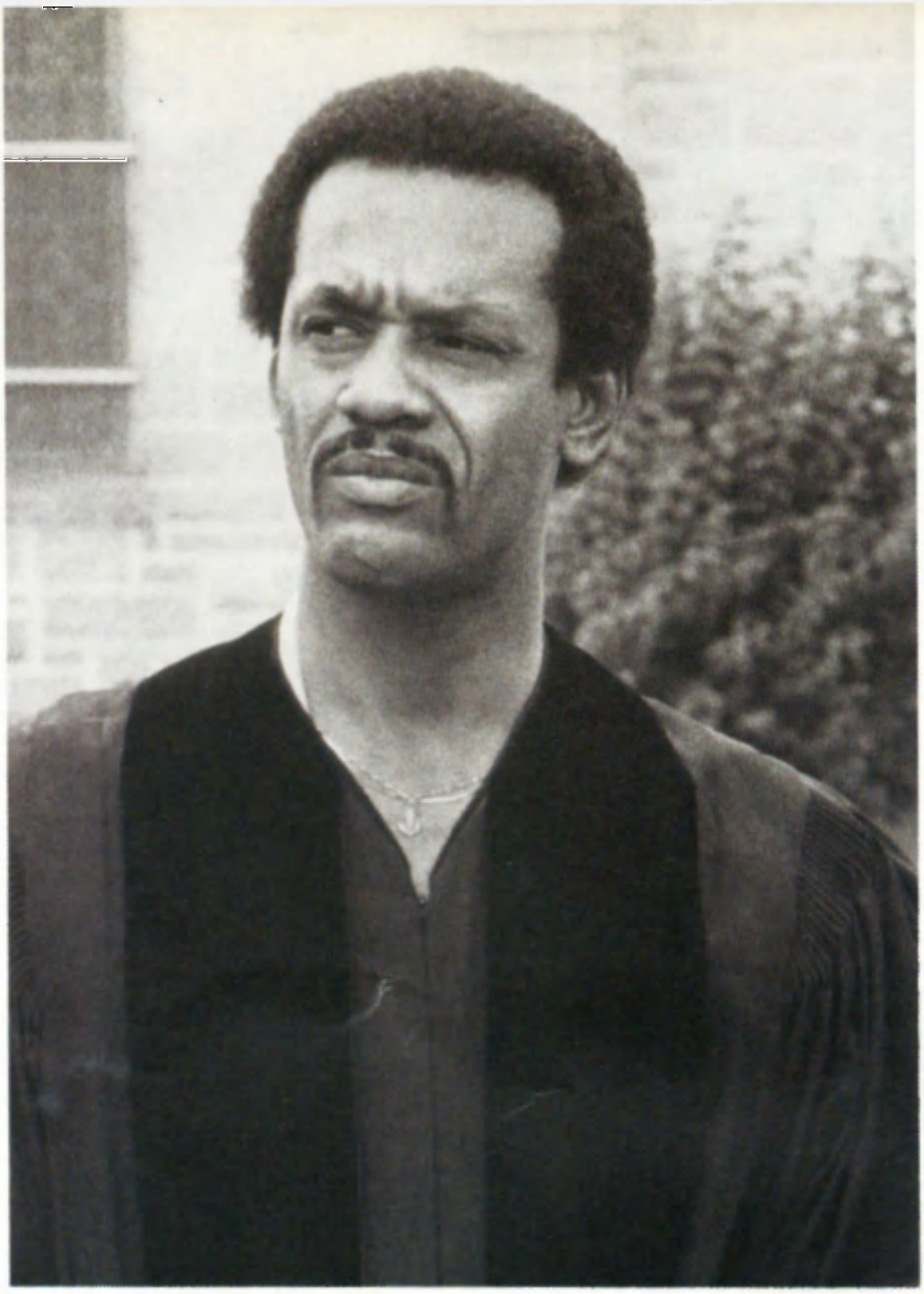
Me daba miedo soltar aquello, miedo moverme. Estaba allí sentado y entonces fue cuando Davis me ayudó.

Me gritó: «Negro, deja de lamentarte. Tenemos que seguir.»

Entonces el teniente empezó a gritarnos que mantuviéramos las posiciones. Davis dijo: «Al demonio las posiciones. Retrocedamos. Atrás.»

Nos estaban destrozando.

Davis lo sabía. Y Davis era un simple soldado. Un soldado. Davis nos salvó.



WALLACE TERRY

Capítulo 3

LUTHER C. BENTON III

Portsmouth (Virginia)
Auxiliar Sanitario
Hospital Militar Provincial de Asistencia
Equipo Programa N-2
Armada de EE.UU. Hoi An
Mayo 1967 - Mayo 1968

CAPÍTULO 3 AUXILIAR SANITARIO

Mi condición de hijo único me permitía no cumplir la orden de ir a Vietnam. La cumplí porque quería ver de qué iba la guerra. Yo creía que, si estábamos allí, era por buenas razones. Teníamos que impedir el avance del comunismo antes de que llegara a América. Era tan tonto como todos los demás.

Pero fue en Vietnam donde oí por primera vez la voz de Dios. No sabía nada sobre la Biblia. Sabía que existía. Era creyente. De pequeño me habían bautizado, pero, cuando fui a Vietnam, no tenía la fe y el convencimiento que tengo hoy.

Y, una noche en particular, Dios me salvó la vida. Por algún motivo.

Yo era un perfecto marinero. Siempre cumplía con mi deber y un poco más. Perfecta conducta militar. Siempre immaculado. En el barco, trabajaba en la farmacia y, probablemente, era el más aseado de todos. Cuando recogimos la cápsula espacial Gemini 10, alguien dijo: «Necesitamos alguien del personal médico para abrir la puerta.» Me eligieron a mí. Por tanto, fui yo quien abrió la puerta ante las cámaras de televisión, la prensa y todos los demás y quien acompañó a los tripulantes a la enfermería, donde debían pasar un reconocimiento médico. En otra ocasión formé parte del equipo quirúrgico que se había formado para acudir inmediatamente a la Bahía de los Cochinos. Pero no llegó a producirse la invasión, a pesar de que estaba todo dispuesto para ello. Y, una noche, el piloto de un helicóptero se estrelló en el agua cuando intentaba aterrizar en el barco. Cayó a unos 20 metros. El helicóptero no tenían ningún desperfecto y los tripulantes estaban atados y no podían salir. Así que salté al agua desde el muelle de aterrizaje, fui nadando hacia el helicóptero y desaté a los de dentro. Nos enviaron un bote, nos subimos todos en él y regresamos. El helicóptero se había hundido en el océano. Me dieron una botella de whisky y me dijeron que estaba haciendo historia en la Armada estadounidense porque no se permitía llevar whisky en el barco. Y me dijeron que, si no llego a saltar a buscarlos, habrían perdido la vida.

> «Yo creía que, si estábamos allí, era por buenas razones. Teníamos que impedir el avance del comunismo antes de que llegara a América. Era tan tonto como todos los demás.»

El destino que me dieron en Vietnam era el Hospital Militar Provincial de Asistencia, Programa de Equipo, en Hoi An. Pero, antes de ir allí, teníamos que seguir una instrucción especial en la base de las Fuerzas Aéreas Andrews. Eran unos dos meses de aprendizaje de la lengua vietnamita y su historia y costumbres. Volamos hacia Saigón en mayo de 1967. Iba a trabajar en aquel hospital durante un año. A pesar de que decían que la misión era para mejorar los niveles de asistencia médica de los survietnamitas, no me di cuenta en aquellos momentos de que aquel hospital era un centro de recogida de información para la CIA. En principio, no debíamos tratar allí a ningún militar. Pero lo hicimos. Curábamos a los vietcong.

En nuestro equipo había doce reclutas y tres oficiales, todos de la Armada. Teníamos un médico civil, de Turquía, y tres enfermeras de Alemania Occidental. Había tres marines encargados de nuestra seguridad y un sargento de marines que vivía en un cobertizo dentro del cual no cabía más que la hamaca. Era un oficial de Inteligencia que trabajaba para la CIA. Y había también un hombre de la CIA que venía a menudo. Vivía un poco lejos en una casa vigilada por mercenarios chinos.

Lo primero que hice en el hospital provincial fue instalar una unidad de rayos X con Andy Garret. Era de St. Louis y el único negro que había allí además de mí.

Entonces me sacaron de allí y me hicieron asesor de provisiones médicas de la provincia de Quang Nam. Me encargaba de las provisiones médicas de los vietnamitas. Sólo tenía que mantener constancia de lo que entraba y dónde se destinaba. Ayudarlos a crear un sistema, como un almacén.

Venía allí un jefe de aldea y le decía al representante vietnamita —mi contrapartida— lo que quería. No era médico, era simplemente el jefe de un pueblo pequeño. Nos daba una lista de lo que quería. Se lo empaquetábamos y él lo ponía en su carro y se iba camino abajo. No había más límites establecidos a lo que se llevaban que los que establecía la contrapartida vietnamita. Pedían todos los materiales médicos que querían: Alka Seltzers y aspirinas. Incluso pedían Alka Seltzer con sabor a limón. Me acuerdo que no las había visto nunca antes.

Había todo tipo de drogas: anfetaminas, morfina, penicilina, dextrosa y soluciones salinas para administración intravenosa. Cualquier cosa que se le puede ocurrir a uno, la tenían. Todo lo que se podía encontrar en un centro de ayuda a individuos que fueran heridos en guerra.

Pedí ambulancias a Estados Unidos.

Pedí acondicionadores de aire porque me dijeron que los pidiera. En aquellos pueblos no había electricidad, pero tenían acondicionadores de aire.

Luego nos mandaron arroz. A mí me pareció ridículo, pero, cuando miré hacia el campo y vi que tenían napalm en los arrozales, entendí que necesitaban el arroz porque no podían cultivarlo.

Un día preguntaron: «¿Dónde podríamos conseguir un cerdo?» Alguien les dijo: «Bueno, quizás el asesor de provisiones médicas nos pueda conseguir uno.»

El hombre del USAID dijo: «Buscad un catálogo.» En el catálogo había la lista de cosas de los programas patrocinados por USAID. Pero vi que era suficiente escribir en un formulario de pedido que queríamos un cerdo. Dos semanas después llegaban los cerdos. Venían de Estados Unidos.

Eran unos cerdos grandes. Los cerdos vietnamitas no llegan a medir más de 40 centrímetros de altura. Aquellos dos parecían casi ponis. Y no duraron ni una semana. En principio los tenían que criar. Se los comieron. Dijeron que eran demasiado grandes para alimentar. Los cerdos norteamericanos comían más que seis familias vietnamitas juntas y decidieron que no podían alimentarlos. Por tanto, se los comieron.

No era asunto mío descubrir qué hacían con el material que les dábamos. Mi tarea era pedir lo que querían y dárselo.

Yo vivía justo al lado del hospital. Me había construido un barracón allí fuera y, al lado, había un bar y un puesto de asados. En el bar vendían whisky. Había cuatro máquinas tragaperras y una máquina de discos. Se podía comer carne y venían las tropas a beber cerveza. Bebíamos Jim Beam o lo que queríamos. Había dos camareras vietnamitas y un hombre que limpiaba.

DERECHA: *Estados Unidos, al mandar a tantos jóvenes a Vietnam, los empujó a la prostitución, al juego, al alcohol y a las drogas. Al temor, al asesinato, a su propia destrucción.*

La carabina que me dieron en Saigón antes de ir a Hoi An no tenía espoleta. Me dijeron: «Es igual. De todos modos vas a un área pacificada. No necesitas un arma.»

En Hoi An había vietcong por toda el área. Realmente en todas partes.

Se oían explosiones continuamente. Siempre había aviones arrojando bombas. Siempre se oían obuses que explotaban: *patum, patum, patum*, continuamente. Siempre pasaba algo, las 24 horas del día.

Yo tenía un Smith & Benson 38 con funda colgada del hombro. Lo llevaba siempre por debajo de mi ropa de civil para no llamar la atención. Se lo compré a un soldado. En Vietnam podías comprar cualquier cosa.

Tenía un subfusil M-4 que disparaba balas blindadas, junto con unos dos mil cartuchos. Los tenía dispersos en varias cartucheras por si los necesitaba. Este arma la había cambiado por una botella de alcohol a un carrista, porque normalmente es el arma que llevaban los que iban en carros de combate.

Tres días antes habíamos adquirido una ametralladora de calibre 30 en una transacción. La instalamos en lo alto del edificio. Me pareció que era una buena pieza para adquirir, considerando que los individuos que mandaban en el área eran sólo médicos y enfermeros. Y, después de estar un tiempo en el hospital, los marines que pasaban por el perímetro eran muy caprichosos.

No tenía ningún amigo verdadero porque no quería. No quería tener a nadie tan cerca de mí que me preocupase demasiado si lo herían o mataban.

Pero lo primero que hago siempre cuando llego a un lugar que no me es familiar, es familiarizarme con la gente. Pasé muchas horas comentando los problemas del Vietnam con los vietnamitas, hablando de lo que sentían y de qué pensaban de los norteamericanos y su intervención en la guerra. Me di cuenta enseguida que, desde el punto de vista de la gente, la guerra no era lo mejor.

«Nosotros nos quedamos sentados y miramos cómo ganáis. Luego iremos con el que gane. Los norteamericanos son los que están más locos porque no tienen nada que ganar.»

Pregunté a un grupo de hombres: «¿Por qué no lucháis por la libertad de vuestro país? ¿Estáis locos?» Se pasaban el día yendo de un lado a otro con sus Hondas y Suzukis.

Me dijeron: «¿Estás loco tú? Nuestros soldados no están bien preparados para luchar contra los vietcong o los norvietnamitas.»

Y añadían: «¿Y por qué vamos a hacerlo si ya lo hacen los norteamericanos, si van a venir los marines? Sería estúpido que lo hiciéramos. Y, en cualquier caso, no cambiaría nada.»

Me decían que cuando no tienes absolutamente nada más que tu vida y tu arroz, y se te llevan el arroz el gobierno o los vietcong, no te importa quién gane. El país no cambiará gane quien gane. De todos modos les tendrás que pagar con el arroz. Por tanto, lo mejor es dejar que luchen los vietcong contra el gobierno.

También decían: «Nosotros nos quedamos sentados y miramos como ganáis. Luego iremos con el que gane. Los norteamericanos son los que están más locos porque no tienen nada que ganar. Aquí, pierden sus vidas y su dinero.»

Esos eran los sentimientos de la gente.

Un aspecto sorprendente de la gente era que siempre conseguí la información más fiable de los niños. Tenías que mantenerte siempre en guardia porque, de pronto, se te acercaba alguien con bombas pegadas al cuerpo y explotaban allí mismo. Yo no quería que me pasase algo así. Pero, por alguna razón, aquellos niños sabían lo que ocurría.

Había un par de niños con los que hice amistad. Un niño y una niña. Eran huérfanos. Venían a verme y yo les daba jabón y comida. Me los llevaba en el jeep al centro y les compraba un par de zapatos. Me preocupaba por saber si habían ido o no a la escuela. Una vez que iba yo sólo en el jeep, me dispararon un par de tiros desde un coche; uno entró por el parabrisas. Pero cuando iba con los niños, no tuve nunca problemas.

Llevaba allí unos dos meses cuando fui un día al mercado. Iba vestido de negro. Entonces era muy delgado, pesaba 51 kilos y, aunque medía 1 metro 82, se me podía confundir con uno de ellos, especialmente en la oscuridad.

IZQUIERDA: *La mañana siguiente al combate dije: «¡Uf! Nunca creí que tendría que vivir esto.»* ABAJO: *Luego pensé: «Después de haber vivido esta experiencia, ¿qué se espera de mí?»*

POPPERFOTO

POPPERFOTO

ARRIBA: *Tras estar presente en aquel combate en el que éramos inferiores en número, prefería disparar que mantener una conversación. Me parece que perdí un poco el sentido.*

Había algunos soldados y policías circulando por allí. Por una razón u otra, no me mezclé con la multitud. Pues bien, un tío se mete entre la gente, tira de la cuerda y explota. Al explotar, su cuerpo despidió unas cositas pequeñas que explotaron un poco después. En realidad, hubo seis explosiones diferentes. Se produjo una carnicería terrible. Sangre y entrañas por todas partes.

Yo no viajaba nunca por tierra en convois. Se te acercaba un niño con pequeñas bombas atadas a su cuerpo y, al llegar junto a ti, tiraba de la cuerda. Iba de pueblo en pueblo en helicóptero o con Air America.

Había un área río abajo donde los niños ni siquiera te saludaban de lejos. Los adultos te miraban, desviaban la vista y se ponían a andar. Yo ya sabía que no era un lugar muy bueno. Pero el Ejército enviaba a menudo a los hombres más jóvenes a practicar allí el tiro. Un domingo, un camión de dos toneladas y media lleno de soldados se dirigía al río a hacer prácticas. No hicieron rastreo de minas ni nada. Cuando iban hacia allí pisaron una mina que los vietcong habían puesto en el camino. Era un camión entero lleno de soldados. Tal vez unos 15 o 20. Y volaron todos. La pieza más grande que quedó de todos ellos fue el pecho de un soldado negro y la puerta de atrás del camión.

Lo curioso del hospital era que, cuando trabajabas en los rayos X, veías que la gente tenía heridas de bala. Yo tenía asumido que todas aquellas heridas se las habían hecho en combate. Y parecía ser que algo así como el 99,8 por ciento de veces eran heridas de armas norteamericanas, de M-16 por ejemplo. Al final nos enteramos de que, en realidad, estábamos atendiendo al enemigo. Pero venían siempre vestidos de civiles. Teníamos a unos cuantos atados a la cama con cadenas. Sabíamos que eran enemigos, y la CIA y el servicio de Inteligencia del Ejército venían a buscarlos al hospital y se los llevaban. A algunos los mataban. Los más afortunados iban a parar a los campamentos de prisioneros. No tuvimos que visitar nunca a gente con neumonía, resfriado o algún tipo de enfermedad. A mí me

parecía que todo era pura fachada y que estábamos realmente perdiendo el tiempo.

Una noche, los vietcong o los norvietnamitas debían de tener a alguien en el hospital a quien querían sacar de allí porque irrumpieron en el hospital. Había algunos policías; les dispararon con rapidez. Fuimos todos hacia allí y, al irse, lanzaron unas granadas de mortero contra el hospital. Destrozaron a algunos de los que estaban allí.

Me acuerdo de aquel vietnamita. Era una de las personas que trabajaban en el hospital. Estaba tumbado en el suelo, quejándose. Me agaché para levantarlo y, al cogerlo por la espalda, descubrí que la tenía destrozada. Lo puse en una camilla y noté... noté... que había puesto las manos en sus pulmones. Luego murió.

Una vez, a alguien se le ocurrió la idea de contar con la presencia de un médico para controlar que los detenidos no fueran torturados físicamente en los interrogatorios. O para curarlos inmediatamente si pasaba algo y poder seguir interrogándolos. No sé de quién fue la idea, pero lo cierto es que no duró mucho tiempo.

Me tocó a mí en una ocasión aquella tarea. Tenían a una mujer vietnamita joven y la habían puesto de pie sobre un taburete de tres patas, como los que se usan para ordeñar. Le habían quitado toda la ropa. El interrogatorio se lo hacía un marine coreano. Había un civil norteamericano y un individuo vietnamita.

El coreano no la pegó ni una vez. Pero ella se puso muy nerviosa y le escupió.

Entonces lo que él hizo fue coger una bengala y metérsela en el cuerpo entre las piernas. Una bengala de fósforo. Se la metió hasta la vagina y allí la dejó.

Luego encendió la bengala. Le quemó las piernas. Ella cayó entonces del taburete y se retorcía en el suelo. Él dejaba que la bengala se fuese quemando. Le quemó el interior del cuerpo.

Ella seguía retorciéndose.

La dejaron quemar por completo.

Yo le dije: «¡Eh! No deberías hacer eso». Me acerqué a ella, pero me agarraron y me echaron de la habitación.

No me permitieron poner fin a la tortura.

Ella gritaba. Se oían sus gritos desde fuera. Su lamento.

Cuando dejó de gritar... dejó de gritar, supe que había muerto.

Después de aquello, no gocé del privilegio de asistir a ningún otro acontecimiento de éstos.

¿A quién podía informar de aquello? ¿Qué hubieran hecho? Quiero decir que yo sabía que estaban allí para matar gente y, por tanto, ¿qué importancia tenía haber matado a otra persona?

ABAJO: Él *me protegió. Cuando te explosiona encima un proyectil B-40 y lo único que notas es que te saltan los empastes de los dientes, sabes que es real.*

POPPERFOTO

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Búsqueda del enemigo en las ruinas de un pueblo. Los zapadores vietcong podían aparecer de pronto en el edificio en el que te encontrabas.*

Una noche estaba sentado en mi barracón contemplando la guerra. Contemplando las bombas que se lanzaban. Y oí la voz de Dios, el Espíritu Santo, que me hablaba.

No había bebido ni nada por el estilo.

Era una cosa difícil de definir porque no lo había oído nunca con anterioridad. Pero sabía que era Dios. Porque no era algo audible. No era algo que oyese con los oídos. Parecía salir de la parte más profunda de mí mismo, de mi alma. Era de tal modo, que me puse a temblar violentamente.

Cerca de una semana después, me encontraba en China Beach. Había unos cuantos marines celebrando una fiesta. Las alemanas del equipo médico alemán estaban allí. Todos estaban chapoteando en el agua, pasándoselo bien. Pero yo no quería nadar. No quería beber nada. Me acuerdo que no quería ni comer. Me sentía incómodo. No es que tuviera miedo ni nada de eso. Simplemente incómodo.

Me puse a andar hacia la selva que empezaba en el límite de la playa. No lejos de allí había una monja católica del orfanato. Se oían el griterío de los niños, el canto de algunos pájaros y el viento que soplaba. Se oía también el movimiento de las hierbas, las hojas, todo.

Yo me dirigía hacia allí sin dejar de mirar y, de pronto, todo se detuvo. Los matorrales dejaron de moverse. Los pájaros se callaron. Los niños también. Todo se quedó quieto. No se oía nada, no se movía nada.

Y volví a oír la voz. Me dijo: «Debes hacerlo.»

Yo dije: «Bien, Señor, cuando salga de la Armada, haré lo que Tú quieras que haga.» Eso fue lo que le dije. Entonces llegó el veintisiete de agosto de 1967. Hacia las dos de la madrugada, sufrimos un ataque. Me desperté y vi que había gente corriendo por todas partes. Una brigada de zapadores. Estaban poniendo explosivos por todas partes. Daba la impresión de que íbamos a recibir muchos morterazos.

En realidad, estaban en el edificio en el que vivía yo. Yo podía oír todos los ruidos. Casi siempre llevaba sandalias, no las botas de combate, y el ruido de las botas es totalmente distinto al de las sandalias. Sólo llevaba unos pantalones cortos. Como era tan delgado, probablemente les parecí uno de ellos, corriendo en la oscuridad.

Pasé corriendo por delante de ellos con el M-4, salí del edificio, fui hasta la esquina y me metí en el barracón.

> «Una noche estaba sentado en mi barracón contemplando la guerra... Y oí la voz de Dios, el Espíritu Santo, que me hablaba.»

Un blanco que trabajaba conmigo llamado Peter Gillis estaba sentado encima del barracón, que creo que medía unos dos metros.

Gillis me dijo: «Mejor que no te metas dentro.»

Yo le pregunté: «¿Por qué no?»

«Porque sabrán que estás ahí y te dispararán. Ven aquí arriba.»

Así que subí a la parte de arriba del barracón con él.

Había otro grupo de ellos, unos 15 o 20, atacando a la compañía del Ejército survietnamita que teníamos a la derecha. Allí estaban aparcando vehículos. M 113. Y lo único que nos separaba del recinto de los soldados survietnamitas era una pequeña valla de alambre. Se oían gritos y aullidos de la gente que estaba allí dentro. Entonces un grupo de ellos pusieron un torpedo Bangalore para derribar la valla. Y otra explosión.

Ahora ya teníamos a un grupo realmente numeroso de personas en el interior de nuestro recinto. Gente justo delante del bar.

Gillis dijo: «Tenemos que dispararles.»

Yo dije: «No creo que debamos porque no sabemos si son amigos o no. No podemos ponernos a matar a gente de nuestro mismo bando porque estemos en un lío.»

A mí todos los vietnamitas me parecían iguales. Me era imposible distinguir los buenos de los malos. Especialmente por la noche.

Bien, Gillis tenía un BAR. Yo le dije: «Dispara en frente del barracón. Yo te cubro.»

Disparó unas tres ráfagas en frente del barracón y ellos devolvieron el fuego. Lo acribillaron a balas, pero disparaban dentro del barracón y nosotros nos encontrábamos encima. Y los sacos de arena estaban empezando a desintegrarse.

Gillis gritó: «¡Es el enemigo! ¡Es el enemigo!» Yo no sabía qué hacer porque no me había visto nunca envuelto en un combate hasta entonces.

> «Teníamos dos cajas de granadas. Las lanzamos todas... Era como una locura. Lanzábamos y lanzábamos granadas sin parar.»

No hice más que abrir fuego contra un grupo de ellos con el M-4, cuyas balas los atravesaron, no sólo a ellos, sino también a las máquinas tragaperras. Máquinas tragaperras de hierro. Las dejaron hechas añicos. Aquellas balas te hacían unos agujeros inimaginables.

De pronto, aparecieron los aviones, ya que toda el área estaba sufriendo el ataque. Lanzaban bengalas que iluminaban la zona. Se veían sombras ir de un lado a otro y yo disparaba a todo lo que se movía. Disparaba a las sombras que se movían. Teníamos patos, pollos y perros y estaban ya todos muertos. Todo aquello que se movía, sufría el impacto del fuego.

Teníamos dos cajas de granadas. Las lanzamos todas. Sacábamos la espoleta y tirábamos las granadas. Era como una locura. Lanzábamos y lanzábamos granadas sin parar. Yo creo que lo hacía todo por un instinto animal de supervivencia.

Pero entonces me puse a rezar.

Dije: «Señor, sé que no puedo ir a ninguna parte, que no hay ningún lugar al que pueda correr, ninguno en el que esconderme. No he sido muy mala persona, he sido bueno. Siempre decía mis oraciones y todo. Sólo quiero pedirte un favor, y es que cuando me disparen, muera inmediatamente. Que no sufra y que no me capturen. Sólo quiero morir inmediatamente. No quiero tener que sufrir, gritar, aullar y lamentarme. Sólo quiero morir inmediatamente. Y creo que Tú puedes concederme este favor.»

Un momento después, el hombre del barracón principal que teníamos a la derecha nos preguntó: «¿Qué pasa?»

Como estábamos bajo ataque directo, no respondimos. Sabíamos que dirigirían la artillería contra nuestra posición. Y, como todavía estábamos vivos, no queríamos llamar la atención de nadie. El enemigo estaba encima de nosotros. Atraer a la artillería cuando te superan en número es la cosa más idiota que puede hacer uno.

En aquel momento Gillis fue herido. Tenía una bala en el cuerpo.

Entonces, un grupo de enemigos se nos acercó por detrás en un transporte acorazado de personal. Gillis disparó al vehículo sin parar con el BAR y lo hizo detener. No sé cómo lo logró, pero, desde luego, Dios estaba con nosotros.

Yo seguí abriendo fuego al frente para impedirles volver atrás y forzarles a ir en otra dirección. Al lado del hospital había una valla y no podían traspasarla. Entonces subieron arriba del edificio para apoderarse de la ametralladora calibre 30. Mataron a un marine e hirieron al otro. Pero el sargento que dormía en el cobertizo subió al edificio y abrió fuego antes de que pudiesen llegar a la ametralladora.

TIM PAGE

ARRIBA: *Un teniente. Un hombre blanco. No lo había visto jamás en mi vida. Y me dijo: «Dios quiere que te pongas en marcha. Dios quiere que ahora trabajes para Él.»*

Entonces volvieron hacia la esquina. Esta vez lanzaron su cohete B-40 directamente contra el barracón. Yo estaba de cara a ellos y Gillis me cubrí las espaldas.

Volamos por los aires. La explosión nos destrozó los tímpanos. Me dijeron que yo debía de haber abierto la boca porque todos los empastes que tenía en los dientes saltaron.

Caí de lado y solté el arma. Tenía tanta tierra que se me encasquilló. Le saqué la tierra, apreté el gatillo y la agité con fuerza. Y me puse a disparar, disparar y disparar.

Cuando todavía estaba en el suelo vino un individuo y me dijo: «¡Soy yo, soy yo!»

Era Kelly, el jefe del cuerpo médico del hospital. Un tío bajito y gordo. El típico jefe de hospital.

Le pregunté: «¿Qué haces aquí?»

Había estado a punto de dispararle.

Le dije: «Vete de aquí, vete de aquí.»

«Había un par de personas muy malheridas, pero vivas. Las remató. Les puso un subfusil sueco en la cabeza.»

Había gente tendida por allí lamentándose, llorando, gritando. Corrían de un lado a otro buscando un lugar para esconderse.

Gillis dijo: «Deberíamos hacer algo por ellos. Somos del cuerpo médico.»

Y lo hice. Disparé en dirección a los gritos y lamentos hasta que dejé de oírlos.

Me pareció que era lo que debía hacer. No quería oírlos. Aquel ruido. Aquellos lamentos. Aquellos tejidos. Aquellos gemidos. Y me daba miedo acercarme a prestar los primeros auxilios a alguien a quien había disparado yo mismo. Podrían matarme aunque pretendiera ayudarlos.

No dejé de disparar hasta el amanecer.

Los vietcong habían entrado en la cárcel que había detrás nuestro y habían liberado a todos los presos.

La compañía de reparaciones estaba destrozada.

No habíamos recibido ninguna ayuda de la estación de policía que estaba al otro lado de la calle.

Entonces apareció aquel tío de la CIA. Dijo que había oído que nos iban a atacar, pero no nos dijo nada porque no creía que ocurriera.

Se puso a recorrer el área con Kelly. Había un par de personas muy malheridas, pero vivas. Las remató. Les puso un subfusil sueco en la cabeza.

Cuando salió el sol, encontraron a un vietcong escondido tras un montón de madera. No había podido salir y luego le había dado miedo. Lo cogieron y lo interrogaron. Es todo lo que sé que le pasó.

Además del marine, murió un sanitario. Tuvimos que evacuar a nuestros heridos en un camión de dos toneladas y media que tenía todos los neumáticos reventados. Era un descontrol. Pero funcionaba.

Dijeron que yo había matado a 47 enemigos. No creo que sea cierto: siempre exageraban en el recuento de muertos. En Vietnam todo se basaba en cuánta gente matabas. Yo vi, en frente de mi posición, unos 25 cuerpos.

En aquel momento, pensé que como mínimo me merecía la Medalla de Plata. Pero me dieron la de bronce. Por haberles resistido a pesar de superarnos en número y por seguir luchando incluso después de que estallara el barracón. Especialmente yo, que era marino. Y auxiliar sanitario, además.

Todos decían que no podían creer lo que había hecho. Supongo que porque era negro. Si eres blanco y te parece que los negros no saben hacer nada, si piensas que los negros son unos cobardes que echan a correr gritando: «Massa, sálvame», supongo que es normal que algo así te sorprenda.

WALLACE TERRY

Capítulo 4

CAPITAN NORMAN ALEXANDER McDANIEL

Fayetteville (Carolina del Norte)
432.ª Escuadrón de Reconocimiento Táctico
Fuerzas Aéreas de EE.UU. Takhli, Tailandia
Marzo 1966 - 20 de julio 1966
Varios campos de prisión, Hanoi
20 de julio 1966 - 12 de febrero 1973

CAPÍTULO 4 PRISIONERO DE GUERRA

Se podía oler el odio.

Algunos tenían pistolas. Otros escopetas. Otros me amenazaban con cuchillos, palas, incluso azadas. Decidían hacerme poner de pie. Entonces venían hacia mí. Unos 50. La milicia comunista, como fuerzas populares. Y gente civil también. Todos me apuntaban con sus escopetas.

Me registraron para ver qué tenía y me quitaron la 38. Me hicieron desnudar hasta quedar en calzoncillos y camiseta. Se llevaron mis botas y me ataron las manos por detrás.

Después me hicieron andar unos 100 metros, colina abajo camino de una cabaña. Luego darle la vuelta hasta la parte de atrás. Había un agujero inmenso, como un hoyo. Me ordenaron que me metiera. Yo dudé y me lanzaron dentro de un empujón.

Pensé que me iban a ejecutar.

Me dije a mí mismo: «Esto es el fin.»

Supongo que estaba en estado de choque. No tenía miedo. Sólo pensaba que había llegado mi hora.

Era el 20 de julio de 1966, siete días antes de mi veintinueve aniversario. Había recorrido medio mundo desde Fayetteville (Carolina del Norte) —hijo de aparceros— para morir en Vietnam del Norte a manos de los campesinos

Cuando yo era pequeño, Fayetteville no era diferente de otras ciudades del Sur y algunas del Norte. No podíamos ir a los restaurantes. Íbamos en la parte de atrás del autobús y en las estaciones de trenes y autobuses había departamentos y lavabos separados para los negros. Yo iba a una escuela elemental y secundaria segregada, a unos 25 kilómetros de mi casa. A una manzana y media de mi casa había una parada del autobús que recogía a los estudiantes blancos que vivían en la misma zona que yo, pero yo tenía que andar 7 kilómetros para coger el autobús de los negros. Pero no me preocupaba tener que andar 7 kilómetros de ida y vuelta cada día. Tenía mucho interés en cultivarme. Nunca dejé que el problema de la raza me hiciera desistir de lo que quería conseguir.

En la escuela secundaria saqué buenas puntuaciones, pero no tenía dinero para ir a la universidad. Inicialmente decidí entrar en las Fuerzas Aéreas como recluta y luego aprovechar las ventajas que daba la Carta del soldado para ir a la universidad. Pero hubo un par de profesores que pidieron a la Universidad Estatal A & T de Carolina del Norte que me proporcionaran un trabajo de media jornada para poder ir directamente a la universidad. Y esto es lo que ocurrió. Fui ganándome la vida en la cafetería.

En aquel tiempo, todo hombre físicamente sano debía tomar parte en el programa ROTC. Yo elegí las Fuerzas Aéreas. Y pasé el test de calificación para instrucción de oficial. Si tienes

ABAJO: *Cuando me capturaron, rogué a Dios fervientemente que nos sacara, a mí y a mis compañeros prisioneros, de allí.*

TOPHAM

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Así que me dije que aunque me quitaran mi ser mortal, yo seguiría estando bien. Nunca perdí la fe.*

servir en el Ejército, siempre es mucho mejor ser oficial. Me convertí en Oficial de Guerra Electrónica (o EWO), destinado al avión de reconocimiento electrónico EB-66C. Normalmente lleva una tripulación de seis hombres: el piloto, el navegante y cuatro oficiales como yo. Nuestra tarea consiste en detectar qué tipo de defensa tiene el enemigo en cuanto a emisiones de radar y de misiles. Luego advertíamos a nuestros bombarderos y cazas para ayudarlos a culminar sus misiones de bombardeos con éxito.

«Había recorrido medio mundo desde Fayetteville (Carolina del Norte) —hijo de aparceros— para morir en Vietnam del Norte a manos de los campesinos.»

Cuando me enteré de que íbamos a Tailandia me sentí satisfecho, francamente orgulloso, de participar en ello. Los comunistas intentaban apoderarse de Vietman del Sur. Me parecía que defendíamos una buena causa, y sigo pensando lo mismo.

Salimos el 20 de julio a primera hora de la base aérea de Takhli. Nuestras misiones solían durar una hora y media, tal vez dos. Los bombarderos buscaban vías férreas, puentes, depósitos de almacenaje. Más o menos lo habitual.

El EB-66C no va armado y, por tanto, durante el día, contábamos con escolta de cazas para mantener alejados a los MiG. Si volábamos de noche, se partía de la base que los enemigos no podían vernos y salíamos solos. Algunas noches era de lo más interesante. Las noches de luna, amigo, era como si fuera de día. No nos sentíamos muy cómodos.

Justo cuando estábamos terminando nuestra misión, nos dio un misil tierra-aire. El golpe no fue directo; en otro caso, el avión hubiera explosionado inmediatamente y no hubiera sobrevivido ninguno de nosotros. Pero el misil explosionó a cierta distancia del avión, aunque lo suficientemente cerca para que algunos fragmentos perforaran los depósitos de gasolina. El avión se incendió inmediatamente y empezó a desintegrarse.

Perdimos la comunicación con la sección frontal donde estaban el piloto y el navegante. Nuestro compartimiento se estaba llenando rápidamente de humo y gases. Ni siquiera podíamos comunicarnos entre nosotros.

El primero que tenía que saltar en nuestra sección era yo. La

pregunta principal era: ¿Estamos tan mal como yo creo o me estoy precipitando? Pero, considerando la situación, decidí lanzarme.

Según la historia del EB-66C, normalmente sobreviven aquellos que se lanzan primero: el piloto y el navegante. Los que se lanzan después —los EWO— tienen una tasa de supervivencia muy baja. Más adelante los norvietnamitas dijeron que un miembro de la tripulación murió poco después de ser capturado porque tenía heridas graves. Yo me inclino a creer lo que decían porque fue el cuarto hombre que salió del compartimiento. El segundo que saltó tenía quemaduras más graves que las mías. El tercero tenía una herida en la cabeza que lo tuvo un par de semanas perdiendo y recuperando el sentido a intervalos. Probablemente, el cuarto había recibido impactos más fuertes.

Mientras bajaba con el paracaídas, me pareció ver el avión ardiendo en el suelo y oía perfectamente las balas que zumbaban en el aire. Los vietnamitas me disparaban mientras iba descendiendo. Miré hacia arriba y vi un par de agujeros en el paracaídas. No miré hacia abajo para verlos, sino para ver dónde iba a aterrizar.

«Se me rieron en la cara. Me dijeron: Tú no cumples los requisitos para ser tratado como prisionero de guerra. Eres un criminal. Un criminal negro norteamericano.»

Y es una locura. En aquella época, se publicaba la revista *Look* y, mientras bajaba y estaba pasando todo aquello, me dije: Oye, la revista *Look* se felicitará de tener una historia como ésta. Esto es lo que pensé. Una locura. Una locura pura y simple.

Tuve que desviar el paracaídas para no caer en el agua y aterricé en una pequeña ladera, 40 kilómetros al noroeste de Hanoi. Desgraciadamente, no había árboles ni ningún sitio para esconderse, sólo hierba espesa del tobillo a la rodilla.

En el momento que toqué suelo, intenté esconder el paracaídas. Era una gran señal blanca y naranja anunciando al mundo entero que allí estaba McDaniel. Todo lo que pude hacer fue disimularlo un poco. Luego cogí la radio de supervivencia para intentar hacer saber a nuestros colegas aéreos que estaba allí abajo. Esto me tomó 30 segundos. Luego miré alrededor para buscar un sitio donde esconderme. No había ninguno y, un minuto después de haber tocado tierra, ya los tenía encima.

Pensé en utilizar mi arma, pero me dije: Bueno, voy a quedarme tumbado un momento. De pronto, todo estaba quieto y tranquilo, y pensé: A lo mejor se han ido. Luego oí unos gruñidos, miré a mi alrededor y los vi en todas partes, rodeándome. Se habían quedado quietos para ver qué iba a hacer yo.

Fuera lo que fuera lo que pensaran hacer conmigo, lo dejaron correr cuando apareció un jeep con cuatro hombres del Ejército regular. Los soldados dijeron algo en vietnamita y les ordenaron retroceder. Me sacaron de aquel agujero, me vendaron los ojos y me llevaron a una pequeña estancia a un kilómetro de distancia para interrogarme.

Me preguntaron si hablaba francés. Dije: «No, no.» Luego, en inglés, me preguntaron qué tipo de aparato era el avión en el que viajaba, quién más había en el avión, qué objetivos pretendíamos atacar, qué planes teníamos. Querían cualquier tipo de información militar que los ayudase a defenderse mejor. Yo no hice más que repetir mi nombre, mi rango, mi número de servicio y la fecha de nacimiento.

Después de intentarlo varias veces, me ataron y me metieron en una pequeña cabaña. Al cabo de una hora se presentó un hombre con bata blanca y examinó mis heridas. Al saltar del avión, me había dado un golpe en el tobillo y tenía quemaduras en la cara y en el cuello. Se dio cuenta de que sobreviviría tanto si me hacía algo como si no y, por tanto, no hizo nada. Luego me limpiaron las quemaduras con algo parecido al yodo. Pero aquello fue todo.

Me llevaron al campo de prisioneros que nosotros llamábamos el Hilton para someterme a los primeros interrogatorios concienzudos. Allí es donde tenían la sala de tortura y te podían apretar bien los tornillos. Cuando mencioné la Convención de Ginebra, se me rieron en la cara y me dijeron: «Tú no cumples los requisitos para ser tratado como prisionero de guerra. Eres un criminal. Un criminal negro norteamericano.»

Dos semanas después, me llevaron al campo de prisioneros que llamábamos el Zoo y me pusieron en una celda de cemento de 2 por 3 metros. Había una tabla o una tarima de cemento como cama y, al principio, te obligaban a estar allí sentado todo el día. Si veían que te movías, que intentabas hacer ejercicio o comunicarte con alguien, cuando te sacaban fuera te azotaban.

Aquella primera noche estuve todo el rato buscando la oportunidad de huir, pero no la encontré. Me parecía que si podía salir de la cabaña y adentrarme en la jungla, podía tener una posibilidad. Pero no lo hice. Cuando ya nos habían trasladado a Hanoi, había muchos obstáculos para una fuga con éxito. Aunque tenían guardias en las torres y una alambrada de espinos, nos parecía que sería posible trepar por las paredes sin ser vistos. Alrededor del campo había algo parecido a un foso, pero, a partir de allí, sólo había gente y más gente. Había tanta gente por kilómetro cuadrado que era imposible clavar una estaca. Y, lamentablemente, trabajaban más de noche que de día a causa de los ataques aéreos. Otro problema era nuestra estatura. Los blancos tenían un problema con el color de su piel y de su pelo, y nuestras facciones eran diferentes hasta el punto que un negro sería muy fácilmente reconocible. A pesar de todo, siempre estábamos planeando la manera de huir, el mejor camino, individual y colectivamente.

Comíamos dos veces al día. Un poco de arroz y un poco de sopa hecha con la hierba encenegada que veíamos crecer tras la ventana. Tenía un gusto parecido a grelos bastante malos. No era muy amargo, simplemente insípido. Nos daban un tercio de taza con unas cuantas hierbas, pero, principalmente, agua coloreada. Era la ración normal.

A veces nos daban un plato de acompañamiento con una cucharadita de grelos, coliflor o zanahorias, más o menos al vapor. De vez en cuando, ponían también un poco de grasa de cerdo. Si tenían algún pollo lo cortaban a trozos, con huesos y todo. Así tenías una noción del pollo. Pero, normalmente, nos ponían la grasa de cerdo, de la medida de una uña. Había muchos que no podían comérsela. Estaba muy sucia, con pelos y todo, y tenía mal aspecto. Muchos la tiraban. Mi filosofía era: sea lo que sea y tenga el gusto que tenga, me va a mantener vivo. Me lo comeré.

Yo lo veía. Comía. Comía. Por poco comestible que fuera, lo comía.

Casi siempre me iba a dormir con hambre. Durante los primeros diez meses no vi ni una rebanada de pan. Allí hacen buen

francés, pero, cuando nos llegaba a nosotros, era ya viejo y mohoso. A pesar de ello, nos lo comíamos.

En ocasiones especiales, nos daban cerca de un cuarto de una taza de café. Los días de Año Nuevo, Navidad y su día de la Independencia. Muchos hombres esperaban estos días con ansiedad. Nos daban dos o tres cigarrillos al día. Unos cigarrillos que ellos llamaban Vinh Binh y nosotros, evidentemente, llamábamos Done Beens.

Yo no fumaba ni bebía alcohol y no había tomado nunca mucho café. Lo único que deseaba ardientemente era un helado. Siempre. Quería un helado de vainilla. Cada día pensaba en un helado de vainilla.

Creo que perdí 17 kilos, de los 70 que pesaba. Pero muchos pobres a los que mataron, no eran más que un esqueleto y huesos porque no podían engullir lo que les daban y, muchas veces, no comían nada. Eran hombres que habían pesado 90 kilos y ahora estaban por debajo de los 50.

En los meses de invierno llega a hacer mucho frío en Vietnam del Norte y, si no tienes ropa suficiente, puede ser terrible. Nosotros teníamos dos mudas de ropa de prisión: calzoncillos, pantalones y camisa. Pero sólo nos dejaban llevar una muda puesta. El primer invierno, yo no tenía calcetines, sólo sandalias hechas de neumático y una manta. El segundo invierno nos dieron un par de calcetines y una segunda manta. Pero todavía no era suficiente para mantener el calor.

Además, aquel primer invierno no nos dejaban mover por mí. Yo tuve un problema de circulación: se me hinchaban los pies y las manos y me picaban y quemaban. Me dolían de tal modo que me parecía que sería mejor morir que seguir viviendo.

Hacia las cinco y media de la mañana, oíamos que golpeaban los gongs. Nos teníamos que sentar. Entonces, hacia las diez, a veces te dejarían ir fuera a bañarte en un agua helada o a lavar la ropa. Te daban exactamente diez minutos. Te proporcionaban un cepillo de dientes, una pastilla de jabón casero y un pequeño tubo de pasta de dientes. La pasta de dientes tenía que durarte cuatro meses, por lo que tenías que coger una milésima de pasta cada día simplemente para notar el gusto. Y tenías que hacer tus necesidades en la celda, donde nos dejaban unos cubos para orinar y defecar. Los llamábamos cubos de miel. Muchas veces los bordes estaban medio oxidados o carcomidos. Nos dejaban vaciarlos una vez al día, excepto en el caso que no les gustara lo que hacías o no te pudieran sacar la información que querían. Hacia las nueve, volvían a oírse los gongs y podías ponerte a dormir. Pero aquella sórdida luz quedaba encendida toda la noche.

Tenías que llevar el cómputo del tiempo por tu cuenta. Las primeras semanas, no conseguía habituarme de ningún modo. Los interrogatorios y palizas eran en celdas desde las que no se veía nada. Te daban una sesión de azotes hasta que te dormías tal vez unos minutos y pensabas que habías dormido toda la noche. Pero, a la larga, acababas controlando los días. Acostumbrados de algún modo a la vida occidental, los domingos eran día de descanso para ellos. Entonces sabías que había pasado una semana.

Los primeros años no nos dieron ningún material de lectura y, evidentemente, tampoco correo. No nos dejaban aprender su idioma porque temían que oyéramos demasiado. Sólo aprendí a decir «sí» y «no» y las palabras *lai mau*, que quiere decir «ven rápido» y ponían a todo el mando de la prisión en estado de alerta.

No querían que nos comunicásemos entre nosotros porque

ABAJO: *Negro o blanco, cuando eres prisionero de los del Norte te duchas al mismo tiempo y cuando tienes la oportunidad. La única segregación es en solitario.*

US ARMY

podríamos pasarnos información y animarnos mutuamente. Comunicarte con otro era el motivo más evidente para ser torturado al instante.

Los primeros días dábamos golpecitos en las paredes y nos hacíamos señales cuando nos veíamos. El código Morse era demasiado lento, así que ceñimos el alfabeto a una matriz de cinco por cinco. La primera serie de toques localizaba la letra verticalmente, la siguiente horizontalmente. De vez en cuando intentábamos hablar en voz alta, pero era muy peligroso.

Tenían un sistema de altavoces para hablarnos a todos que llegaba hasta la celda. Leían cosas por su cuenta sobre el modelo comunista y denigrando a Estados Unidos. Pura palabrería, todo el día. Cuando el doctor King fue asesinado, me llevaron a la sala de interrogatorios para ver si hacía una declaración crítica de Estados Unidos. Dije que no, que no sabía suficiente sobre el tema. Querían que hiciésemos declaraciones para enviar al extranjero y grabarlas en cintas que pudiesen hacer oír a los soldados norteamericanos. Querían que les dijera a los soldados negros que no luchasen porque Estados Unidos se habían librado a una guerra genocida en la que se enfrentaba a personas de color con personas de color. Yo les dije que no, que aquélla no era una guerra entre blancos y negros. Estábamos en Vietnam para ayudar a los vietnamitas del Sur. El objetivo era ayudar a gente que eran nuestros amigos.

Una vez se convencieron de que no conseguirían nada conmigo en el aspecto racial, empezaron a hostigarme un poco más duramente que mis camaradas blancos. Me llamaban lacayo y Tío Tom y me decían: «Estás chupando el hígado de tu hermano. Bebes la sangre de tus hermanos.»

«Aquélla no era una guerra entre blancos y negros. Estábamos en Vietnam para ayudar a los vietnamitas del Sur. El objetivo era ayudar a una gente que eran nuestros amigos.»

Mi impresión personal es que los negros todavía tienen problemas en Estados Unidos, pero no se lo dije nunca porque no tenía ninguna intención de ayudarlos a que nos derrotaran. Nosotros tratamos nuestros problemas en nuestro propio país. Simplemente, hay gente que no asume los grandes ideales de nuestra nación. Y algunos negros no aprovechan algunos privilegios y oportunidades que tenemos. Aunque los negros estén, como si dijéramos, detrás de la cortina del poder, tenemos tantos derechos en este país como los blancos. Estados Unidos es la mayor esperanza del hombre negro.

Decidimos no ver a ninguna de las delegaciones norteamericanas que venían a Hanoi, excepto en el caso que pudiéramos conseguir algo a cambio. Sabíamos que los norvietnamitas utilizaban a algunos norteamericanos que simpatizaban con ellos, como Jane Fonda, para promover su causa, y todo lo que conseguían era prolongar la guerra. No podíamos soportarlo.

Los norvietnamitas sólo te permitían decir ciertas cosas a las delegaciones. No les podías decir cómo estabas. Y muchos de los que fueron a ver a alguna delegación habían sido forzados con torturas. Algunos dieron muestras de haber sido torturados insinuando algún tipo de señal cuando tomaban las fotografías. Cuando lo descubrieron, los azotaron y les negaron la comida.

Oí decir que algunos prisioneros habían ido a encontrarse con las delegaciones porque les habían prometido relaciones sexuales con jovencitas.

Estoy seguro de que seleccionaban a sus interrogadores y guardias con mucha atención. No cogían a cualquiera de la calle. Era gente bien adoctrinada y muy disciplinada. Cuando les decían que hostigaran o dejaran en paz a un prisionero, lo hacían como si les accionaran un interruptor. Era fácil darse cuenta de que algunos no tenían ningún deseo de molestarte, pero otros parecían disfrutar mucho y notabas que cuando les decían que te dejasen, lo hacían con desgana. Ninguno intentó nunca ayudarnos o ser amable con nosotros. Temían las posibles repercusiones.

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Un trabajador norvietnamita contempla los escombros de Hanoi. Piloto negro o piloto blanco: las bombas no discriminan cuando chocan contra la madre tierra.*

No nos permitieron nunca saber los nombres vietnamitas de aquella gente, por lo que tuvimos que inventárnoslos. Unos tenían nombres decentes como el Jefe, el Profesor, pero, normalmente, usábamos nombres de animales según el modo en que actuaban o lo que parecían: Perro, Gato, Rata y Conejo. El Rata tenía realmente aspecto de rata.

El Conejo era un interrogador. Él se creía muy listo. Era totalmente insensible. Le encantaba torturar, y, cuando me negué a hablar contra mi país por el modo en que se trataba a los negros, me recortó las raciones de comida y me impidió salir a ducharme.

Años atrás, Ho Chi Minh había lanzado la consigna de que si uno capturaba norteamericanos —nos llamaba piratas aéreos—, no los debía matar sino hacerlos sufrir. Por tanto, hasta su muerte en septiembre de 1969 nos trataron bastante mal. Pero no nos mataban, excepto cuando se excedían en las torturas como ocurrió en algunos casos. Pero, en 1969, ya se había esparcido por el mundo la noticia de que trataban muy mal a *los prisioneros y los sucesores de Ho Chi Minh en el poder* decidieron mejorarnos el trato. Por Navidad, empezamos a recibir más comida y los primeros paquetes y cartas de casa. Evidentemente, los guardias abrían los paquetes y se quedaban los juegos, el material de lectura y los mejores comestibles.

Mi esposa Carol y yo formábamos una familia muy unida. Era una de mis máximas preocupaciones. En mis constantes súplicas a Dios, le pedía que velara por ellos. Cuando los dejé, mi hijo tenía casi cuatro años y mi hija cerca de uno. Yo me encargaba de manejar el dinero y de tomar las decisiones. Cuando me enteré de que me iba a Tailandia un año, lo planeamos todo para que Carol se encargara de las cosas durante un año.

«Nos dejaron reunir a unos cuantos para leer juntos las Escrituras y cantar unas canciones a fin de demostrar lo bien que trataban a los prisioneros norteamericanos.»

Yo no le había dicho que iba a hacer misiones de combate. Por tanto, cuando los de la Fuerza Aérea fueron a su casa a decirle que constaba como desaparecido en acción, no pudo encajarlo. Durante varias semanas, tuvo las manos y la cara hinchadas y la tuvieron que mantener con tranquilizantes. Se pasó tres años como si estuviera en el limbo porque, cuando cayó mi avión, los que iban detrás nuestro dijeron que sólo habían visto dos paracaídas. Dedujeron que eran el piloto y el navegante.

Carol tenía la extraña sensación de que yo estaba bien, aunque no tenía ninguna prueba. Nuestras familias eran muy religiosas. Mi tía le dijo que había tenido una visión que demostraba que yo estaba bien. La madre de Carol dijo que había tenido un sueño y me había visto en una celda de la prisión, había hablado conmigo y yo le había dicho que estaba bien.

Mi padre murió en 1968 sin volver a verme. Pero la familia dijo que, antes de morir, les había dicho que había recibido la visita de alguien de Francia y le habían dicho que yo estaba bien. Los norvietnamitas siempre intentaban informarse de tus antecedentes familiares para pasar los nombres a sus contactos de Europa. Luego hacían que los contactos intentaran inducir a la familia del prisionero a hacer declaraciones contra la guerra que favoreciesen su causa. Los contactos les prometían que si hacían las declaraciones, nos depararían un buen trato. Pero mi padre no dijo nada.

Carol no supo seguro que yo vivía hasta 1969. Las Fuerzas Aéreas le mostraron fotos mías tomadas en el campo de prisioneros y Carol dijo: «Dios mío, reconocería a este tío en cualquier parte.» Las fotos habían sido tomadas con fines propagandísticos en Pascua y Navidad. Nos dejaron reunir a unos cuantos para leer juntos las Escrituras y cantar unas canciones

CAPÍTULO 4 PRISIONERO DE GUERRA

US ARMY

ARRIBA: *Hube de acostumbrarme a la idea de que tal vez no volviera en carne y huesos, vivo, a Estados Unidos. Desde entonces, tuve mucha más paz interior.*

a fin de demostrar lo bien que trataban a los prisioneros norteamericanos. Ello nos reportó algún beneficio, ya que fue una de las pocas veces que pudimos pasarnos información y darnos ánimos.

Después de que las fuerzas de Estados Unidos realizaran un ataque repentino al campo de prisioneros de Son Tay en 1970, redoblaron la seguridad. Los guardias estaban totalmente equipados de granadas y de todo. Y los interrogadores nos dijeron que si tenían indicios de otra incursión, nos matarían a todos. Creo que lo hubieran hecho.

Sabían que era muy probable que Estados Unidos tuvieran conocimiento de dónde estaban ubicados los campos y, por tanto, montaron mucha artillería antiaérea cerca de las cárceles y también en algunos de los recintos. Les parecía que la aviación estadounidense no podía con ellos. Pero, incluso desde el principio, cuando me encerraron, venían aviones de los nuestros y tiraban bombas cerca de allí.

A partir de 1968, nos informaban un poco de las negociaciones de paz. Cuando se suspendieron los bombardeos de 1972 y continuaba la campaña presidencial, pensamos que iba a suceder algo. Una de las previsiones de los Acuerdos de París de 1973 era que los prisioneros serían informados. Unos días después de la firma de los acuerdos de paz, nos llamaron a formar y nos anunciaron que íbamos a ser liberados en breve.

Puede pensarse que todo el mundo se puso a dar saltos de alegría y a gritar: «¡Oh, días felices!» Nada. Ni un ruido.

Para mí era una sensación de alivio. Pero no estaba del todo convencido de que íbamos a salir de allí. Después de la ofensiva del Tet también pensamos que nos iban a liberar porque los estaban dejando hasta sin orejas. Y cuando se produjo la incursión en Camboya también pensamos en ello.

Los norvietnamitas permitieron aterrizar a los aviones C-14 norteamericanos en el aeropuerto de Gia Long para recogernos. Cuando llegué al avión, todavía pensaba que los comunistas podían cambiar de idea o que el avión no podría salir. No fue hasta que se alzaron las ruedas del avión cuando me dije: «Uh, amigo. Lo conseguimos.»

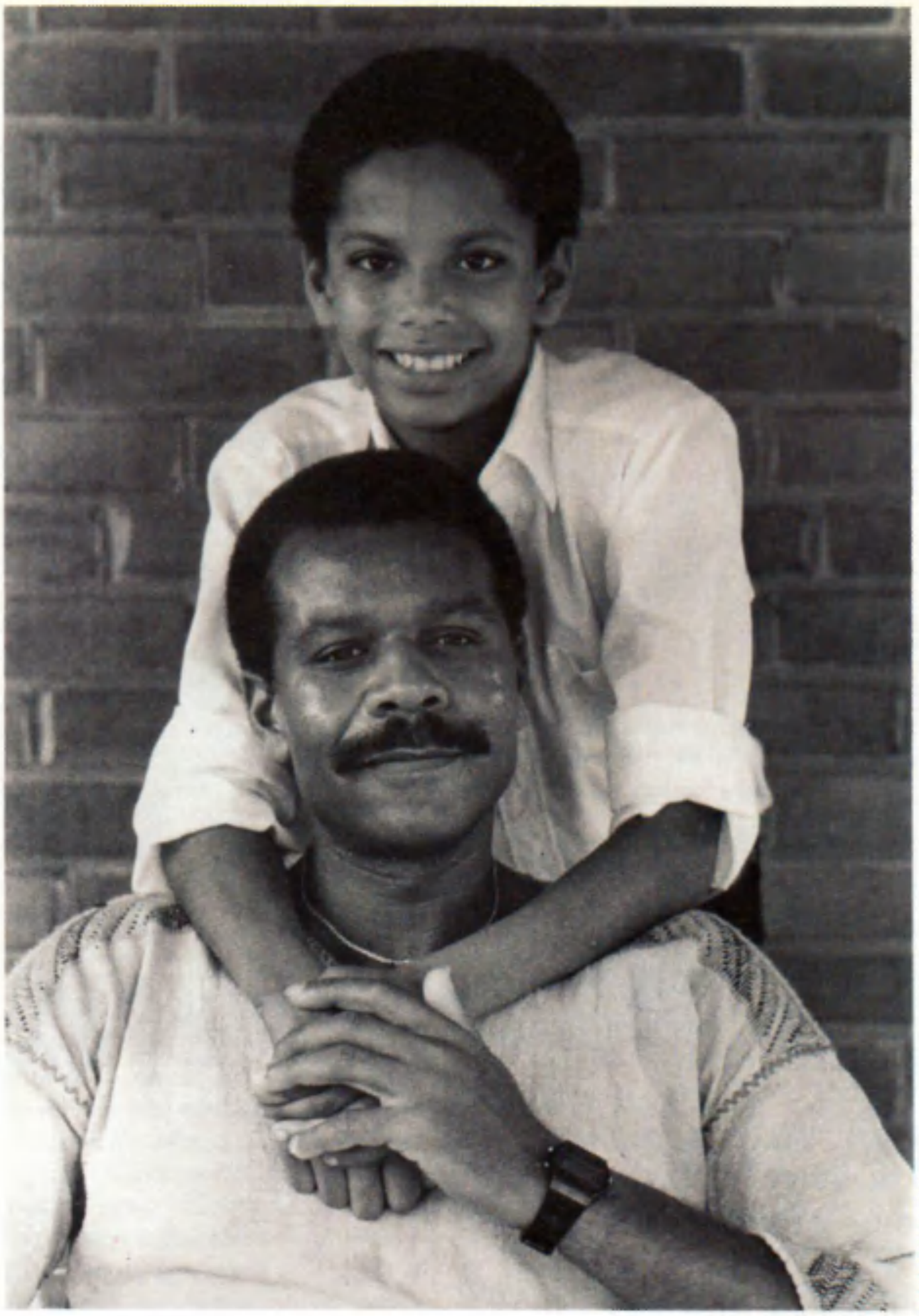
Era el 12 de febrero de 1973. Seis años, seis meses y veintitrés días después de ser capturado.

Me parece que en el avión nos dieron caramelos y soda. Cuando llegamos a la base de la Fuerza Aérea Clark en las Filipinas, atravesamos el comedor y nos lanzamos a los helados.

Aterricé en la base aérea Andrews, cerca de Washington D.C. Lo primero que le dije a Carol fue: «He conseguido volver.» Ella estaba tan emocionada que no hacía más que gritar.

Carol había logrado mantenerme vivo en la mente de los niños. Cuando señalé a mi hijo, me respondió porque recordaba más o menos los días pasados. Pero mi hija fue un verdadero problema porque no había tenido nunca una idea de qué era un padre.

Supongo que muchos de nosotros nos quedamos sorprendidos por cómo había cambiado todo: el sexo explícito en las películas, la franqueza sobre la homosexualidad, la actitud de ir cada uno a la suya, los pantalones coloreados y los cinturones anchos para hombres. ¡Y los precios! Lo que nos dio más rabia fue perdernos los pantalones cortos y las minifaldas.



WALLACE TERRY

Capítulo 5

ESPECIALISTA DE 4.ª ROBERT E. HOLCOMB

Nueva York
Armero, 4.ª División de Infantería
Pleiku y An Khe
Febrero 1970 - Octubre 1970
101.ª División Aerotransportada, Ejército de EE.UU., Camp Eagle
Octubre 1970 - Diciembre 1970

CAPÍTULO 5 ARMERO

El FBI me buscaba con ahínco. Era alrededor del Cuatro de Julio de 1969. Yo los llamé y les dije que estaba viajando por la autopista de Long Island. Vinieron a detenerme y me volvieron a poner las esposas. Luego me llevaron a Whitehall Street, lugar en el que todos los de Nueva York eran incorporados a filas.

Uno de los agentes dijo: «Holcomb, esta vez nos vamos a asegurar de que pronuncies tu juramento. Así, si te escapas, serás un problema para el Ejército y no para nosotros. No queremos preocuparnos de ti nunca más.»

Me llevaron dentro para hacer el juramento y me negué. Entonces me volvieron a sacar fuera.

El otro agente me dijo: «Mira, Bob, si no juras, te vamos a encerrar para siempre. No saldrás de aquí nunca más.

Por tanto, dije: «Muy bien», y volví a meterme dentro.

Levanté la mano y pronuncié el juramento.

Presté juramento al Ejército con esposas.

Luego los agentes me quitaron las esposas y se fueron.

Realmente, era una escena muy extraña porque había muchos tíos jóvenes de origen hispánico que se sentían orgullosos de ser alistados en el Cuerpo de Marines mientras yo actuaba de aquel modo. Les emocionaba llegar a ser marines y llevar el uniforme. No podían entenderme. Les parecía que era un degenerado o algo así. Pero no decían nada, simplemente se mantenían tan alejados de mí como podían.

Yo había eludido alistarme hacía más de un año, pero mis puntos de vista antibélicos procedían de muchos años atrás, cuando era estudiante de la Universidad Estatal de Tennessee.

> «Queríamos que la guerra de Vietnam terminase. Creíamos que era un ataque contra las minorías, que se utilizaban las minorías para luchar unas contra otras.»

Tras dos semestres en la Universidad de Indiana, me trasladé a la Estatal de Tennessee, Nashville, para estar más lejos de mi casa. Me rebelaba contra los valores de clase media y el modo de vida que mis padres, ambos profesores, querían inculcarme. Creo que la primera protesta en que participé fue una marcha por los derechos civiles que había organizado Martin Luther King en Gary, cuando yo estudiaba el primer curso de secundaria. Me hice una pancarta para llevar a la manifestación. Desde que fui capaz de sostener un lápiz en la mano, siempre estaba dibujando. La pancarta rezaba: *«Nunc est tempes.»* «Ahora es el momento.»

El estado de Tennessee era un semillero de disturbios sociales y políticos a mediados de la década de los sesenta. La conciencia negra estaba en alza. En los campus universitarios, gente como Nikki Giovanni, Kathleen Cleaver y Rap Brown se sumaban a las manifestaciones. Realizamos sentadas en la oficina y en la mansión del gobernador en protesta por las míseras condiciones de vida de los negros en el estado, muchos de los cuales no tenían comida, vivienda decente y ni siquiera instalaciones de aseo. Estudiamos las teorías de Che Guevara sobre la guerra de guerrillas, leímos el Libro Rojo de Mao y los escritos revolucionarios de Camus y Jean-Paul Sartre.

Teníamos la impresión de que el gobierno sería cada vez más opresivo, especialmente con los negros y otras minorías. Por eso, muchos de nosotros llevamos nuestra filosofía al extremo de creer que debíamos armarnos y entrenarnos para poder sobrevivir en las montañas. Esencialmente, estábamos aportando al movimiento estudiantil un carácter revolucionario.

Queríamos que la guerra de Vietnam terminase. Creíamos que era un ataque contra las minorías, que se utilizaban las minorías para luchar unas contra otras. Algunos de nosotros proporcionábamos refugio a los soldados que se escapaban de Fort Campbell (Kentucky) porque no querían ir a Vietnam. Ellos venían con la esperanza de quedarse por allí hasta que todo pasase. Pero nada pasaba y tenían que hacer algo al respecto o, en otro caso, los perseguían para el resto de sus vidas.

Me arrestaron por violar el toque de queda después de una manifestación. Por eso, y por otras infracciones de las normas de la escuela destinadas a detener las protestas, me expulsaron. Como la tensión entre la policía y la comunidad negra seguía aumentando, decidí irme a Nashville. Tenía la sensación de que me vigilaba alguien y que cualquier día iría andando por la calle, alguien abriría la ventana y me dispararía. La revolución que dejaba atrás desapareció por completo, como ocurrió en todas partes. Apareció en escena el amor libre. Las drogas hicieron su aparición. Seguía habiendo represión policíaca y seguía existiendo Vietnam.

Decidí ir a Nueva York para seguir mis estudios de arte. Poco después, recibí una carta de reclutamiento. En aquel momento decidí que me iba a resistir porque no creía en la guerra. Había leído cientos de libros sobre la guerra, incluyendo literatura de Cuba, China y del propio Hanoi, material que se había filtrado por Canadá u otras fuentes. En las guerras, realmente, se lucha por propiedades. Y la guerra de Vietnam era esencialmente una guerra económica. Según mi opinión, pretendíamos tomar posición en un pequeño país de Oriente con plantaciones de caucho, arroz, madera y posiblemente aceite. Y gente: una fuente de trabajo barato, como la de Hong Kong y Taiwan, fabricando tejanos y piezas de televisor. Esto es lo que me parecía a mí la guerra: una guerra que no era para la mayoría sino para la minoría. No me importaba luchar por el capitalismo, pero no tenía ningún interés por luchar en una guerra de cuyas recompensas no podría disfrutar.

Estuve considerando acogerme al *status* de objetor de conciencia, pero no podía hacerlo porque no era un fanático religioso. Decidí que lo mejor que podía hacer era irme del país. No tenía ningún interés en quedarme arrinconado en Canadá. No me interesaba Cuba porque había una forma muy pura de socialismo y no se permitía el tipo de libertades a las que yo estaba acostumbrado aquí. No me consideraba africano. A mí me preocupaba la distribución de la riqueza y la autoridad en mi país. No me alejé nunca de la idea del capitalismo y de un gobierno democrático. Me hubiera ido a un país europeo o africano.

Fui a la oficina de pasaportes de Nueva York y me dijeron que mi petición se retrasaría porque no tenía la declaración de reclutamiento que les permitiera concedérmelo. Cumplimenté de todos modos la petición y me fui. Unas semanas después, me llamó un tío mío que vive en algún lugar de Nueva York y me dijo que habían ido unos agentes a su apartamento preguntando por mí porque sabían que había pedido el pasaporte.

No podía trabajar porque no tenía número de la seguridad social. Me dedicaba básicamente a subsistir, viviendo con amigos y ganando un poco de dinero con mis obras de arte o pintando casas. Mi familia no estaba de acuerdo con mis ideas y, por tanto, no tenía ningún apoyo por su parte. Ellos querían

que me enderezase, que me comportara como me habían enseñado, que olvidara mis ideas de cambiar el gobierno y me fuera al Ejército. Pasado un tiempo, llegué al punto en el que ya no podía hacer nada constructivo con mi vida y, entonces, decidí presentarme.

«El Ejército me trató exactamente igual que a cualquier otro recluta... Era libre para vagar por donde quisiera y lo que hice fue salir paseando del edificio.»

Me acusaron de evasión. El FBI me ofreció una opción. Podía trabajar para ellos de cebo, de informador, o podía ir al servicio. Me tuvieron dos semanas encerrado en la Oficina Federal de Detención esperando convencerme de que trabajase para ellos. Querían que me infiltrara en varios grupos negros o radicales, como los Panteras Negras, el Comité Coordinador de Estudiantes No-Violentos y el Ejército de Liberación Simbiótico. Dijeron que podríamos empezar en Nueva York, pero que podría actuar en otras ciudades. Me proporcionaban un apartamento y una renta de subsistencia. Por cada persona que los ayudase a detener con justificación, me pagarían de 1 000 a 3 000 dólares. Las preguntas que les hacía yo eran: ¿Me reportará concesiones contra la acusasión que pesa sobre mí?, ¿cuánto tiempo deberé hacerlo? y ¿se me permitirá llevar un arma para protegerme? No me podían prometer clemencia ni una fecha en la que pudiera salir. Y no, no se me permitiría llevar ningún tipo de arma. Dije que no había trato. No quería representar aquel tipo de rol, especialmente desarmado.

ARRIBA: *No queríamos combatir en la guerra del hombre blanco. Muchos negros creíamos que nuestro enemigo no eran los de raza amarilla del otro lado del mundo, sino los blancos de nuestro propio país.*

Entonces me llevaron a un juez del Tribunal Federal y le dije que prefería ir a la guerra que ir a la cárcel o ser informador y selló mis papeles de ingreso en el Ejército.

Cuando me llevaron por primera vez al centro de reclutamiento de Whitehall, el agente me dijo: «¿No vas a intentar fugarte, no?»

Yo le dije: «No.»

Me quitó las esposas y me dejó en manos del Ejército. El Ejército me trató exactamente igual que a cualquier otro recluta. No sabían cuál era mi historia. Era libre para vagar por donde quisiera y lo que hice fue salir paseando del edificio.

Me puse en contacto con la chica que vivía conmigo, Felice Moslet. Le dije que me iba a la guerra y se asustó de tener que esperarme. Resolvimos algunos temas y rompimos. Y, después de dos semanas de descanso para recuperarme con un amigo, llamé al FBI para que me vinieran a buscar.

Cuando ya había terminado el entrenamiento básico, me hicieron seguir dos meses más porque no estaban seguros de que yo no fuera peligroso para el gobierno en situación de guerra. Tenía que ir cada semana a la oficina del servicio de Inteligencia para demostrarles que sería un soldado leal y lucharía por la bandera roja, blanca y azul. Finalmente me dijeron: «Muy bien. Ahora vas a ir a hacer más prácticas a una escuela AIT y, de allí, es más que probable que vayas a Vietnam.»

Pero pasó algo raro antes de que dejara Fort Gordon, Georgia. Estaba enseñando a unos cuantos soldados a luchar con una

bayoneta. Uno de ellos bajó corriendo para clavarle la bayoneta al monigote. Era un tío que estudiaba conmigo en la universidad y al que la policía le había destrozado el oído cuando lo torturaron en Nashville. Pensé que debían de estar cogiendo a todos los que estuvimos involucrados en la lucha política de los negros y nos metían en el Ejército en cuanto podían para quitarse un problema de encima.

«Pensé que debían de estar cogiendo a todos los que estuvimos involucrados en la lucha política de los negros y nos metían en el Ejército en cuanto podían.»

Aterricé en Cam Rahan Bay en enero de 1970. Era como un gran cuenco de arena. No había nada. Podría haber sido una playa de Long Island con unos cuantos edificios indescriptibles. Podría también haber sido una playa de México con unos cuantos edificios indescriptibles. Podría haber sido cualquier sitio. Los cuarteles de la 4.ª División en Pleiku tenían el mismo aspecto. Pequeños edificios militares. Un área de aspecto desolador. Nada que reflejase las diferencias de la cultura vietnamita. Dos días después, le pedí al oficial al mando que me enviase inmediatamente al campo de batalla. Estaba aburrido. Y quería estar en alguna parte donde pudiera mezclarme más con vietnamitas, aunque no necesariamente luchar contra ellos.

Empecé reparando armas portátiles. El 2.º de la 8.ª Mecanizada era como una unidad de reacción para la división. Nos movíamos en orugas o en helicópteros y controlábamos la carretera 19 de Camboya a Qui Nhon.

Durante la incursión a Camboya, nos adentramos unas dos millas para asegurar el paso de la 101.ª Aerotransportada. En el sentido de que descubrimos gran cantidad de municiones, creo que aquella operación fue un éxito. Pero también fue un fracaso porque replegamos a los vietcong más hacia el interior de Camboya y los involucramos más con la gente del país. Y esto llevó al derrocamiento del gobierno de Camboya por los Khmer rojos, que mataron a dos millones de sus propios compatriotas.

Fue durante estas operaciones en la frontera camboyana cuando pensé realmente que me matarían. Me ocurrió dos veces.

Estábamos en misión regular de búsqueda y destrucción, avanzando por el camino de la jungla con un carro de combate y unos diez orugas. La mayoría íbamos a pie, excepto el jefe de cada vehículo y el conductor. Yo iba el último en toda la línea de orugas. Llevaba una ametralladora M-60. Iba andando.

Entonces establecimos contacto. No era el ruido esporádico que se oía cuando había un pequeño grupo de gente luchando. Era una auténtica pared de ruido.

Inmediatamente me giré y empecé a disparar por la espalda para asegurarme de que nadie nos abordara por allí.

Cuando me giré otra vez hacia adelante, todo el mundo había desaparecido. Me imaginé que se habían apartado del camino, pero, realmente, no sabía dónde habían ido. La adrenalina acelera tanto el corazón que tuve la impresión de que me iba a explotar el pecho. Tenía la desagradable sensación de que... me iba a quedar allí.

Estaba allí solo.

Me agaché lo máximo que pude. Entonces me puse a andar a cuatro patas hacia los árboles que bordeaban el camino. Me metí en los matorrales y seguía sin ver a nadie. Cinco minutos. Diez minutos.

Me dirigí siempre a cuatro patas hacia el sitio donde me parecía que debía haber algún soldado. Siempre existía el temor de que te matasen tus propios compañeros cuando te acercabas a ellos porque no sabían quién eras.

Finalmente, vi una de las orugas fuera del camino y a unos cuantos soldados escondiéndose tras ella. Me daba miedo saludarles. Me daba miedo todo.

De pronto oí que alguien gritaba: «Todo despejado.» Entonces grité yo para llamar la atención del conductor de la oruga: «¡Eh, Tex!»

Y todos se giraron apuntándome con las armas.

Yo dije: «Soy Bob.»

Y ellos dijeron: «Venga, rápido.»

Me levanté y me puse a correr. Y todo fue bien.

La otra vez tenía que vigilar a un sargento, blanco, yendo hacia Camboya. No sé ni cómo lo cogieron. Lo degradaron por violar a una vietnamita. El caso es que le parecía que no eran más que animales y no merecían que se les tratase como a personas.

Me dijeron que le diera un arma por si entrábamos en combate. Yo sólo tenía un arma de sobra, un lanzagranadas M-79 defectuoso. No tenía pestillo de seguridad y, por tanto, no lo podías cargar hasta que ibas a disparar. Yo le había dicho que no lo cargase hasta que contactáramos con el enemigo y se pu-

REX FEATURES

siera a disparar. Lo cargó de todos modos. Estaba sentado detrás mío con el arma en el regazo, directa hacia mí.

Botamos a causa de un bache y el arma se disparó, a unos centímetros de mi espalda, para explotar en algún lugar del bosque.

Lo apunté con mi 50. No me giré tan rápido como hubiera querido, por lo que salí del oruga, cogí mi M-16 y le dije que saliera inmediatamente. Fuera. Como no se movía, lo eché.

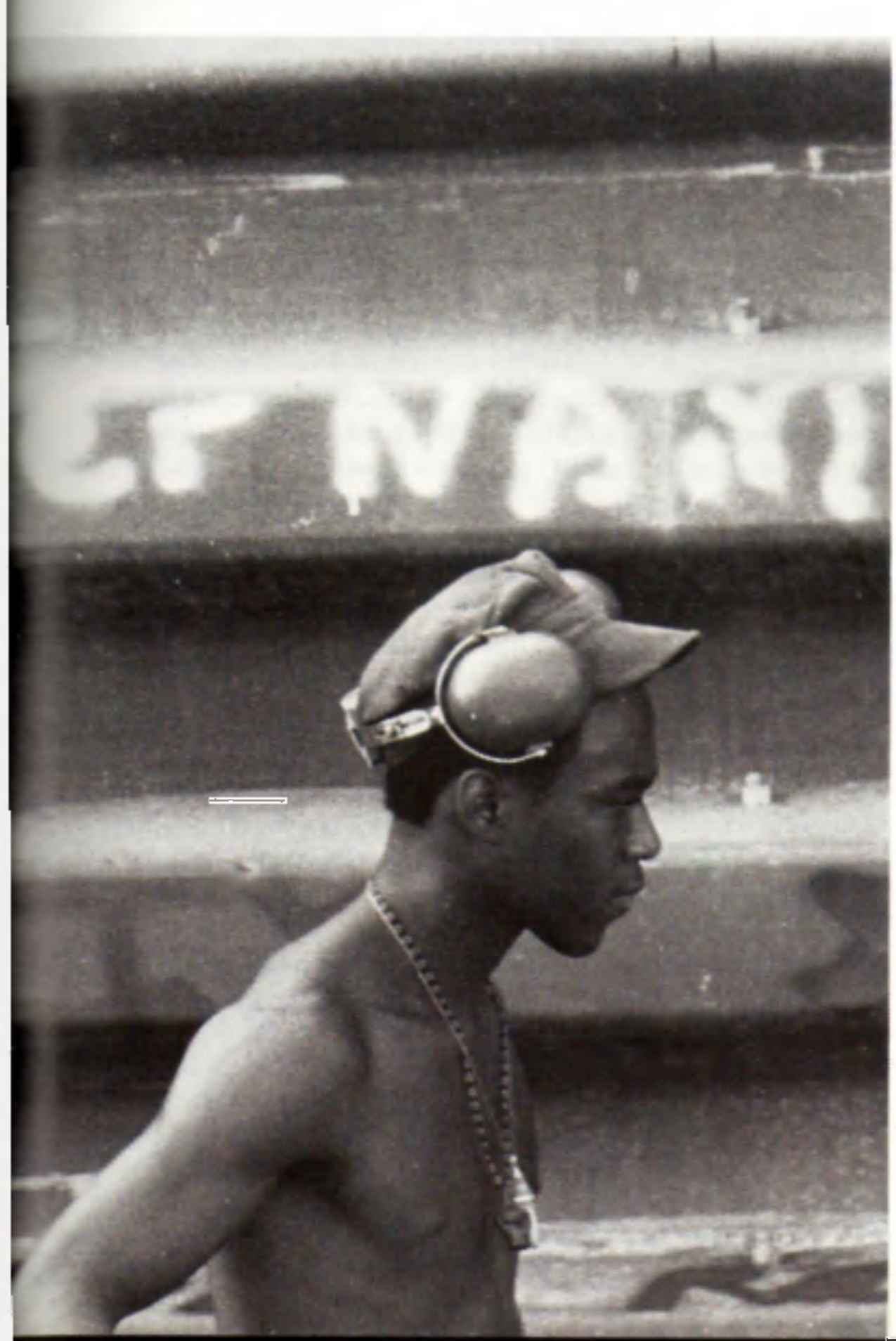
Fue al otro vehículo y pidió que lo dejaran subir. Me llamaron por radio: «Papá Charlie, ¿qué ocurre? ¿Por qué dejas aquí a este tío?» Apagué la radio y le dije al conductor que siguiera. Supongo que lo recogieron.

Este sargento no era el primer norteamericano que había abusado de la gente del país. Cuando llevaba tres semanas en Vietnam, me asignaron la tarea de llevar unas cajas de leche que se habían estropeado al helipuerto de la base de fuego Oasis. El aeropuerto estaba al lado de una carretera por la que pasaban gente y motos. Y aquellos dos soldados empezaron a tirar botes de leche a la gente que iba en las motos. Algunos cayeron de la moto y se hicieron daño.

Mi primera reacción fue: Pero, Dios mío, ¿por qué hacen una cosa así?

Mi compañero y yo, supuestamente a cargo del destacamento, nos acercamos a ellos y les dijimos: «¿Qué demonios os pasa? Hoy hacéis eso, pero ¿os dais cuenta de lo que puede pasar esta noche? Jode a la gente de día y ya puedes esperar los morteros por la noche.»

Aquella noche nos atacaron con morteros.



Una vez nuestro comando decidió dar una lección a un pueblo. Los habitantes habían mentido diciendo que no había vietcong por allí sabiendo que había. Dispararon a uno escondido en un barracón. Cuando ya estaba muerto o casi muerto, el capitán ordenó que lo ataran a un carro de combate y lo arrastraran por el pueblo. Era una cosa psicológica. Hacerle saber a la gente lo que les podía pasar si no informaban de los vietcong.

«Hoy hacéis eso, pero ¿os dais cuenta de lo que puede pasar esta noche? Jode a la gente de día y ya puedes esperar los morteros por la noche.»

Era algo que no tenía ningún interés en ver. Pero había muchos soldados en Vietnam que iban con las cámaras tomando fotografías del enemigo muerto. Como en Estados Unidos cuando la gente oye la sirena, corrían a ver quién estaba herido, a quién habían disparado, a quién detenían. Esto es algo que nunca hice en Vietnam. No tuve nunca realmente nada que ver con eso de tomar fotografías para enviarlas a casa diciéndoles aquí tenéis una fotografía de un asiático o de un vietnamita muerto. No podía entender la psicología de todo aquello.

Yo solía regalar a la gente suministros, comida y equipo. No a cualquiera. Teníamos una especie de relación. Ellos me daban información o se hacían amigos míos. Yo les daba latas grandes de judías, melocotones, zanahorias, el forro de la capa, mantas, botas, calcetines, camisetas. Pero armas no.

O les podía comprar algo que no necesitaba o no quería para ser amable, para ganarme su confianza.

Me acuerdo de una mujer que preguntaba a los del vehículo de delante mío si querían comprar aceite de eucaliptus. Nadie le quiso comprar. Se acercó a mi coche y le dije que le compraría un poco. Luego le pregunté qué estaba pasando por la zona.

Se puso un poco nerviosa. «Bien, han pasado algunos vietcong por aquí.»

Yo dije: «¿De verdad?»

«Ayer. No sé si todavía están aquí.»

Una vez presté un arma a un vietnamita. Era mi explorador. Anteriormente había sido soldado del Ejército survietnamita y, en teoría, mientras estuviera bajo mis órdenes, no tenía que llevar arma. Pero habíamos entrado en un valle controlado por los vietcong, en un área cerca del río Song Ba, y, el primer día, nos encontramos con tiradores emboscados. Él se iba escondiendo. Como yo vigilaba, no le pasó nada. Pero me dije: «Oye, esto es horrible. En medio de esta maldita guerra, es el único que no tiene nada.» Yo tenía una 45 que en realidad nunca la utilizaba. Siempre usaba la M-16.

Le dije: «Oye, te voy a dar una 45, pero no te la puedes colgar. Te la tendrás que poner debajo de los pantalones porque no te está permitido llevarla.»

Es el único a quien le di un arma, sólo porque era explorador. No me daba miedo que se girase contra nosotros. Era leal. Y, desde entonces, fue un aliado increíble.

Me aconsejó que no disparase enseguida al establecer con-

IZQUIERDA: *Era un fiasco. Yo no dejaba de decir que aquellos gatos querían lo mismo que nosotros. La posibilidad de expresarse. Saben que la cosa comunista no funciona.*

CAPÍTULO 5 ARMERO

tacto. No disparar. No hacer nada. Si disparas, pueden ver de dónde viene el fuego y responder. A pesar de haberlo visto en las películas, no se te ocurre pensarlo cuando estás en guerra.

También hacía otra cosa. Siempre que nos acercábamos a una zona que le preocupaba, me tiraba de la ropa y me decía: «Espera un momento, Bob.» Entonces iba él primero a controlar, algo muy poco usual en los soldados survietnamitas.

Al cabo de dos semanas me devolvió la pistola porque no quería meterme en líos.

Cuando estábamos en la jungla, vivíamos en el suelo y dormíamos debajo de un carro de combate o un oruga. Pero lo más duro era ir al retrete. Especialmente por la noche. Era un espectáculo. Cada vez.

Se podía mear en cualquier parte. Pero, si tenías que ir al retrete, debías intentar siempre que no fuera de noche. Siempre podías ir de día, pero, por una razón u otra, siempre necesitabas hacerlo en medio de la noche.

Y entonces, tenías que prepararlo con cuidado. Empezabas preguntando: «¿Alguien tiene papel higiénico?» Entonces te buscabas algo adecuado que no fuera muy rasposo. Y tenías que recordar dónde estaba la maldita letrina. Cuando la encontrabas, te parecía que estaba allí instalada como un trono.

«Has ido allí para tener relaciones sexuales con ella, pero te coge la horrible sensación de que es lo peor que has visto nunca.»

La luna lo iluminaba todo tanto que te hacía evidente. Tenías miedo, primero de todo de que te disparasen. Cuando pensabas que todo estaba quieto y no veías nada moviéndose en los matorrales, tenías que darte prisa en hacerlo todo furtivamente.

Entonces, al bajarte los pantalones, el problema no eran sólo los mosquitos; podía haber un escorpión debajo del asiento que te mordiese las bolas. O el culo. O igual te sentabas y, bang, algo explotaba bajo el asiento. Y allí estás tú, herido, con los pantalones bajados y cagándote sin remedio.

Una vez en el sitio, intentas hacerlo todo lo más rápido posible. Intentas relajarte con rapidez. Te sientas con el arma cargada y vas mirando a tu alrededor pensando, bueno, espero que la cosa sea rápida para poder salir de aquí. Finalmente, ya lo has hecho todo. Inmediatamente das un salto. No te abrochas los pantalones, los aguantas simplemente y te escabulles hacia un sitio seguro.

En el frente, los tíos iban realmente calientes, sobretodo cuando no había mujeres. Entonces llegábamos cerca de un pueblo y un niño se nos acercaba a hablarnos de su hermana o de alguien.

«Hola, soldado. ¿Cómo te va?»

Tú esperabas un poco.

Entonces decía: «Oye, ¿quieres bum-bum?»

Y si decías que sí, te decía: «Hombre, yo tengo una hermana guapísima. Está justo al final de la calle», o algo así.

«¿Cuánto costará?»

«Cinco dólares.» Tres dólares, o lo que fuera.

«Ah, es realmente guapa.»

Y te ibas a donde podía estar la persona. Dentro de una zanja o al lado del camino, detrás de una casa, detrás de un árbol o junto a un búfalo.

«Muy bien. Cinco dólares.»

Y vas allí y te encargas del asunto.

Pero cuando llegas, te encuentras con una vietnamita pequeña y asustada sentada en cuclillas y muy nerviosa. Se quita el pijama negro. No tiene mucho vello púbico, porque es muy joven o porque no le crece. Has ido allí para tener relaciones sexuales con ella, pero te coge la horrible sensación de que es lo peor que has visto nunca. No es algo que te atraiga realmente como para acostarte con ella. Y entonces te asalta el temor de contraer una enfermedad venérea. Luego intentas planear cómo lo vas a hacer. O decides no hacer nada porque no estás ni excitado. La chica no habla inglés y lo único que quiere es que todo ocurra lo más rápido posible y salir de una vez de allí.

Un día me tocó ser el primero. La chica estaba tendida al lado de una zanja. Se quitó el pijama y yo me disponía a follármela. Pero tenía una expresión de dolor en la cara. Tenía los ojos cerrados con fuerza porque no estaba en absoluto por la labor. Lo que quería era el dinero. Y yo me puse a reír por su reacción. No pude hacer nada.

Evidentemente, ella se molestó un poco porque pensó que no la encontraba atractiva. Tuve que decirle: «Mira, lo siento mucho. Simplemente, no puedo hacerlo.»

Cuando volví, le dije a su hermano o quien fuese: «Ha estado bien.»

Y él me dijo: «Sí. Es muy guapa.»

REX FEATURES

IZQUIERDA: *Cuando el fuego cesa, los médicos —escondidos tras una hilera de sacos— atienden a un hermano herido por los disparos del enemigo. No había ninguna discriminación cuando se clavaban las balas.*

Los demás querían saber cómo había ido. Esto es algo común a todos los que estábamos en la guerra. Yo dije: «Ha ido muy bien.» No les dije que no había podido hacerlo. En parte por orgullo, en parte porque no quería calentarles la cabeza con aquello y enfriarlos también a ellos. A Vietnam llegaban muchos soldados de dieciocho, diecinueve años, que no se habían acostado nunca con una mujer. Y podían morir antes de tener ocasión de hacerlo. O quizá aquella fuera la última mujer para cualquiera de nosotros.

Cuando regresaron todos, algunos dijeron: «Sí, era guapa.»

En Qui Nhon había una chica que me gustaba mucho. Me lo pasé muy bien con ella. No era terriblemente atractiva, pero tenía un cuerpo realmente bonito.

Trabajaba en un economato y la conocí a través de un amigo. No era nada agresiva. No pretendía aprovecharse de los soldados norteamericanos. A la gente de Vietnam le gustaba los soldados norteamericanos. No les caía bien el gobierno, pero sí nosotros como personas. Ella me preguntaba qué hacía cuando estaba en mi país, cómo era mi ciudad, qué opinaba de su gente. Yo tenía la impresión de que le gustaba sinceramente.

Vivía en una de las casas viejas francesas. Tenía un váter con cadena. Me parecía el paraíso. Y la primera noche parecía tan exótico porque había una red antimosquitos sobre la cama. Me sentí en el paraíso.

Comimos cangrejo de río, puse mis discos: John Coltrane, Eric Dolphy, Pharoah Sanders, Miles Davies, los Beatles. Y me dejó un pijama azul claro para mí.

CAPITULO 5 ARMERO

A la mañana siguiente le dije: «Oye, ha sido fantástico. Me gusta mucho estar aquí contigo.»

Ella dijo: «A mí también me ha gustado mucho. He estado con otros soldados, pero realmente me gusta estar contigo.»

Le di el dinero. Le hice regalos: forros de impermeable, algunas mantas. Y la volví a ver.

Hacia el final de mi estancia en Vietnam, empezaron los conflictos internos entre nosotros porque ya se llevaba mucha guerra. Y corrían muchas drogas por allí y las tomaba mucha gente. Los comunistas se aseguraban de que llegase a los soldados norteamericanos y otros se aseguraban de que hubiera droga disponible porque podían hacer mucho dinero. Las drogas causaron graves daños a los soldados.

> «A Vietnam llegaban muchos soldados de dieciocho, diecinueve años, que no se habían acostado nunca con una mujer. Y podían morir antes de tener ocasión de hacerlo.»

Algunos se ahogaban por la noche porque bebían demasiado o tomaban drogas. Ya no se fumaba hierba sino que tomaban «number tens» y «speed». Y, las dos cosas juntas, eran devastadoras. Evidentemente, también había «scag». Tanto si te lo fumabas como si lo tragabas, te dejaba hecho polvo.

Una noche, dos blancos se pusieron a jugar en una casamata situada en el perímetro de control cuando dejas la base de An Khe camino de Qui Nhon. Habían estado tomando «speed» y «number tens». Entonces se pusieron a jugar con una granada. Sacaban la clavija y la volvían a poner. Estuvieron un rato así hasta que uno de ellos se equivocó y le cayó la clavija. Cuando la encontró, estaba tan nervioso que casi no podía ni ponerla y la granada le explosionó. Lo mató. Y su compañero de juego quedó herido de gravedad.

> «Un soldado negro había tomado drogas y le cogió una especie de locura... Mató al sargento y a dos más.»

Otra noche habíamos vuelto a la base para un descanso. Estaba en la cama, a punto de dormir. Oímos una explosión y las balas atravesaron la tienda. Todo el mundo saltó al suelo. No teníamos armas porque siempre nos desarmaban cuando estábamos de descanso. Lo que había ocurrido es que un soldado negro había tomado drogas y le cogió una especie de locura. Cogió una M-16 y se puso a disparar: mató al sargento y a dos más.

En otro descanso, perdimos a un subteniente. Un blanco. Llevaba unos seis meses en Vietnam y se había ganado muchos enemigos porque era realmente duro con su gente en el frente, incluso cuando ya empezaba la retirada. Alguien le puso una mina en la puerta de su cabaña.

CAPÍTULO 5 ARMERO

Cuando llegué a la 101.ª Aerotransportada, oí decir que los blancos se ponían cerca de los negros en el frente porque les parecía que los vietcong o los norvietnamitas no disparaban tanto a los negros como a los blancos. Y los comunistas pusieron carteles en el valle de Ashau diciéndole al soldado negro que aquélla no era su guerra. En el 3.º de la 506.ª, unos veinte negros se negaron a ir al frente durante una semana entera. Les parecía que mandaban más negros al frente porque era menos probable que les disparasen. Los encerraron y los amenazaron con el artículo 15 hasta que desistieron de su protesta.

«Soñaba que se nos acababan las municiones y nos atacaba una fuerza superior. Y se me acercaba un vietcong con una ametralladora. Salto hacia él y lo mato.»

Unos cuantos soldados negros pudimos llegar a posiciones en las que teníamos cierta libertad y podíamos vivir un poco mejor. a pesar de estar en una guerra en la que no creíamos. Pero la mayoría de negros no pudieron porque no tenían la preparación necesaria y, por tanto, les asignaban las tareas más peligrosas y más duras, o simplemente las más indeseables. Probablemente.

ABAJO: *Debíamos haber ido inmediatamente a Laos y Camboya. Las fuerzas de combate norteamericanas eran superiores. La guerra se hubiera resuelto en términos de victoria y derrota.*

un soldado blanco conseguiría una tarea mejor. Los soldados de ascendencia hispánica, judíos y polacos también hacían tareas duras, pero no tanto como los *bloods*.

Yo mismo tampoco me escapé del todo con mis habilidades. Yo quería hacer artes marciales. Pero no me dejaban hacerlo. Terminé rehaciendo mapas en una patrulla de reconocimiento o pintando emblemas en los tanques. Pinté muchas panteras. Nuestra unidad se llamaba Los Panteras Negras.

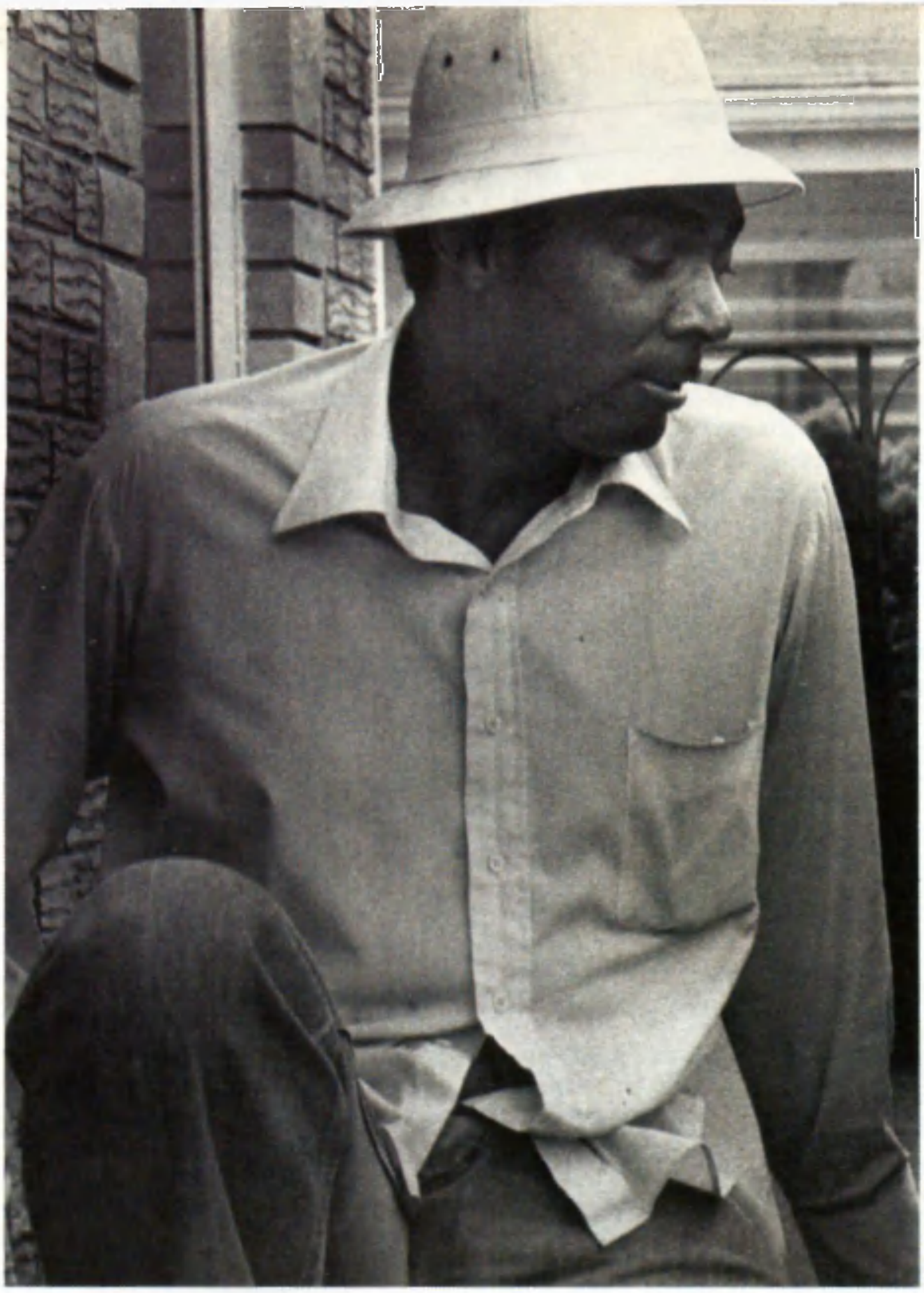
Volví a casa el día después de Navidad. Cuando cambié de avión en Seattle, me puse ropa de civil, pero me sentí tan incómodo que me volví a poner la ropa del Ejército. Antes de volver a Nueva York, fui a ver a mis padres a Gary. Para ellos fue una auténtica Navidad. Me dijeron que tenía razón cuando protestaba contra la guerra y que les sabía mal haberme dicho que fuera. Luego me prepararon una cama arriba, en mi antigua habitación. Pero, realmente, no me sentía nada cómodo durmiendo en una cama sobre el nivel del suelo y me fui a una esquina del sótano y lo dispuse todo a mi alrededor. El fusil aquí, el estéreo allí. Todas tus posesiones allí mismo. Como en la guerra. Entonces ya podía ponerme a dormir.

Al principio me despertaba con los brazos y las manos llenos de magulladuras por dar golpes contra la pared. Soñaba que se nos acababan las municiones y nos atacaba una fuerza superior. Y se me acercaba un vietcong con una ametralladora. Salto hacia él y lo mato.

Entonces, una noche, estaba durmiendo con mi chica, Fern. Tengo el mismo sueño. Me siento en la cama y me dispongo a matar a Fern en sueños. Pero ella notó lo que pasaba y se puso a gritar. Me desperté a tiempo para frenar el puñetazo y dije gritando: «¿Qué cojones estoy haciendo?»

Y el sueño se desvaneció.

TIM PAGE



WALLACE TERRY

Capítulo 6

SARGENTO ROBERT L. DANIELS

Chicago (Illinois)
Radiotelegrafista, Artillero de obuses
42.ª División de Infantería
52.ª Grupo de Artillería
Ejército de EE.UU., Pleiku
Noviembre 1967 - Noviembre 1968

CAPÍTULO 6 RADIOTELEGRAFISTA

Cuando me alisté en el Ejército, no había estado nunca fuera de casa. No estuve en un campamento hasta que fui a Fort Campbell, Kentucky, para el entrenamiento básico. Nunca había subido a un avión hasta que me llevaron a Fort Sill en Oklahoma, a un AIT. Pensaba que estaríamos algunos meses en varios sitios, pero fuimos directamente de allí a Vietnam. Tres meses después de ingresar en el Ejército.

Volando por encima del océano, estaba muerto de miedo. Me parecía que nunca llegaríamos y no sabía si regresaría algún día.

Cuando aterrizamos en Cam Ranh Bay, no se parecía a nada de lo que yo había visto en mi vida. Simple campo abierto. Mucha arena. Hierba. Agua. Estaba en una tierra extraña.

Estaba muerto de miedo.

Soy de una familia pobre del lado sur de Chicago.

Ni siquiera recuerdo mi infancia. Ni siquiera recuerdo un pastel de cumpleaños. No recuerdo una fiesta de cumpleaños. No recuerdo que mi padre me llevara al parque ni al cine.

Lo único que recuerdo es que mi abuela ponía cada año un árbol de Navidad y siempre nos daba algo.

Mi madre dejó a mi padre cuando yo tenía tres años. Me acuerdo que se pasaban el día discutiendo. Me parece que se casaron demasiado jóvenes. Tenían diecisiete años, no habían terminado la escuela secundaria y no tenían dinero. Yo no sabía dónde estaba mi padre. Sabía que mi madre trabajaba y que vivía en otra parte. Yo vivía con mi abuela.

Mi abuela se cuidada de sus hijos y de los chicos de sus hijos. Vivíamos con ella y mi abuelo unos quince, entre hermanos y primos. En mi habitación siempre dormíamos cinco.

Mi abuela siempre insistía en que intentáramos ir a la escuela y todos estudiamos secundaria. Pero a mí no me interesaba mucho la escuela porque nunca tenía nada que ponerme. Sólo tenía un par de zapatos, unas zapatillas de tenis. Teníamos un abrigo, pero no ropa bonita, como un traje o una corbata. Carecíamos de dinero para comprárnoslo. Por eso no iba nunca a los bailes y actos de la escuela. Me daba vergüenza. Era muy tímido.

A veces pienso que es sorprendente que, viviendo como viví, no me convirtiera en un drogadicto, proque tuve que aprenderlo casi todo en la calle. Pero algo que me inculcaron siempre mis abuelos fue que me mantuviera alejado de las malas compañías. Cuando descubría que no estaba en buena compañía, gente que

ABAJO: *Te enseñan a disparar un arma, un mortero y una pieza de artillería. Es un entrenamiento que cuesta mucho dinero al Tío Sam; sin embargo, cuando regresas a Estados Unidos, no te espera ningún trabajo.*

US ARMY

fumaba drogas o se metía con la gente, me iba por mi cuenta. Era muy solitario.

Antes de ir al servicio había trabajado en Correos de Skokie como suboficial durante un año. Decidí enrolarme porque no me parecía estar yendo a ninguna parte. Y me pareció que de aquel modo podría hacerme un adulto. No tenía nadie que me animara a ser un hombre. Y pensé que las ventajas que ofrecían a los soldados me permitirían ir a la universidad porque nosotros no teníamos dinero.

Cuando mi madre se dio cuenta de que estaba dispuesto a irme al servicio, me hizo una fiesta de cumpleaños. Fue mi primer cumpleaños. Tenía diecinueve años.

Todo lo que hicimos los primeros días en Pleiku fue llenar sacos de arena. Luego me enseñaron a manejar el cuadro de control. Pero la mayor parte del tiempo estuve en los obuses de 105. Había seis hombres alrededor y cada uno tenía una tarea distinta. Uno lo cargaba, otro estaba en el teléfono yendo de un cañón al otro. Mi trabajo era limpiarlo o ayudar a cargarlo.

Al principio parecía que siempre nos estaban bombardeando y nos dirigíamos corriendo a las casamatas. A veces me preguntaba porque corríamos hacia ellas. Tal como estaban construidas, si caía una bomba encima, no nos servirían de nada. Estaban hechas sólo de un montón de sacos. No tenían ningún parecido con una casa. A lo mejor te podían evitar arañazos de los trozos de metal que se dispersaban cuando caía una granada cerca de allí.

«Debería haberme ido porque ya llevaba catorce meses allí. Me dijeron que fuera al frente. Les dije que no quería.»

Una noche, nos estábamos preparando para dormir. Yo llevaba sólo unos calzoncillos verdes que nos daban, como pantalones cortos. Me pareció oír algo. Me levanté, cogí el fusil y me abroché el cinturón. Me puse a correr hacia atrás intentando llegar a la casamata. El sargento me dijo que volviera a dormir porque no era lo que yo pensaba. Todo el mundo se rió de que llevase todas aquellas armas y fuese con calzoncillos.

Cuando ibas en misión de guardia, de pronto oías ruidos. Disparabas porque era muy oscuro. Pero nunca vi a nadie. Todo lo que sé es que estaba asustado.

Antes de ir a Vietnam me dijeron que estábamos ayudando a salvar del comunismo a aquella gente para que pudiesen ser un país libre. El comunismo no dejaba que la gente controlase sus propios derechos. Pero daba la impresión de que también luchábamos contra ellos. No sabía nunca quién era quién. De día un vietnamita podía estar de tu lado y de noche ser un vietcong. Cuando veía a los vietnamitas que iban a limpiar los barracones, no me decían nada. Yo tampoco les decía nada. No sabía quiénes eran. No me fiaba.

A veces teníamos que llevar camiones de un lado a otro. Muchos tíos se paraban en la carretera y los vietnamitas les vendían cerveza o cosas así. Yo no me paré nunca. Tenía demasiado miedo.

Una vez, fui a buscar unos sacos de tierra para llevarlos a la base. Iba conduciendo un camión de cinco toneladas con dos neumáticos pinchados en un lado. Los otros tres camiones que iban conmigo me habían dejado unos tres kilómetros atrás. No me paré, pero iba muy despacio. Y, en aquel tiempo, no tenía fusil. Charlie me hubiera podido coger. Ahora me asusta al pensarlo.

Cuando no había nada que hacer, nos quedábamos en los barracones y leía el *Jet* o escribía cartas.

Tardé unos seis o siete meses en ir al pueblo de Pleiku. Al principio tenía demasiado miedo. Te podían matar mientras ibas andando por allí.

Mi amigo y yo fuimos a un pequeño local y nos hicimos fotografías trucadas, como una foto de ti mismo encima de tu mano. Nos habían aconsejado que no tuviésemos relaciones sexuales con las mujeres por si cogíamos alguna enfermedad. Yo, de todos modos, tenía demasiado miedo porque no sabía quiénes eran aquellas mujeres.

En noviembre de 1968 me quedaba aproximadamente un mes. Cuando pienso ahora en ello, ya debería haberme ido porque llevaba catorce meses allí. Me dijeron que fuera al frente. Les dije que no quería.

Me dijeron que no había ningún sargento allí y que me ne-

ABAJO: *Carta de la familia, de los amigos. Mi madre todavía cree que hice lo que debía por mi país porque es muy patriota. Yo no lo creo.*

F. SPOONER

CAPÍTULO 6 RADIOTELEGRAFISTA

cesitaban para conducir un oruga. Insistieron que tenía que ir porque era el único.

Era muy peligroso allí fuera y yo no sabía qué podía ocurrir. No sabía a dónde íbamos, nunca había estado allí. Y ya casi me tocaba volver a casa.

Llevaba una escopeta, pero no había ninguna compañía ni batallón yendo juntos.

Pasamos la primera noche en el campo con tiendas. Nos levantamos a la mañana siguiente y teníamos un largo camino por recorrer: hacia Kontum.

Ya llevábamos mucho camino jungla adentro y ellos iban diciendo que casi habíamos llegado. Me dijeron que teníamos que conectar con alguien más. Alguien a quien yo no conocía. No tuve oportunidad de verlos.

No había camino principal. Era como un viejo camino de polvo. Delante nuestro había un vehículo detector de minas. Luego un par de carros de combate. Nosotros éramos los cuartos, el último vehículo.

Dimos con una mina. Explosionamos. El vehículo se elevó por los aires. Pensé que todo había terminado.

Cuando aquello explosionó... no había oído nada como aquello en mi vida. Era el ruido más fuerte que había oído en mi vida.

«En el brazo izquierdo me colgaba la piel. El brazo derecho estaba totalmente quemado, hasta el hueso. Tenía la cara quemada. Era blanca.»

Salimos despedidos del vehículo. Cuando caímos, el oruga me quedó sobre una pierna.

No llevábamos puesta la cubierta que se pone encima por si llueve. De haberla llevado, hubiéramos quedado atrapados allí.

No sé si el tirador murió o no. Estaba al otro lado de la ametralladora. Yo me estaba quemando. Tenía quemaduras por todas partes.

En el campo de batalla no había gasolineras. Te quedabas sin gasolina y te habías quedado sin gasolina. No podías saber cuándo podría venir alguien a traerla. Por eso llevábamos unas cuantas latas. Supongo que también explosionaron.

Me subía fuego por las botas.

Una voz no cesaba de decirme: «Saca la pierna. Saca la pierna. La pierna izquierda.» Yo iba haciendo esfuerzos para poderla sacar y finalmente lo conseguí. Estuve a punto de despedazarme la mano derecha.

No me habían dicho nunca que, en caso de arder, tenía que rodar sobre mí mismo y me puse a correr. Y éste fue mi error.

Parecía que estuviese en el infierno.

Yo iba gritando sin parar.

Entonces el tío que iba en el tanque delante mío me dijo que me tumbara y apagó el fuego con algo que llevaba.

Luego me hicieron esperar sentado al lado del camino hasta que viniese el helicóptero. Debió de tardar unos 20 minutos. Me dieron algo, morfina quizás, y perdí el conocimiento.

Tenía quemaduras de tercer grado por todas partes. En el brazo izquierdo me colgaba la piel. El brazo derecho estaba totalmente quemado, hasta el hueso. Tenía la cara quemada. Era blanca.

Recuerdo que en el hospital de Japón no dejaba de decirles que tenía frío. No me podían tapar porque estaba todo quemado. Me ponían una cosa blanca sobre el cuerpo y me metían en una bañera para quitarme la piel muerta.

En los hospitales de aquí, cuando estuve de vuelta, me quitaron piel de la pierna y me la injertaron en la cabeza, la frente y el brazo.

La mano derecha se me gangrenó y me cortaron el dedo pulgar. La mano iba haciéndose cada vez más grande.

Finalmente el doctor me dijo que me la tenían que cortar porque me iba a llegar la gangrena a todo el cuerpo. Bueno, como no quería morir, me la cortaron.

También tuvieron que sacarme venas de las piernas. Ahora tengo una pequeña cojera. Supongo que es mala circulación.

Querían hacerme cirugía plástica en la oreja para que tuviera el mismo aspecto que la otra. Pero no volví. Estaba cansado de hospitales. No sé cuántas operaciones llegaron a hacerme. Tenía lo que ellos calificaban de trauma grave.

Ya había pasado dos Navidades en el hospital.

El médico me dijo que si no llego a ser joven, no me hubiera salvado.

Me dieron el alta médica el 6 de mayo de 1969.

Volví a casa y me quedé con mi madre.

No volvía a casa igual que me había ido. Cuando me fui era un tío alto, delgado y saludable. Sólo mirarme, ya te dabas cuenta que algo había pasado. O había nacido así o había estado en la guerra. Tengo cicatrices por todas partes. No hay modo de esconderlas.

Seis meses después empecé a ir a la Universidad Comercial del Noroeste aprovechando los beneficios de haber sido soldado. Conseguí el diploma de oficial de contabilidad y me enviaron a buscar trabajo.

En dos años, intenté encontrar algo quizá en unos cuarenta sitios. Pero nunca me contrataron. Decían que no tenía experiencia. O se inventaban excusas como: «¿No cree que la falta de una mano puede interferir en su trabajo?» Yo pensaba: «¿Cómo puede interferir sentado en una mesa?» O me decían que ya me llamarían, pero nadie me llamó.

«No volví a casa igual que me había ido. Cuando me fui era un tío alto, delgado, saludable. Sólo mirarme, ya te dabas cuenta de que algo había pasado.»

Al final me desanimé. Supongo que lo dejé porque ya estaba harto de que no me admitieran. Nunca nadie quiso darme un respiro. Era un negro. Un mutilado. Y venía de una guerra impopular. A lo mejor no querían que en su profesión trabajase nadie que hubiera estado en Vietnam.

Esto era en 1975. Dejé de buscar trabajo. Desde entonces he vivido de la pensión de incapacidad de la Seguridad Social.

La mayor parte del tiempo estoy en casa. Leyendo. A veces

DERECHA: *Creo que fuimos la última generación que creyó en el honor de la guerra. En la guerra no hay honor. Y uno no combate en una guerra civilizada. No existen guerras civilizadas.*

U.S. ARMY

salgo a pasear con mi hija, pero no voy nunca al teatro o a cenar fuera. No sabría cómo comportarme. Por ejemplo, en un buen restaurante. No podría cortarme la carne. Y, además, todo el mundo me miraría.

En 1981, la Seguridad Social dejó de enviarme cheques, por lo que he tenido muchos problemas con las facturas de la casa. Y luego me robaron el coche. La Seguridad Social me escribió lo siguiente: «Sabemos que su condición le impide realizar cualquiera de sus trabajos anteriores como soldado de Infantería. pero no le impide efectuar algunos trabajos no especializados realizables con una sola mano.» Pero eran los de la Seguridad Social los que me habían dicho que estaba imposibilitado y que me concederían la asignación cuando me dieran de alta

Una señora de allí me dijo: «¿Pero qué espera usted, señor Daniels? ¿Recibir dinero de la Seguridad Social el resto de su vida?»

Yo iba a contestarle: «Sí. Me he quedado sin mano para el resto de mi vida.» Pero no dije absolutamente nada. A lo mejor la Seguridad Social piensa que ya he vivido demasiado.

Es gracioso. Cuando veo a esos vietnamitas que vienen aquí, me pregunto cómo pueden instalarse tan rápido. Poner en marcha los negocios y todo. Alguien los debe ayudar. Pero a los que luchamos por nuestro país y hemos vivido siempre aquí, nos tratan como mierda.

Ya sé que uno tiene que superarse, pero no se puede hacer todo. No puedo contratarme a mí mismo.

A veces pienso que sería más útil a mi esposa y a mi hija si desapareciera porque así tendría el seguro, porque no recibes el seguro hasta que te mueres. A veces pienso eso. A veces.

Cuando tenía diecinueve años, no sabía muy bien qué ocurría. Excepto que uno tenía que luchar por su país. Luego, vuelves a casa, y ¿dónde está tu país cuando vuelves?

Y leo ahora que la gente de Vietnam tiene todavía los mismos problemas que tenían antes de que interviniera Estados Unidos. Leo que dicen que aquello no fue una guerra. Bien, ¿entonces por qué demonios nos mandaron allí? He leído que los norteamericanos perdieron. No fue nada. Nada.

Pero me gustaría... haber regresado como volví.

Podría haber aprendido cómo debía vivir la vida. Todo lo que hice fue perder parte de mi cuerpo. Y esto es el fin para mí.

ABAJO: *Vietnam te enseñaba a ir contra todo lo que habías aprendido. Vivíamos un engaño. Y el engaño era que, para empezar, no teníamos nada que hacer allí.*

TIM PAGE

WALLACE TERRY

Capítulo 7

ESPECIALISTA DE 4.ª ARTHUR E. "GENE" WOODLEY, Jr.

Baltimore (Maryland)
Paracaidista de combate
5.º Grupo de Fuerzas Especiales
173.ª Brigada Aerotransportada
Ejército de EE.UU., An Khe
Noviembre 1968 - Diciembre 1969

CAPÍTULO 7 PARACAIDISTA DE COMBATE

Cuando fui a Vietnam era básicamente un joven inocente de dieciocho años. Antes de cumplir los diecinueve, ya era un animal. Cuando volví a casa tres meses después, hasta mi madre me tenía miedo.

Todo empezó el decimocuarto día en Vietnam. La primera vez que me encontraba en situación de combate. Estábamos en un valle controlado por el Vietcong, al sur de Pleiku.

Yo era un chico virgen. Muchos chicos vírgenes iban como hombres punta en los equipos de Lurp. Yo me adapté tan bien a ser un hombre punta que desde aquella primera misión fue mi posición permanente.

Estábamos en un terreno cubierto de altas hierbas. Nos habíamos sentado para descansar diez minutos y de pronto oímos que se acercaban unas voces hablando en vietnamita. Nos preparamos para ser atacados.

Oí los pasos de un individuo. Venía por la hierba y yo le encaré el M-16 y le di directamente en la cara. Dieciséis tiros. Todo el cargador. Y su cara desapareció. De la barbilla hacia arriba. No quedó nada. Su cuerpo se quedó allí de pie unos diez o quince segundos. Temblando. Me dio un miedo inimaginable.

A partir de entonces fue el caos. Tiros por todas partes. El recuento de cuerpos fue de cinco vietcong. Luego levantamos el campo y nos dirigimos hacia un lugar más seguro.

Pensando en aquel tío sin cara, me entró un sudor frío. Sabía que yo hubiera podido estar en su lugar en vez de estar en el mío. Pero me cambió. Cuando estaba en mi país, me había tenido que defender en las calles con los puños, con botellas, con lo que fuera. Pero no tenías que ir por la vida disparando. No había experimentado jamás una cosa tan horrible como ver a un ser humano sin cabeza. Lloré. Lloré porque había matado a alguien.

Donde viví de pequeño, tenías que luchar para sobrevivir. Al este de Baltimore. Lo que llaman el Fondo. Yo vivía a tres manzanas del puerto. Para nosotros era muy difícil ir de un vecindario al otro sin tener que poner a prueba nuestra virilidad.

Era un barrio en el que vivían puertorriqueños, indios, italianos y negros. Como yo era de piel clara y con el pelo rizado, la comunidad negra no me aceptaba fácilmente. Los puertorriqueños y algunos blancos pobres me aceptaban mejor. No me preguntaban en qué raza estaba clasificado. Iba con ellos a cines de blancos, restaurantes de blancos y todo eso. Pero, cuando me hice mayor, me di cuenta de que yo era lo que era y empecé a hacerme con mis iguales negros.

Jugaba a rugby de extremo defensivo y jugué el torneo entre ciudades en la Escuela Superior de Dunbar, cuando ganamos el campeonato de la ciudad y nos convertimos en uno de los mejores equipos de la región. Estaba clasificado como el cuarto o quinto luchador de pesos pesados del estado. Por todo eso, esperaba la beca para la universidad. No me la dieron y no tenía calificaciones para intentarlo de otro modo. Decidí entonces entrar en el Ejército, principalmente para ser profesional, porque me pareció que podría huir de mi ambiente y seguir adelante en la vida.

> «Tuve la mayor sorpresa de mi vida... No parecía una zona de guerra. Yo me dije: Eh, ¿qué es eso? Es mejor que estar en casa.»

Dado que era de un barrio duro, decidí presentarme voluntario al entrenamiento de combate más duro que hubiera. Fui a la escuela de saltos, de rangers y al entrenamiento de Fuerzas Especiales. Tenía la impresión de ser exactamente lo que necesitaba mi país. Un patriota negro que podía hacer cualquier trabajo físico que se le pidiera. Metro noventa, noventa quilos y sano.

Nos prepararon para Vietnam como un grupo de individuos que trabajan juntos en una unidad para destruir a cualquier enemigo que encontrásemos. Nos enseñaron kárate, a saltar de los aviones, claro, y sin exagerar, mil y una maneras de destruir a un ser humano, incluyendo la decapitación con un trozo de alambre y dos palos de madera. Pero lo más importante es que somos la mejor unidad de combate del mundo y nada puede detenernos.

En el campamento base noté algo muy curioso. Los *bloods* dormíamos en secciones separadas en los barracones. Y parecía que a los hermanos de piel oscura siempre nos tocaban los peores trabajos, como barrer debajo de los barracones, mientras los hermanos de piel clara y los europeos hacían las tareas más llevaderas. Pero no me preocupaba mucho.

Llegamos a Cam Ranh en noviembre de 1968. Y tuve la mayor sorpresa de mi vida. Había coches funcionando. Se podía hacer *surf*. Había mujeres con vestidos de moda y hombres con trajes. No parecía una zona de guerra. Yo me dije: Eh, ¿qué es eso? Es mejor que estar en casa.

Cuando llegué allí, mi tarea básica era como combatiente de Infantería, paracaidista, 5.º Grupo de Fuerzas Especiales. En mi compañía éramos unos 200. Treinta negros. Cuarenta de procedencia latina. Había algunos italianos. Incluso había algunos alemanes que se habían metido en el Ejército para conseguir la nacionalidad. Había otros compañeros que venían de otras unidades de Fuerzas Especiales para hacer horas extras en

US ARMY

IZQUIERDA: *No creo que estuviéramos bien entrenados para la guerra de guerrillas. Pero éramos mejores soldados e íbamos mejor equipados. La tecnología la teníamos nosotros.*

US ARMY

ARRIBA: *Nosotros abocábamos millones de dólares en equipamiento y tecnología; el Vietcong estaba luchando con cualquier cosa de la que pudiera apropiarse.*

combate. Éramos como una unidad de inadaptados reunidos para hacer una unidad de ataque. Salíamos a coger prisioneros, a destruir un pueblo determinado o a matar a cierto grupo porque era necesario para el esfuerzo de la guerra.

No hice preguntas sobre la guerra. Creía que el comunismo se extendía y, como ciudadano norteamericano, debía hacer todo lo posible para evitar que el comunismo llegara aquí. A mí me habían inculcado la tradición de que todo lo que hacía Estados Unidos era correcto. Y yo, del único modo que me era posible salir del ghetto, iba a ser un soldado tan bueno como pudiera.

Un día, nos pusieron en fila en orientación y el coronel nos preguntó si alguno estaba interesado en ser Lurp. Yo no sabía exactamente qué era un Lurp, pero levanté la mano. Entonces nos llevaron a otro grupo y nos explicaron qué eran. Nos dijeron que un Lurp era un individuo que salía en un grupo de cinco o seis hombres sin unidades de apoyo de ningún tipo y exploraban, capturaban y destruían al enemigo. Como era un macho, un joven fuerte, me apunté. Soy malo. Era emocionante.

Nos destinaron a la fuerza de Primer Frente, que nos empleaba como unidad de reconocimiento para cualquiera que necesitara nuestros servicios. Una especie de pistoleros modernos. O mercenarios a bajo precio. Teníamos nuestra base en An Khe. La vida era dura. Sólo comíamos caliente una o dos veces por semana. Principalmente comíamos cosas deshidratadas que iban en bolsas de plástico. Le añadías agua caliente y especias, lo dejabas reposar cinco minutos y tenías una comida perfecta. Teníamos que robar muchas cosas a otras unidades: neveras, jeeps o lo que fuera. Éramos el tipo de unidad que no tenía suministros básicos. Tampoco disponíamos de un área de retaguardia. Lo único que teníamos detrás era el culo.

Todavía era un chico virgen —y así seguiría hasta que llevara 90 días en el país— cuando nos hicieron lanzar a un área supuestamente calificada de amistosa. Teníamos que cruzar un río. Yo era el hombre punta. Me encontraba ya al otro lado de la corriente y el equipo estaba atravesándola. De pronto, el mundo entero empezó a explosionar. Los soldados se pusieron a gritar y a correr de un lado a otro.

En mi equipo había un blanco. Era miembro del Ku Kux Klan, de Arkansas. No había visto jamás a un negro en su vida. No supo nunca por qué odiaba a los negros. Yo era el primer negro con el que se había sentado alguna vez y había mantenido una conversación. Como yo había vivido en un barrio multirracial, sabía cómo tratarlo en sus términos y supongo que él aprendió a tratarme en los míos. Y cuando empiezas a ir con alguien al frente, sea cual sea su entorno étnico o sus ideales, empiezas a depender de él para que te cubra las espaldas. Arkansas y yo acabamos siendo muy buenos amigos.

Nos estaban lanzando tiros de mortero. Aquello era una auténtica confusión. Seis soldados corriendo, yo en el otro lado

cubriéndolos y un par de compañeros detrás cubriéndolos. Arkansas recibió una bala en el pecho. Otro chaval blanco fue herido. Estaban en medio del agua.

Me puse a gritar como un loco a Arkansas. Estaba allí tendido saliéndole sangre del pecho y de la boca.

Pedimos apoyo. Llegó el apoyo: un helicóptero lleno de soldados aterrizó en un claro, pero no pudieron ni salir porque estábamos en pleno combate.

Me fui hacia el agua. Arkansas había dejado de respirar. Me puse a darle golpes en el pecho gritando: «Dios mío, por favor, no dejes que muera.»

Todo el mundo me decía: «Está muerto. Está muerto. Está muerto.»

Yo decía: «¡No! No puede morir así.»

Seguí golpéandole el pecho, casi chafándolo. Y empezó a respirar de nuevo. Lo saqué del agua y lo lleve arrastrando hasta el helicóptero.

En el helicóptero éramos tantos que tres de nosotros tuvimos que ir colgados de los patines inferiores del aparato cuando salimos de allí. Y seguíamos bajo el fuego enemigo al mismo tiempo.

Arkansas y el otro tío sobrevivieron. Pero luego descubrí que habíamos estado bajo fuego amigo. Me enojó terriblemente. Me pasé mucho tiempo enojado y empecé a actuar de forma un poco rara. Me estaba convirtiendo en un animal.

Entonces vino la segunda semana de febrero del 69.

Ocurrió tres días después de que cayera un helicóptero en una zona de follaje muy espeso en la que no se podía localizar a los sobrevivientes desde el aire. Estábamos en la zona de aterrizaje Oasis. Nos dirigíamos allí a localizar los restos e informar de lo encontrado. Querían que estuviésemos atentos a los movimientos del enemigo y que hiciéramos algún prisionero.

Íbamos hacia el norte. Nos tomó diez horas llegar al lugar. El helicóptero había sido totalmente despojado. Todas las armas habían desaparecido. No había ningún cuerpo. Parecía que había sido ametrallado cuando estaba en el aire. Estaba lleno de agujeros de bala. Pero no había explotado. La estructura seguía intacta.

Lo siguiente que hacemos es destacar a unos observadores para asegurarnos de que no nos están preparando una emboscada, que el área está a salvo.

> «Nos daba cierto miedo desatarlo porque tenía gusanos y moscas por todas partes.»

Reconocemos la zona y nos encontramos a un compañero, un blanco, que está clavado en el suelo. Tiene los brazos y las piernas atados a estacas y una cinta de piel alrededor del cuello clavada al suelo para que no pudiese mover la cabeza hacia la derecha ni hacia la izquierda.

Tenía la cara llena de cicatrices, con mordeduras y arañazos. Y le habían sacado la piel desde encima del pecho hasta la cintura. Pelado, como si te separasen la piel con un cuchillo y entonces, con unos alicates o un instrumento similar, la desgajaran del cuerpo para dejarlo expuesto a los elementos.

Llegué a la conclusión de que posiblemente aquel hombre no tenía ningún valor significativo para ellos. Por eso lo torturaron y lo dejaron morir.

A aquel hombre le quedaban dos horas para morirse por sí solo.

Y no sabíamos qué hacer porque no lo podíamos mover. No había manera. No teníamos camilla. Éramos sólo seis. Y habíamos llegado allí con la idea de que no había sobrevivientes. Además nos daba cierto miedo desatarlo porque tenía gusanos y moscas por todas partes.

Tenía gusanos en los sobacos y gusanos en la garganta y gusanos en el estómago. En las heridas abiertas se podían ver realmente partes de sus intestinos y partes de sus órganos internos expuestos al aire. En la carne se notaban los pedazos arrancados por los animales —perros salvajes, ratas, ratones de campo, cualquier cosa— e insectos que habían dado con su cuerpo. Con la pérdida de sangre que había sufrido, era milagroso que aquel hombre siguiera con vida. Era una simple cáscara de persona.

¡Lo que debía haber sufrido aquellos tres días! Y con aquella humedad, además. No desearía jamás a nadie pasar por una cosa así.

Fue un choque muy duro para todos encontrarnos a aquel tío atado aún con vida.

> «Me puse en su situación, en su lugar. Tenía que ser tan fuerte como él, porque me estaba pidiendo que lo matase, que le quitase la vida.»

Tenía el estomágo abierto y no podíamos darle agua. Y no teníamos morfina.

Y se puso a sollozar suplicando morir.

Dijo: «No puedo volver así. No puedo vivir así. Me estoy muriendo. No podéis dejarme aquí muriéndome así.»

La situación era tal que o le quitábamos las ataduras o le quitábamos el sufrimiento. Quitarle las ataduras era irrealizable. Le hubiera provocado más dolor del que había sufrido hasta entonces. No hacía falta ni siquiera hablar de intentar llevárnoslo porque casi no quedaba nada de él. Era eso o matar al hermano, y uso el término «hermano» porque, en circunstancias de guerra, todos somos hermanos.

El hombre nos suplicó, a mí y a mis compañeros de equipo, que acabásemos con su sufrimiento. Se pasó una media hora suplicándonos porque no éramos capaces de decidirnos.

No cesaba de decir: «Los hijos de puta me hicieron esto. Por favor, matadme. Estoy sufriendo. Estoy agonizando. Matadme. Tenéis que encontrarlos. Tenéis que encontrarlos. Matad a aquellos bastardos. Matad a los hijos de puta.»

Llamé al cuartel general y les conté brevemente la situación del hombre, las súplicas que me dirigía, y nuestra situación en aquel momento. No teníamos ningún medio para transportarlo. Ellos no podrían llegar a tiempo. Nosotros teníamos otra misión por hacer.

El cuartel general respondió que era asunto mío porque yo era el responsable. Me dijeron simplemente: «Es su responsabilidad.»

Les pedí a los demás que se fueran.

Me costó algo así como 20 minutos acumular las fuerzas necesarias. No es que tuviera horror a matar a alguien, porque por entonces ya había matado a muchos. El problema no era matar a alguien. Era matar a otro ciudadano norteamericano, a otro soldado.

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Marcábamos el ritmo de la guerra hasta que empezaron con el programa de pacificación. No dispares si no te disparan. El gobierno nos ponía obstáculos de una forma u otra.*

Intentaba por todos los medios no tener que hacerlo.

Intentaba encontrar mil y una razones por las que no debía hacerlo.

Miraba los bichos del cuerpo y olía el hedor que salía de él. Y oía sus lamentos y súplicas.

Me puse en su situación, en su lugar. Tenía que ser tan fuerte como él, porque me estaba pidiendo que lo matase, que le quitase la vida. Tenía que ser todo un hombre para hacer aquello. No creo que yo pudiera ser tan hombre como para hacerlo. Me dije: «No puedo mostrarle mi debilidad porque él me está mostrando su fuerza.»

Lo único que tenía claro es que el sufrimiento de aquel hombre debía terminar.

Puse la M-16 junto a su cabeza. Junto a la sien. Le dije: «¿Estás seguro que quieres que lo haga?»

Me dijo: «Amigo, mátame. Gracias.»

Dejé de pensar. Apreté el gatillo. Cancelé su sufrimiento.

Cuando el equipo regresó, no hablamos de ello.

Lo enterramos. Lo enterramos. Muy adentro.

Luego lloré.

Pensé que cuando volviera se iba a desatar un infierno. Y es lo que ocurrió, además.

Me preguntaron: «¿Había alguna otra alternativa a matarlo?» Yo relaté las circunstancias. Tenía el cuerpo mordisqueado. No había manera posible de trasladar a aquel hombre y pensar en que pudiera seguir viviendo.

Decidieron que habría un consejo de guerra para descubrir si había matado a aquel hombre por pura ansiedad o si fue necesario. Me amenazaron con un consejo de guerra.

No llegó nunca a celebrarse. No pasó nada más.

De pronto, parecía que en cada misión nos encontrábamos con cuerpos de norteamericanos, blancos y negros. Veía las atrocidades que habían cometido con ellos. Les habían hecho marcas. A algunos los habían castrado y tenían el pene en la boca con hojas de bambú.

Yo no me podía aislar de todo aquello. Había llegado a la conclusión de que hoy o mañana estaría muerto. Por tanto, no había nada que no pudiera hacer o que no hiciera.

Había un dicho: «Bueno, aunque ande por el valle de la muerte, no temeré nada porque soy el peor hijoputa del valle.»

Yo pensé que si tenía que ser un hijoputa, era mejor ser el peor del valle.

Me convertí en iniciador de compañías. Mi trabajo consistía en iniciar a los chicos vírgenes que llegaban a la compañía. Incluso sargentos y oficiales pedían ir conmigo al frente la primera vez que iban.

Yo tenía un ojo malo. Lo tenía desde la infancia. Me operaron a los catorce años y me corrigieron la malformación, pero me había quedado el hábito de cerrar el ojo. Por eso me pusieron el apodo de Cíclope.

Pero los vietnamitas me llamaban montañés porque me vestía como un montañés. No llevaba la ropa de camuflaje convencional en el frente. Llevaba un taparrabos verde oscuro, un pañuelo verde oscuro que se confundía con el follaje y un poco de pintura de camuflaje en la cara. Y sandalias Ho Chin Minh. Y las granadas y municiones. Así es como iba al frente.

Me vestía así específicamente como hombre punta porque si el enemigo veía a alguien primero, ése era yo. Podía pensarse que era otro tío de la jungla que estaba andando por el bosque. Y así los podía coger con la guardia baja.

Cuando empezamos a ir al frente, yo no llevaba dedos ni orejas colgados ni mutilaba el cuerpo de otra persona. Hasta que tuve la desgracia de encontrarme aquellos soldados norteamericanos castrados. Entonces, el juego entre los comunistas y nosotros era ver cuántos dedos y orejas podíamos capturarnos unos a otros. Después de matar a alguien, le cortábamos el dedo o la oreja como trofeo, le dejábamos la placa de nuestra unidad en la boca y le dejábamos morir.

Coleccioné unas catorce orejas y dedos. Con las piezas colgadas en una cinta de cuero alrededor del cuello, iba a la ciudad y conseguía drogas gratis, bebida gratis y chicas gratis porque nadie quería molestarte, ya que se veía que eras un asesino. Los dedos y orejas simbolizaban que yo era un asesino. Y también eran, por decirlo así, un símbolo de virilidad en combate.

Los oficiales no querían ser vistos en el centro. Tenían que mantener las apariencias. Yo iba a la ciudad y pillaba mujeres y drogas para ellos. Luego las volvía a llevar en el camión o las hacía escabullirse por el túnel que iba desde la parte trasera de la casa de la mujer hasta unos cien metros de nuestra unidad. Me pagaban por ello o conseguía algunos privilegios.

Un día, en junio, mi equipo fue en misión de ataque. Hacía un calor de mil demonios. Algo así como 50 grados. Esta vez llevaba las botas de combate porque teníamos que saltar de un helicóptero a unos tres metros del suelo. Aterricé sobre el tronco de una planta. Medía unos 60 centímetros y salía del suelo en vertical. No sé si fue mi peso u otra cosa, pero el tronco se desgajó de la raíz y yo seguí corriendo porque no me quería parar.

Me atravesó la bota, el pie, todo. Me salía por la parte de arriba de la bota y no me lo podía quitar. Me dijeron que no me quitara el palo estirando, que si lo podía soportar no lo tocase. Me sacarían de allí lo antes posible, pero no inmediatamente porque no podían arriesgar la misión viniendo a recogernos.

No me sacaron de allí hasta tres días después. El pie se me había hinchado dentro de la bota. Me tuvieron que cortar la bota. Tuve suerte de que en el palo no hubiera orina humana porque, de lo contrario, me hubieran tenido que amputar el pie por infección.

Cuando ya estuve mejor, nos lanzaron a la ladera de una montaña en la zona montañosa del centro. La vegetación era tan espesa que prácticamente no podía verse al enemigo. Teníamos que estar en aquella área cinco o seis días y descubrir qué tipo de movimientos hacía el enemigo en la zona. Se suponía que en el valle había un pueblo vietcong, pero el pueblo estaba vacío. Sin embargo, aquella primera noche vimos algo así como 500 soldados norvietnamitas muy bien pertrechados que venían de Vietnam del Norte.

> «Iba a la ciudad y conseguía drogas gratis, bebida gratis y chicas gratis porque nadie quería molestarte, ya que se veía que eras un asesino.»

La tercera noche, estábamos marcando el perimétro para pasar la noche cuando oímos un ruido que venía del bosque. Lo primero que pensé es que era el enemigo. Nos preparamos. Hacían tanto ruido que parecía que nos superaban en número. Pero el enemigo no se acercó más. Eran unos 200 monos. Algo los había asustado. Ahora parece muy gracioso, pero entonces no lo era.

El séptimo día teníamos que intentar cazar a un enemigo y llevarlo con nosotros. Íbamos pues por aquel camino cuando... nos rodearon. Éramos yo, Reginald Salinas, un hermano mexicano de California que era mi ayudante de equipo, y otro tío. Nos quedamos inmovilizados entre la vegetación. El tiroteo era tan cercano que nos caía hierba encima. Estuvimos tendidos en el suelo un rato, demasiado asustados para movernos. Luego nos arrastramos los tres por debajo de la línea de fuego y atacamos dos posiciones enemigas. Creo que herimos a 16 de ellos, pero era impensable quedarnos allí contando los cuerpos. Teníamos que irnos de allí.

Como nos habíamos movido mucho, perdimos contacto con la base y no sabían donde estábamos. No teníamos comida ni agua potable, por lo que no tuvimos más remedio que empezar a comer bayas, hierbas, cualquier cosa, y bebíamos el agua que nos encontrábamos.

Alrededor del décimo día, empecé a notar la fiebre y el frío al mismo tiempo. Me dolía todo. Tenía pesadillas y me despertaba bañado en sudor frío. Mis compañeros de equipo se inclinaban sobre mí y me decían: «Eh, amigo, están aquí detrás. Los tenemos encima. Tienes que estar quieto, cálmate.» Salinas tomo el relevo. Yo estaba enfermo de malaria.

El decimocuarto día, nos quedamos inmovilizados en la ladera de una montaña escarpada. Estábamos en una trinchera. Ellos estaban delante nuestro diciéndonos lo que nos harían cuando nos capturaran. Os materemos. Os castraremos. Enviaremos vuestras partes a vuestras esposas. Pero no intentaron atacarnos porque supongo que no sabían cuántos éramos.

IZQUIERDA: *Nos habían hecho creer, a los pobres e idiotas negros, que esta guerra era por la democracia y la libertad. Era una guerra por dinero.*

CAPÍTULO 7 PARACAIDISTA DE COMBATE

Entretanto, mi madre recibió una carta en la que le decían que había desaparecido en acción. Los de la base no sabían dónde estábamos.

El decimoséptimo día nos encontraron. Teníamos un instrumento que se llamaba silbador de emergencia. Lanzaba una señal que se podía oír en un radio de 8 kilómetros. Nos oyeron y, a las dos de la mañana, llegó un helicóptero de evacuación, cogió a los otros cuatro miembros del equipo y desapareció. Salinas y yo los estábamos cubriendo mientras subían. Nos dejaron inadvertidamente.

Salinas me miró y lo miré a él. Nos dijimos: «Hermano, estamos perdidos.»

Nos encontrábamos en un campo abierto. Nos dimos la espalda y nos sentamos en el suelo. Nos pusimos las municiones y las granadas en la falda. Cargamos las armas. Nos estrechamos las manos y nos dijimos adiós.

Entonces volvió el helicóptero y nos recogió. Estallamos en carcajadas.

En aquella misión nos cargamos a unos treinta. Y nosotros no sufrimos ninguna baja.

A veces, cuando partíamos para hacer algún prisionero, en el helicóptero jugábamos a un juego llamado Ruleta Vietnamita. No queríamos que nos dijeran a cuántos teníamos que capturar. A lo mejor sólo querían uno. Pero nosotros cogíamos dos o tres para ver cuál de ellos hablaría finalmente. A uno nos lo cargábamos y tirábamos su cuerpo. O lo tirábamos sin dispararle. Esto llena de temor al otro vietnamita. Si no hablas, el próximo serás tú.

La manera de decidirse por uno u otro no era nunca normal. Uno no sabía qué rango tenían hasta que los empezaba a eliminar uno a uno. Los teníamos allí sentados con el soldado survietnamita o *chieu hoi* que estaba en nuestro bando para que tradujera la conversación. Si uno hablaba demasiado, nos lo cargábamos. No tenía información importante para nosotros. Sólo hablaba para intentar salvar la vida. O también podías decir desde el principio: «Tira a este hijo de puta.» El otro se ponía a hablar enseguida. Y así conseguías una palabra de información, un dato pertinente.

Un día fuimos a la zona de aterrizaje Oasis y cogimos a tres prisioneros. Estábamos regresando en el helicóptero e informamos por radio al cuartel general de que teníamos tres cuerpos. Nos dijeron: «Sólo queremos uno.» Teníamos que decidir cuál de los tres nos quedábamos y cuáles no. A uno de ellos le atamos una cuerda al pie y lo dejamos colgando fuera del helicóptero. Incluso lo arrastramos por encima de los árboles. Estaba claro que no diría nada. Los otros dos tampoco. Entonces atamos a otro del mismo modo y el tercero empezó a hablar. Cortamos la cuerda y dejamos caer a los otros dos. Teníamos que eliminarlos. Estábamos en una situación de guerra, y si los soltabas, podían matar a dos soldados de tu bando.

Diría que mi equipo tiró a unos ocho tíos del helicóptero de un modo u otro, pero yo sólo recuerdo haber empujado a dos.

Una noche estábamos en campaña haciendo maniobras cuando vimos unas luces. Nos pusimos a investigar qué podía ser y descubrimos que era una chica vietnamita que iba de un sitio a otro. La cogimos y la violamos en cadena. Se sometió libremente porque le pareció que si se sometía voluntariamente no la mataríamos. No podíamos hacer otra cosa que matarla para no poner en riesgo la misión. O la matabas o, al día siguiente, te mataban. Si la dejabas ir, avisaría a alguien que estabas por allí y quedabas al descubierto y con la misión imposibilitada. No hay nada más importante que la misión. Nada. Podías matar a más de mil personas, pero todavía tenías que acabar la misión. La misión es tu objetivo esencial: si fallas en ella, fracasas como soldado. Y nos habían dicho que no querían prisioneros. Así que la eliminamos. Le cortamos el cuello para que no se oyera nada. Así el enemigo no sabría que estábamos por allí.

En otra ocasión estábamos tendiendo una emboscada. Pasó una jovencita por delante y nos vio. Demasiado tarde. Teníamos que mantenerla callada. Fuimos tras suyo y la capturamos. Luego la violamos.

De pronto pensamos: «¿Por qué matarla y quedarnos dos semanas más sin juguete?» No la atamos porque es muy difícil seducir a una mujer si está atada. La pusimos en el suelo. Las vietnamitas no llevan lo que nosotros llamamos ropa interior, o sea que, cuando le rompías los pantalones, no había nada debajo. Estaba totalmente desnuda, excepto la parte superior del cuerpo. Pero, en cualquier caso, la parte superior no es lo que nos interesaba. Descubrimos que estaba embarazada. Volvimos a violarla.

> «Yo era el responsable de un grupo de animales y tenía que ser el más animal de todos. Permitía que las cosas pasasen. Había aprendido a no preocuparme.»

Todavía teníamos que estar cinco días más allí fuera sin ningún contacto de radio, por lo que no la dejamos ir. No queríamos que el enemigo supiera que estábamos allí. Tenía que morir. Pero no creo que la matásemos por malicia. Creo que la matamos porque no queríamos que nos capturaran.

Un tiempo después, empezó a preocuparme el tema. Me decía a mí mismo: ¿Que haría yo si alguien le hiciera algo así a mi hijo? O a mi madre. Lo mataría. O decía: ¿Por qué demonios soporto esto? ¿Por qué demonios hice aquello? Porque, esencialmente, me había convertido en un animal. No es que hubiera participado personalmente en aquellos dos incidentes, pero había girado la espalda y ello me hacía tan culpable como todos los demás. Porque yo era el responsable. Yo era el responsable de un grupo de animales y tenía que ser el más animal de todos. Permitía que las cosas pasasen. Había aprendido a no preocuparme. Y no me preocupaba.

Cuando veía que torturaban a mujeres poniéndoles botellas de coca-cola en el útero, no hacía nada. Cuando oí que un grupo había violado a una mujer y luego le encastaron la M-16 en la vagina y apretaron el gatillo, no dije nada. Y cuando vi aquel soldado que saltaba sobre el feto de aquella mujer preñada muerta en la emboscada, no hice nada. ¿Qué podía hacer? Yo era un animal indecente.

Una vez fui a buscar vietcong a un pueblo y una joven nos localizó en el campo. Le hicimos señas de que no corriera, pero supongo que no nos entendió. Fuimos tras ella para cogerla y evitar que informara a alguien de que estábamos en la zona. Cuando llegó al centro del pueblo, todo el mundo se puso a correr. En una situación como de combate, automáticamente sientes que tu vida está en peligro y abres fuego contra cualquier cosa que se mueve. Era instantáneo. No podías evitarlo. Era lo

que te habían enseñado. Matamos a todo bicho viviente: perros, gallinas, aproximadamente unas 20 personas, principalmente mujeres y niños. Ni un solo hombre joven. Una par de viejos. Inspeccionamos las cabañas, los cuerpos. Había dos heridos y los rematamos. Nos habían dicho que no dejásemos vivo a nadie que pudiese hablar.

Recuerdo que nos habían dicho que atacásemos a cualquier persona que viésemos en el camino porque se utilizaba como ruta de provisión. Y la gente ofrecía comida y agua fresca a los soldados norvietnamitas. Vimos montañeses. Estaban todos muertos, excepto dos niños que huyeron. Los encontré escondidos en el bosque porque la niña, de unos tres años, se puso a llorar. Su hermano debía de tener unos cinco años y estaba herido en el estómago.

Aquel chavalín me recordó a mí mismo cuando era pequeño. La misma estructura. Una cabeza grande llena de pelos rizados. No me veía con ánimos de matarlo y decidí llevármelos a los dos.

Cogí al chico y me lo puse encima. Su sangre me empapaba. Cuando dejé el sitio del helicóptero para ir a la estación de primera asistencia, todo el mundo me decía: «Mata al pequeño hijoputa.»

Yo dije: «No, a éste no lo mataréis. Él vivirá.»

Me llevaron directamente al oficial y me dijo que no debía llevar otro vietnamita vivo a la unidad, excepto en el caso de que tuviera órdenes específicas de hacerlo. Si sucedía otra vez, me harían un consejo de guerra.

Cuando me faltaban 89 días para dejar el país, me retiré del campo de batalla.

Cuando estás en el frente, no tienes sentimientos sobre lo que haces. Es cuando tienes tiempo para ti, cuando te sientas y te pones a pensar.

Lo que sentía en aquellos momentos era un vacío.

«Empecé a ver las atrocidades que hacíamos en otros seres humanos. Llegué a la conclusión de que estaba cometiendo crímenes contra la humanidad y contra mí mismo.»

Aquí estoy. Soy un joven con dieciocho años todavía, con prácticamente todo lo que se puede desear, en un país extranjero con gente que tiene todo lo que yo creo que debería tener. Tienen el derecho a luchar. En este país he aprendido que no teníamos derecho a enviar tropas y luchar contra el llamado opresor. Teníamos el derecho a quejarnos. Ellos tenían la razón. Luchaban por lo que creían mejor.

Empecé a recuperar algunos de mis viejos valores. Antes de entrar en el Ejército, yo era un joven apasionado. Creía que debías respetar la vida de los demás tanto como respetabas la tuya. Empecé a pensar que había matado alrededor de 40 personas personalmente y quizá otras que no había podido ver en los combates a fuego. Pensaba que aquella gente no volvería a ver jamás a sus hijos, a sus nietos.

Empecé a ver las atrocidades que hacíamos en otros seres humanos. Llegué a la conclusión de que estaba cometiendo crímenes contra la humanidad y contra mí mismo, de que no creía en lo que estaba haciendo. Cambié totalmente.

Dejé de llevar orejas y dedos encima.

Me enamoré de una chica vietnamita y quise llevármela conmigo.

La conocí en una casa de geishas. La mayoría de chicas que había allí eran huérfanas o prostitutas. Su madre era la *mama san*, la dueña del local. Me parece que su padre era francés. Ella era una joven muy atractiva y encantadora que se encargaba de la limpieza del lugar.

No tenía relaciones físicas con ella. La relación era estrictamente intelectual. Sólo hablábamos, cenábamos juntos. Ella me enseñaba su idioma y me hablaba de las costumbres y los platos típicos del país. Me enamoré de ella. E intenté comprarla por 1 000 dólares.

Pero su madre dijo: «No se irá.»

Mai Ling, que es como se llamaba, tenía sólo dieciséis años y debía ir a la escuela.

Ahora me interesaba por lo que había detrás de la apariencia física de los vietnamitas y los veía como personas. Eran muy agradables, abiertos y bellos. Me empezó a desagradar profundamente lo que Estados Unidos, la guerra y el Ejército habían hecho de mí.

ABAJO: *No tengo nada contra los vietnamitas. Nada. Ni un maldito resquemor. Estoy cabreado con Estados Unidos. A los veteranos negros se nos ignora más que a nadie.*

POPPERFOTO

Pero seguía siendo un animal.

Un día, mi mejor amigo, Frank Koharry, un blanco de Detroit, me trajo un hacha.

Me dijo: «Eh, amigo, quiero que tengas este hacha.»

«Muy bien. ¿Qué demonios quieres que haga con ella?»

Él me dijo: «Quiero que le des a alguien con el hacha.»

Y le di a él. Le di justo en el brazo. Él me miró y dijo simplemente: «Negro, estás loco.»

Fue a la enfermería y lo vendaron por todas partes. Le tuvieron que dar unos 32 puntos en el brazo.

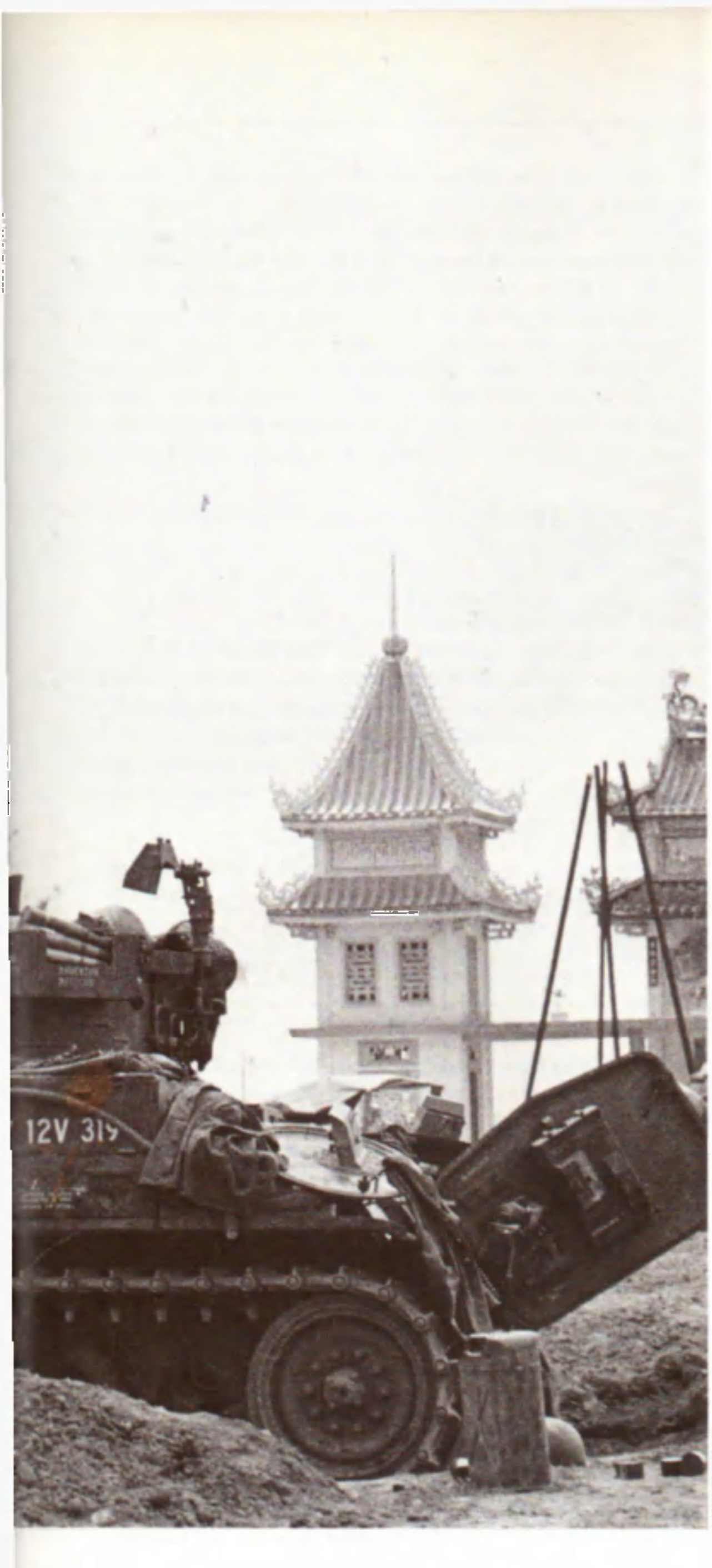
Pero seguimos siendo amigos. Él me apoyaba siempre cuando me metía en un lío. Estábamos muy unidos.

Utilicé el hacha en una emboscada más. Cuando oí que se acercaban los vietcong, pegué un salto y corté de un golpe la cabeza de uno de ellos con el hacha.

Todavía era especialista de 4.ª y quería una promoción en el campo de batalla a especialista de 6.ª, un oficial de complemento de alto rango. Pero el capitán me decía que tenía que pasar un examen. Yo le dije: «¿Cómo demonios voy a hacer el examen si estoy todo el día combatiendo y matando a gente?»

CAPÍTULO 7 PARACAIDISTA DE COMBATE

IZQUIERDA: *No había nada que te sacase más de quicio que ver a todos aquellos blancos en la retaguardia. Las banderas confederadas eran la cruz que teníamos que soportar los* bloods.



POPPERFOTO

Yo dirigía un equipo Lurp. Una unidad Ranger. Me llevaba al frente a tenientes y capitanes. Recibí varias heridas de metralla. Mi equipo y yo nos habíamos lanzado en Vietnam del Norte, donde se suponía que no había tropas de Infantería norteamericanas. Nos teníamos que esconder todo el tiempo, como en el Sur los vietcong, porque ellos tenían los carros de combate, los camiones y los aeroplanos. Observábamos a sus hombres, el desplazamiento de suministros. Dibujábamos sus emblemas si no sabíamos qué eran. No nos descubrieron jamás en Vietnam del Norte. En todo el tiempo que había pasado en el frente, en el Norte o en el Sur no perdió la vida ningún hombre de mi equipo. Nunca. Era bueno. Aquél era el único examen que debía pasar. Quería el ascenso.

Pero el capitán seguía diciendo que no.

Bien, teníamos allí lo que llamaban bengalas con carga. Por la zona había muchas ranas croadoras con inmensas verrugas. Cogí una de las bengalas y la metí en el ano de la rana, entré en la oficina del capitán y se la tiré encendida.

Yo tenía una pequeña granja, con pollos y una vaca. Un compañero mío puertorriqueño que vivía en Nueva Jersey estaba a punto de volver a casa.

Le dije: «Amigo, cuando te vayas a ir, mataré los pollos y la vaca. Vamos a pegarnos la mayor comilona que esta gente haya visto jamás.»

Llega el día en que mi amigo debe irse ya. Yo salgo y junto todos los pollos. Les pensaba cortar la cabeza y comer asado de pollo.

> «Cuando íbamos al frente, éramos soldados. Cuando volvíamos del frente, estábamos locos. Y estábamos locos todos juntos.»

En aquel momento llega el capitán del que hablaba antes. Se me queda mirando. Yo tenía un pollo en la mano.

Me dice: «No mates este pollo.»

Supongo que quería guardarlo para la reproducción.

«Si le cortas el cuello a este pollo, te voy a poner un consejo de guerra.»

Yo me incliné, corté la cabeza del pollo y le escupí a la cara. Y el renunció.

Mi disciplina era muy discutible. Pero mucha gente de la unidad opinaba que yo era el mejor Ranger de la compañía. Cuando íbamos al frente, éramos soldados. Cuando volvíamos del frente estábamos locos. Y estábamos locos todos juntos.

Pues bien, me mandaron ante el comité de promoción y resultó que aquel sargento negro formaba parte de él. Yo respetaba más que él a la gente de la unidad. Él no se acercaba al frente para nada. Era un mierda, no quería meterse en nada que empezara con la letra f. Era un imbécil acabado. Hizo todo lo posible por evitar que me promocionaran, pero me hicieron especialista de 5.ª de todos modos.

Bien, resulta que estaba en la casa de putas del centro cuando llamaron a formar. Yo llegué totalmente borracho. Acababan de dar permiso de retirada a la formación cuando llegamos en el jeep yo y un amigo. Volvieron a llamar a formación. El sargento me llamó, me dio las órdenes como especialista de 5.ª y volví a las filas. Nos volvió a llamar la atención, me hizo salir fuera otra vez y de esta manera se vengó. Teníamos un asunto personal.

Entonces, el día de su cumpleaños, que era tres días después, estaban en su barracón todos los oficiales. Tenía una fiesta. Había música. Yo y unos amigos cogimos un lanzagranadas M-79,

CAPÍTULO 7 PARACAIDISTA DE COMBATE

REX FEATURES

ARRIBA: Yo le digo: «Oye, tío, ¿por qué no dejas a la chica en paz? Está trabajando.» Él dice: «Oh, vete al carajo, tío. Nosotros las protegemos. Estoy aquí para velar por su vida.»

nos pusimos detrás de unos sacos y disparamos contra la fiesta de cumpleaños.

Hubo un par de heridos, pero el sargento salió ileso. Se imaginaron que era fuego enemigo y pusieron a todo el mundo en alarma. Todos corrían desaforados a buscar sus armas. Nosotros fuimos a emborracharnos.

Yo creo que el capitán y el sargento me tenían miedo.

Salí de Vietnam a finales del 69. Volé de An Khe a Cam Rahn Bay todavía en ropa de faena. Hacía seis meses que no me bañaba. Tenía una barba abundante y el pelo tan pegado a la cabeza que no me podía ni pasar los dedos. Olía como una cucaracha en Navidad. Como Mount Rushmore en primavera. Iba guarro, realmente guarro.

Después me metieron en un avión grande y fabuloso. Me senté allí con toda la mierda que llevaba encima. De la cabeza a los pies. Tenía la sensación de estar en una zona crepuscular.

Aterrizamos en California de noche. Nos llevaron a un cuartel. Nos duchamos, nos dieron ropa nueva y una cena con carne. Luego subí a otro avión.

El mismo día que había salido de Vietnam estaba ya en una esquina de Baltimore. De vuelta a Estados Unidos. Un animal. Y nadie podía tratar conmigo.

Fui a mi casa. Aporreé la puerta, hacia las cuatro de la madrugada, lanzando gritos en medio de la calle.

«Despertaros, hijos de puta. Salid de aquí. Estoy en casa. Mierda.»

No había nadie.

Fui a casa de mis abuelos. Me dijeron que mis padres se habían cambiado de casa hacía un mes y me dieron su dirección.

Cuando llegué allí, mi madre ni siquiera quería abrirme la puerta. No me reconocía.

Me puse a golpear la puerta diciéndole que era su hijo. Finalmente me dejó entrar.

Le costó mucho tiempo acostumbrarse a mi nueva persona. Había oído muchos rumores sobre los veteranos de Vietnam que se volvían locos. Me tenía miedo.

Antes de que me licenciaran, salió en los periódicos el asunto de My Lai. Algunos de los que habíamos vivido incidentes similares en combate, pensábamos que seríamos los siguientes. Nos daba miedo ser los próximos en soportar un consejo de guerra o tener que testificar contra alguno de nosotros o contra uno mismo. Muchos de nosotros habíamos arrasado varios pueblos. No habíamos metido a sus habitantes en la fosa porque sí, pero, una vez muerto, muerto estás. Si matas a 30 personas y otro mata a 29 que resulta que están en una fosa, mientras las otras 30 están arriba, ¿quién comete la mayor atrocidad? O sea, estábamos todos muy asustados. Estuvimos asustados mucho tiempo.

Salí del Ejército en enero de 1971. Licencia de honor. Cinco Estrellas de Bronce por mi valor.

No tenía intención de estudiar porque no me motivaba. Los únicos amigos que tenía eran tipos militantes, porque eran los únicos que podían entender lo que yo intentaba decir. Cogí todo el dinero que tenía ahorrado y compré armas. Por valor de mil quinientos dólares. Rifles, escopetas. Me enrolé en el grupo de los Panteras Negras esencialmente porque era un grupo bélico. Con los Panteras, empezamos a repartir leche gratis y otras necesidades comunitarias. Pero yo encontraba que necesitábamos una revolución. Una revolución física. Y pensaba en Vietnam. Siempre.

«Todavía tengo pesadillas doce años después. Y las tendré doce años más. Porque no quiero olvidar.»

No podía tener nunca una relación de tipo permanente con una mujer. Siempre eran relaciones de tipo esporádico. Ellas no podían entender lo que me ocurría cuando empezaba a recordar las escenas pasadas. Si intentaba hablarles, no me querían escuchar. No querían oír sórdidas historias de guerra. No querían oír hablar de muertos. No conseguía transmitir mis sentimientos a ninguna mujer.

Todavía lloro.

Todavía lloro por el hermano blanco que estaba clavado en el suelo.

Todavía lloro porque estoy destinado a soportar el conocimiento de que he matado a alguien en situación que no era de combate.

Creo que yo sufrí tanto como él. Y todavía sufro. A veces pienso que él es el ganador, no el perdedor.

Todavía tengo pesadillas doce años después. Y las tendré doce años más. Porque no quiero olvidar. No creo que deba. Creo que yo pude volver y estar ahora aquí sentado hablando porque él murió por mí. Y estoy viviendo por él.

Todavía tengo la pesadilla.

Todavía lloro.

Me veo en la pesadilla. Me veo clavado al suelo. Me veo en la circunstancia de ser tan hombre como para pedirle a alguien que acabe con mi sufrimiento como hizo él.

No puedo ver la cara de la persona que me apunta la pistola.

Le pido que apriete el gatillo. Se lo pido una y otra vez.

No lo aprieta.

Me despierto.

Cada vez igual.